



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA



FACULTAD DE TEOLOGÍA

**La misión de reconciliar desde la perspectiva de los
*Ejercicios espirituales ignacianos***

Autor: Nerio Solís Chin

Director / Tutor: Dr. Eduard López Hortelano

MADRID
Junio, 2024



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA



FACULTAD DE TEOLOGÍA

**La misión de reconciliar desde la perspectiva de los
*Ejercicios espirituales ignacianos***

Autor: Nerio Solís Chin

Visto bueno del director
Dr. Eduard López Hortelano

Fdo.

17 de mayo de 2024
Madrid, _____

ÍNDICE

<i>Siglas y abreviaturas</i>	iii
<i>Introducción</i>	1
CAPÍTULO 1. La reconciliación en la Sagrada Escritura	9
1.1. En el Antiguo Testamento	10
1.1.1. La reconciliación como remisión de los pecados.....	11
1.1.2. El llamado a la conversión del corazón.....	14
1.1.3. La expiación como medio de reconciliación.....	16
1.1.4. La mediación y el papel de Yahvé en la reconciliación.....	18
1.2. En el Nuevo Testamento.....	20
1.2.1. La iniciativa misericordiosa de reconciliar	22
1.2.2. La acción reconciliatoria de Cristo.....	23
1.2.3. Implicaciones de la acción reconciliatoria de Cristo.....	27
1.2.4. La reconciliación como sacramento	32
CAPÍTULO 2. La reconciliación en los <i>Ejercicios espirituales ignacianos</i>	37
2.1. Principio y Fundamento.....	39
2.1.1. La relación de la creatura con el Creador	40
2.1.2. La indiferencia como libertad en las relaciones.....	41
2.2. Primera Semana	44
2.2.1. El pecado como transgresión de las relaciones.....	45
2.2.2. El perdón como fuerza transformadora.....	47
2.2.3. La misericordia como fundamento de la reconciliación	49
2.3. Segunda Semana	51
2.3.1. La elección como la integración de la propia identidad	52

2.3.2. El conocimiento de Cristo para su integración en la identidad	
Personal	56
a. Cómo Cristo se bautizó	58
b. Sermón que hizo Cristo en el monte	59
c. Cómo Cristo echó fuera del templo los que vendían.....	60
d. La conversión de la Magdalena.....	60
e. Cómo Cristo dio a comer a cinco mil hombres	61
f. La transfiguración de Cristo	61
2.4. Tercera Semana	62
2.4.1. El silencio pacífico del Padre.....	63
2.4.2. La kénosis como condición para la reconciliación	66
2.4.3. La misericordia como principio de justicia.....	68
2.5. Cuarta Semana	69
2.5.1. La experiencia de reconciliación como efecto de la resurrección	70
2.5.2. Todo se reconcilia en el Resucitado.....	72
2.6. Contemplación para alcanzar amor.....	73
2.6.1. La mirada reconciliada.....	74
2.6.2. Experiencia total de gracia y reconciliación	75
CAPÍTULO 3. La reconciliación como compromiso cristiano.....	79
3.1. Ministerio y misión de reconciliar	79
3.2. La transversalidad de la reconciliación en el cuerpo apostólico	
de la Compañía	84
3.2.1. Congregaciones Generales 32 y 33	85
3.2.2. Congregación General 34	86
3.2.3. Congregación General 35	87
3.2.4. Congregación General 36	89
3.3. Ámbitos misionales para la acción reconciliatoria	91
3.3.1. El discernimiento como condición de posibilidad	93
3.3.2. Reconciliación con Dios	97
3.3.3. Reconciliación con la humanidad	101
a. Perdón	105
b. Justicia.....	108
c. Comunidad	111
3.3.4. Reconciliación con la creación	114
a. Conversión ecológica	116
b. Comunión universal	118
<i>Conclusiones</i>	121
<i>Bibliografía</i>	127

SIGLAS Y ABREVIATURAS

1. FUENTES

Directorios Lop Sebastià, Miguel, (trad.). *Los directorios de Ejercicios. 1540-1599*. Bilbao-Santander: Mensajero- Sal Terrae, 2000.

Ej Ignacio de Loyola. *Ejercicios Espirituales*. Santiago Arzubialde (ed.). Santander: Sal Terrae, 2023.

Epis. Mix. *Epistolae mixtae ex variis Europae locis ab anno 1537 ad 1556 scriptae: nunc primum a patribus Societatis Jesu in lucem editae* (5 vols.). Matriti: MHSI, 1898.

2. DICCIONARIOS Y CONCORDANCIAS

DB Haag, H., Born, A., Ausejo, S. (dirs.). *Diccionario de la Biblia*. Barcelona: Herder, 1978.

DBb Kogler, F., Egger-Wensel, R. y Ernst, M. (dirs.). *Diccionario de la Biblia*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2012.

DE Ancilli, Ermanno. *Diccionario de Espiritualidad*. (3 vols.), Barcelona: Herder, 1987.

DEC García, Lázaro (dir.). *Diccionario enciclopédico del cristianismo*. Madrid: San Pablo, 2009.

<i>DEI</i>	Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.). <i>Diccionario de Espiritualidad Ignaciana</i> . Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
<i>DNT</i>	Léon-Dufour, Xavier. <i>Diccionario del Nuevo Testamento</i> . Bilbao: Desclée De Brouwer, 2002.
<i>NDT</i>	Tamayo, Juan José. <i>Nuevo Diccionario de Teología</i> . Madrid: Trotta, 2005.
<i>NDTB</i>	Rossano, P., Ravasi, G. y Girlanda, A. (dirs.). <i>Nuevo Diccionario de Teología bíblica</i> . Madrid: Paulinas, 1990.
<i>VB</i>	Allmen, Jean Jacques von (dir.). <i>Vocabulario bíblico</i> . Madrid: Marova, 1973.
<i>VPB</i>	Grabner-Haider, Anton. <i>Vocabulario práctico de la Biblia</i> . Barcelona: Herder, 1975.
<i>VTB</i>	Léon-Dufour, Xavier. <i>Vocabulario de teología bíblica</i> . 2. ^a ed. 2. ^a reimp., Barcelona: Herder, 2012.

3. OTRAS

AT	Antiguo Testamento.
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos.
CAA	Contemplación para alcanzar amor.
CCGG	Congregaciones Generales.
CG	Congregación General.
CJ	Compañía de Jesús.
cf.	Confer.
D.	Directorio.
d.	decreto.
dir.	director.
dirs.	directores.
ed.	edición.
(ed.)	editor.
(eds.).	editores.
et al.	y otros.
Fig.	Figura.
i.	Introducción.
Ibíd.	Ibídem (ahí mismo).
MHCJ	Monumenta Histórica de la Compañía de Jesús.
n.	número.

NT	Nuevo Testamento.
reimp.	reimpresión.
SJR	Servicio Jesuita a Refugiados.
vols.	volúmenes.

INTRODUCCIÓN

La reconciliación es un concepto de origen teológico o religioso, que se ha resistido a ceñirse a estas únicas facetas de la realidad. La antropología, la sociología, la educación, el derecho e incluso la ecología se relacionan con ella en mayor o menor medida, lo cual revela su transversalidad y su relevancia en el medio de las ciencias y en el ámbito académico. Las rupturas o enemistades preceden a la reconciliación, por eso, es posible aplicarla en diferentes ámbitos y niveles de realidad, a pequeña escala y a gran escala, en lo interno del ser humano y en lo externo, en lo que conocemos como terreno y en lo espiritual.

La espiritualidad es un terreno propicio y fértil para profundizar en el significado de la reconciliación, pues adquiere concreción en el marco de relaciones de quien la vive y promueve. La espiritualidad es el centro vital desde donde se desarrolla la persona, así como la visión que establece su modo de ser y estar en el mundo. En lo que se refiere a la espiritualidad ignaciana, se puede definir como «aquella disciplina teológica que, fundada sobre la particular experiencia del misterio de Dios revelado a Ignacio de Loyola, estudia la dinámica progresiva de la transformación personal que Ignacio sufrió como consecuencia de tal revelación»¹.

Una de las fuentes fundamentales de espiritualidad ignaciana es el libro de los *Ejercicios espirituales* que propone un camino para progresar en el ámbito espiritual. Mucho se ha escrito sobre los *Ejercicios* y han sido analizados desde diferentes perspectivas: histórica, antropológica, psicológica, dogmática, pedagógica, entre otras. Sin embargo, desde la óptica netamente espiritual, y desde la intención primera de san Ignacio, el foco de interés recae sobre la relación que el ejercitante va teniendo con su Creador, con una marcada atención en aquello que se va desplegando en su interior, fruto del encuentro íntimo con Dios. «Se trata primordialmente de una reflexión sobre el itinerario espiritual que va haciendo el ejercitante, de los caminos internos que se le van abriendo y por los que se va iniciando y adentrando en los caminos de Dios»².

¹ Rossano Zas Friz. “Espiritualidad Ignaciana”. En *DEII*, 812.

² Albino García Estébanez. “Ejercicios Espirituales: método”. En *DEII*, 590.

Analizar la reconciliación desde la estructura de los *Ejercicios* puede proveer una doble ganancia: ampliar el marco de comprensión de la reconciliación desde la panorámica espiritual, así como identificar el valor que aportan los *Ejercicios* en la labor de reconciliar. La espiritualidad ignaciana es dinámica, insta a los cristianos hacia la acción, el compromiso, tiene un sentido profundamente misional, por ello, provee al cristiano de herramientas, métodos y especialmente, de un modo de acercarse a Dios y de dejar que Dios se le acerque con una fuerza capaz de influir en la realidad, de entregarse en beneficio de la restauración de las relaciones en el mundo.

a. Centro de interés

El tema de la reconciliación ha adquirido gran relevancia en los últimos años en diferentes disciplinas, debido a la realidad de violencia que atraviesa nuestro mundo y que es palpable en las sociedades, las instituciones e incluso las familias. Por otro lado, estamos inmersos en unos entramados sociales donde las polarizaciones crecen constantemente, a manera de trincheras dispuestas al combate. Nos enfrentamos a relaciones seriamente lesionadas entre países, comunidades, grupos y personas, por una cultura de competencia que nos arroja hacia el enfrentamiento con el prójimo antes que a actitudes de amistad, respeto y colaboración. Existe una urgente necesidad de resanar lazos en todos los niveles, incluyendo el vínculo con Dios y con la naturaleza. De aquí la importancia de seguir reflexionando en torno a la reconciliación.

La Compañía de Jesús, fiel a la espiritualidad ignaciana, ha querido responder desde siempre a los clamores de la humanidad. Ante la apremiante necesidad de aplacar la violencia, de construir puentes de diálogo y de paz, ha ido colocando cada vez más en el centro de su misión apostólica, la misión de reconciliar. El trabajo por la fe y la justicia, elemento de la identidad más arraigada de los jesuitas, se ha ido traduciendo hacia un lenguaje de reconciliación que dota de nuevas categorías a las reflexiones teológicas y espirituales de hoy y que ayudan a una mejor comprensión de las problemáticas del mundo y de la misión a la que Cristo nos llama.

El punto de partida es el corazón humano. Todo acto humano tiene como motor de empuje lo que se encuentra en los pensamientos, los afectos y la voluntad, por ello resulta de vital importancia reordenar estas dimensiones para actuar en consonancia con el espíritu de Cristo que nos conduce hacia la reconciliación y la paz. Ante esto, los *Ejercicios* ignacianos son un excelente itinerario para este redireccionamiento, pues después de casi cinco siglos de su redacción siguen siendo una ruta segura y actual para este cometido. Debido a esto, resulta de suma relevancia escudriñar las claves de reconciliación que podemos obtener desde un texto y un método espiritual que tiene la capacidad de transformar los centros de operaciones de quienes se adentran a vivir la experiencia, de modo tal que, enfatizando estas claves, pueda ubicarlos en una tesitura diferente respecto a su modo de tejer sus relaciones con todo lo que les rodea.

A nivel académico, se ha utilizado cada vez con mayor frecuencia el concepto de «reconciliación ignaciana», en los contextos de las universidades jesuitas. Esto con la finalidad de entablar grupos de reflexión y análisis, para responder a diferentes problemáticas localizadas en distintas realidades atravesadas por el conflicto y la violencia. La reconciliación ignaciana se puede definir brevemente como «aquella aproximación a los procesos de reconciliación inspirada en la espiritualidad de S. Ignacio de Loyola»³. Sin embargo, al ser un concepto relativamente nuevo, queda manifiesta la necesidad de seguir profundizándolo, completándolo y precisándolo, de tal manera, que no se caiga a un uso demasiado trivial del mismo y que lo vacíe de contenido específico, ni tampoco que se vuelva tan restringido que se torne estéril ante las problemáticas del mundo.

Al derivar la reconciliación de una significación teológico-espiritual, genera gran interés y expectativa el hecho de que pueda infiltrarse en contextos organizacionales, sociales o políticos, que no tienen un origen religioso, pero que comparten en deseo de restablecer relaciones y condiciones de paz y de no-violencia. En muchos contextos aconfesionales donde se han llevado a cabo procesos de reconciliación, la espiritualidad ha sido un elemento clave para el éxito de esos procesos. Por tal motivo, plantear una respuesta espiritual desde la hondura de los *Ejercicios* ignacianos puede contribuir a dar respuestas más eficaces a los dolores que aquejan nuestra realidad.

b. Estado de la cuestión

Los *Ejercicios* se han seguido estudiando desde varios enfoques y puntos de análisis. Pero, además, ha habido un esfuerzo por vincularlos con otras categorías de emergencia social o adaptarlos a grupos específicos de ejercitantes. Como ejemplo de esto podemos citar los *Ejercicios espirituales en clave ecológica* o los *Ejercicios en clave maya*. También se dirigen a grupos con características determinadas como refugiados, encarcelados, adolescentes o indígenas. En este sentido, hacer una lectura de los mismos en clave de reconciliación se sumaría a los intentos por seguir bebiendo de la riqueza espiritual que nos proporciona el método trazado por Ignacio.

Por su parte, la reconciliación se ha investigado desde múltiples perspectivas teológicas, sociales y políticas con la intención de dar respuesta a los conflictos humanos que se viven en diferentes latitudes del planeta. Existe numerosa bibliografía al respecto. Las organizaciones sociales han tenido un papel protagónico en esta tarea. El Servicio Jesuita a Refugiados de Colombia es una organización, junto con muchas otras, que, desde hace varios años lleva un proceso de investigación y aplicación de herramientas de índole social, política y espiritual, para la reconciliación en comunidades desplazadas o en situación de vulnerabilidad extrema. La Comunidades de Vida Cristiana (CVX) han desarrollado una

³ Nurya Martínez-Gayol Fernández. *Reconciliación transdisciplinar. Migrantes forzosos subsaharianos en condiciones de vulnerabilidad*. Valencia: Tirant Humanidades, 2022, 199.

Guía metodológica para la transformación de conflictos basada en las etapas de los *Ejercicios*, bajo la asesoría de Elías López, especialista en temas de paz y reconciliación.

Cabe destacar la iniciativa de Universidad Pontificia Comillas y de la Pontificia Universidad Javeriana por crear una Conferencia Internacional de Reconciliación Ignaciana, que tuvo lugar en mayo de 2021. Esta fue una plataforma para conocer, valorar y aprender el trabajo sobre reconciliación ignaciana que se viene desarrollando en sitios con presencia de jesuitas o de universidades jesuitas. Esto crea un sitio de confluencia en el ámbito académico de distintas disciplinas y campos del saber que se ponen al servicio de la superación de una problemática social o de la creación de condiciones de vida más seguras y más dignas.

En esta misma línea, el proyecto de Reconciliación Ignaciana Transdisciplinar, desarrollado en la Universidad Pontificia Comillas, constituye uno de los esfuerzos más loables por vincular distintas disciplinas académicas para la investigación, reflexión y el servicio de la reconciliación. En este largo trabajo se valoró la espiritualidad ignaciana y particularmente el discernimiento como una riqueza no solamente carismática o inspiradora, sino metodológica, para posibilitar un verdadero diálogo interdisciplinar y como modo de proceder para la toma de decisiones⁴. Los resultados de esta investigación, editados por Nurya Martínez-Gayol Fernández, dan cuenta de lo desafiante que resulta ser el hecho de conciliar distintas perspectivas de estudio sobre una misma realidad, pero que la teología y la espiritualidad aún tienen una voz medular en la labor de reconciliar.

En el terreno teológico, el enfoque que ha primado es el referente a la reconciliación como sacramento, es decir, la reflexión sobre la relevancia, significado y sentido del sacramento de la penitencia como medio para recuperar el estado de gracia y obtener la absolución de los pecados. La exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia* (1984) de Juan Pablo II, orienta sobre ello, aunque aborda el tema en un sentido más amplio, incorporando la reconciliación como parte sustancial de la misión de la Iglesia.

Desde el enfoque bíblico, autores como Juan María Uriarte y Juan Manuel Granados, han escrito sobre la reconciliación en el NT, específicamente en las cartas paulinas, su significado y sus implicaciones, haciendo énfasis en el carácter reconciliatorio de Cristo. Por su parte, los textos sobre eclesialidad y comunidad también aportan categorías de relación con Dios y con el prójimo que ayudan a comprender el dinamismo concreto de la reconciliación. El modelo trinitario cobra gran relevancia al dotar de un cimiento firme el modo de ser «relación», ser «comunidad de amor», con base en el dinamismo trinitario. Esto da pie a reflexiones antropológicas desde el modo de ser de Dios.

Respecto a los puntos de contacto entre la reconciliación y la espiritualidad ignaciana, se han escrito varios artículos con la intención de subrayar la presencia de la primera en la misión de la CJ. Aquí encontramos autores como José García de Castro, Carlos Domínguez Morano, Íñigo Arranz, Pablo Guerrero y Santi Thió quienes con sus escritos esbozan la misión de todo aquel que quiera crecer en su seguimiento a Cristo desde la ignacianidad. Por su parte, Javier Melloni escribe sobre la relación que guarda la reconciliación ya

⁴ Cf. *Ibíd.*, 18.

específicamente con los *Ejercicios*, lo cual ha sido un artículo muy cercano a la intención que se persigue en el presente trabajo.

El *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* constituye una fuente fundamental para la comprensión de la espiritualidad ignaciana y los *Ejercicios*. Realizar rastreos históricos o de significado sobre las voces principales de estas áreas del conocimiento se facilita en gran medida por esta obra de consulta, pues se puede considerar que provee de cierta oficialidad a los términos ignacianos, lo cual da confiabilidad al momento de tratar de sondearlos a fondo.

Por último, pero no menos importante, la reconciliación con la creación es una temática que se ha levantado con fuerza en los años recientes. La publicación de la Encíclica *Laudato si'* del papa Francisco en 2015 ha suscitado una serie de análisis de amplio espectro en torno a la preservación del medio ambiente. Más aún, la incorporación de la llamada a la reconciliación con la creación, realizada en la Congregación General 36 de la CJ, ha situado este tema en un punto central de reflexión, análisis e intervención, aunque su concreción en la realidad sea aún incipiente. Como literatura básica se puede mencionar *Vivimos en un mundo roto* y *Sanar un mundo herido* publicados por el Secretariado de la Compañía de Jesús para la justicia social y la ecología. Además, encontramos en Jaime Tatay un autor destacado en este tema, pues ha hecho un esfuerzo por compaginar la espiritualidad ignaciana con *Laudato si'* y por develar el papel de las religiones en la conservación medioambiental.

c. Metodología y estructura capitular

La metodología elegida para realizar el presente trabajo radica principalmente en el análisis de textos, es decir, identificar elementos relativos a la reconciliación que se hallan presentes en las Sagradas Escrituras, el texto de los *Ejercicios espirituales*, la *Fórmula del Instituto*, los decretos de las *Congregaciones Generales* de la CJ, por citar algunos. En ocasiones estos elementos se presentan de manera explícita, pero en muchos casos se encuentran implícitos o velados bajo otros términos, ideas o conceptos. El rastreo de los signos reconciliatorios posibilita vincularlos con diversos momentos históricos, desde diferentes intenciones o aplicaciones, pero que se dirigen hacia movimientos de unificación o reunificación claros en vistas de llegar a un mejor estado personal o colectivo.

Complementando lo anterior, se utilizará una metodología hermenéutico-crítica, pues se vincularán los elementos de reconciliación encontrados en los textos con los ámbitos de realidad de situaciones de enemistad o conflicto en diferentes niveles, especialmente en el tercer capítulo. Esto posibilitará interpretar críticamente los procesos internos y externos que suscitan los *Ejercicios* en los ejercitantes, valorarlos para entender su alcance a nivel personal y relacional en línea de la reconciliación. De igual manera contribuirá a comprender el porqué de la reconciliación como parte ineludible del compromiso cristino. Esta metodología también permite afianzar el concepto de reconciliación ignaciana al vincular ambos términos de manera clara y con mutuo enriquecimiento.

El trabajo consta de tres capítulos que realizan un recorrido sobre el modo de entender y tratar la reconciliación en fuentes fundamentales cristianas e ignacianas y la manera en que esto repercute en la identidad y misión del cristiano en nuestros días.

El primer capítulo muestra el camino de evolución del concepto de reconciliación desde el AT hasta el NT, pasando por los Evangelios y las cartas paulinas. La idea de remisión de los pecados y expiación tan presente en el AT se continúa con el llamado que Dios hace a la humanidad a volver hacia su estado de amistad mediante el cumplimiento de la ley, considerando de igual manera, la nota de misericordia en el modo de ser de Dios. Se destaca también, el papel de los mediadores para los procesos de perdón y reconciliación entre Dios y el pueblo. En el NT se subraya la iniciativa de Dios de restaurar los lazos con la humanidad mediante la Encarnación del Hijo, así como la acción reconciliatoria de Jesús mediante su predicación y vida plasmada en los Evangelios. Las cartas paulinas presentan el sentido cristológico y escatológico de la reconciliación que involucra todo el cosmos. Se dedica un apartado a mirar la reconciliación como sacramento, su fundamento y sentido.

Con este soporte escriturístico, nos adentramos a identificar los rasgos reconciliatorios de los *Ejercicios espirituales* en el segundo capítulo. El *Principio y fundamento* abre la posibilidad al apuntar hacia la relación de la creatura con su Creador, así como al establecer un marco de relaciones con todas las cosas creadas, en donde la indiferencia es una actitud medular para la libertad en las mismas. La Primera Semana es una etapa para trabajar la reconciliación de manera especial, mediante la compresión del pecado y sus alcances y para comprender la misericordia como fundamento reconciliatorio. Los aportes de la Segunda Semana van en la línea de la integración con la propia y auténtica identidad desde la identificación con Cristo de tal manera que zanje un modo de proceder a partir de Él. La ruta nos conduce hacia la Pasión y muerte del Señor en la Tercera Semana, en donde se profundiza el sentido cristológico de la reconciliación, haciendo énfasis en el carácter kenótico del mismo, así como en la misericordia como principio de justicia y condición para la restauración de las relaciones rotas. Esto prepara el camino para llegar a la Cuarta Semana en donde se aborda la experiencia de reconciliación como un efecto de la resurrección, además apunta hacia un sentido escatológico en donde todo se reconcilia en el Resucitado. Finalmente, la *Contemplación para alcanzar amor*, punto culmen de los *Ejercicios*, se equipara con el estado espiritual que configura una mirada reconciliada, además que se muestra como una experiencia totalizante de gracia y reconciliación.

Desde la tradición de los *Ejercicios*, estos no tienen el objetivo de encapsularse en una vivencia intimista con el Creador sin arraigo y efectos en la realidad. Por ello, el tercer capítulo pretende presentar la reconciliación como parte integrante del compromiso cristiano y que puede reubicarse y detonarse a partir de esta experiencia. Inicialmente, nos remitiremos a la experiencia de los primeros compañeros jesuitas quienes trabajaban por la pacificación de los desavenidos. Posteriormente, se reconocerá la transversalidad de la misión de reconciliar a lo largo de las cinco Congregaciones Generales más recientes. A partir de esta exploración se abre un abanico de ámbitos misionales para la acción reconciliatoria. Es decir, se despliega una triada misional que apunta hacia la reconciliación con Dios, con la

humanidad y con la creación entera. Lo cual exige incluir una perspectiva sobre los temas de perdón, justicia y comunidad, íntimamente relacionados con la reconciliación humana. Así también es paso obligado, abordar el tema de la conversión ecológica y la comunión universal, que son parte de la *Laudato si'*, para acompañarnos con las propuestas de esta importante encíclica.

Una manera de leer el recorrido es en clave histórica, es decir, considerando en cada capítulo, los diferentes momentos en que el tema ha estado presente, pues se trata de una realidad inherente al ser humano tanto de su realidad terrena como espiritual. De igual manera es posible comprender este trabajo como un camino que versa de lo más general a lo más concreto y cercano a la realidad propia, es decir, mientras que la reconciliación en el AT nos puede resultar algo muy lejano en el tiempo y en la realidad próxima, el compromiso cristiano de atender a las necesidades concretas del mundo nos toca en el momento actual y en los contextos más cercanos.

* * *

Con el presente trabajo se pretende dar un marco conceptual de la reconciliación basado en las Sagradas Escrituras, los *Ejercicios espirituales*, y la misión de la CJ. Esto conlleva una profundización de los Ejercicios y en el modo de realizar la misión de reconciliar a la que estamos llamados todos los cristianos. Esto representa una significativa oportunidad para quienes desean seguir a Cristo, pues ofrece valiosas claves para vivir su compromiso con mayor radicalidad y desde una espiritualidad renovada.

La reflexión teológico-espiritual que se desarrolla en estas páginas conduce hacia un ejercicio intelectual, pero al mismo tiempo, hacia una experiencia interior, que motive a confrontar aquello que se lee con la propia identificación con Cristo a la que se ha llegado para afirmarse en el compromiso cristiano de colaborar en la reconciliación que Cristo lleva a efecto. De tal manera, que se sigan generando nuevos caminos, nuevas reflexiones que mantengan esta temática en un dinamismo fecundo que traspase los límites de las palabras para llegar a los resultados de las acciones. Este es el deseo de la mayor parte de los conocimientos que se producen en el ámbito universitario, que puedan generar vida dentro y fuera del recinto académico.

CAPÍTULO 1

La reconciliación en la Sagrada Escritura

La palabra reconciliación tiene un origen muy antiguo y ha sido utilizada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, pero de manera no del todo equivalente, es decir, los énfasis y las intenciones del término se fueron transformando con el paso de los siglos, de tal modo que en las Sagradas Escrituras la reconciliación se puede entender de diferentes maneras y con distintos niveles de profundidad. El significado de la reconciliación se amplía y profundiza en el NT con la acción de Cristo, lo cual presentaremos en este capítulo.

Detrás del vocablo «reconciliación» se encuentran términos griegos y hebreos que conllevan diferentes acentos. Los términos más ordinarios vinculados a esta palabra los encontramos en «el griego *metánoia* y el hebreo *tešûhbah*, además del verbo *šûb*. Las diversas ediciones españolas de la Biblia atestiguan la variedad de las acepciones de estos términos: arrepentirse, hacer penitencia, convertirse, cambiar de idea, cambiar de sentimientos¹. Conceptos que aluden tanto a procesos internos como externos del ser humano en lo que respecta sus modos de comportarse con Dios y con su prójimo.

Para Léon-Dufour reconciliar proviene del griego *allassô*, que significa “volver otro”, cambiar; que si viene acompañado de una preposición griega como *dia-*, *kata*, *apo-kata* o *syn-*, quiere decir “cambiarse respecto de alguien” y de esto, reconciliar o reconciliarse. En hebreo, la partícula *râça* significa “ser propicio”, “complacer”, mientras que *ytraçèh* se refiere a “ganarse el favor”, lo cual lleva a entenderse como poner fin a una enemistad o restablecer la paz².

Ciertamente, para que pueda existir una reconciliación ha de darse previamente una ruptura, separación o alejamiento de dos partes. En la Biblia, se trata de la ruptura que hace el hombre con Dios y del restablecimiento de esta relación; además de las estructuras que

¹ Cf. Luigi Moraldi. “Reconciliación”. En *NDTB*, 1589.

² Cf. Xavier Léon-Dufour. “Reconciliación”. En *DNT*, 502.

dividen a los hombres y de la búsqueda de la relación fraterna entre los ellos. Estas comprensiones nos abren ineludiblemente a la semántica del pecado y del perdón, de la transgresión de una ley y la penitencia.

El término «reconciliación» se relaciona estrechamente con «penitencia» e incluso con «remisión de los pecados». Respecto al vocablo de penitencia, «en la antigüedad cristiana se le llamó *segunda tabla de salvación* o *segundo bautismo*, ya que el bautismo era la penitencia primera. La penitencia era entendida como conversión y reconciliación»³. La relación entre los términos de reconciliación y penitencia es, en algunos casos, sinonímica, es decir, son entendidos con el mismo significado. Esto quedará más claro a lo largo de este primer capítulo.

Lo anterior expone la complejidad para comprender este término, así como las implicaciones tan amplias que puede conllevar la reconciliación de acuerdo a la manera de entenderla en el AT y el NT. Rastrear en términos generales el significado de la reconciliación en las Sagradas Escrituras, devela la historia de la relación de Dios con los hombres, el deseo de redención de Dios para con la humanidad, así como las posibilidades humanas que se nos abren gracias a la acción reconciliatoria de Dios.

1.1. En el Antiguo Testamento

A lo largo del AT se puede encontrar diferentes momentos de tensión entre la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Sin embargo, no es la intención de este trabajo ser exhaustivo con la inclusión de estos momentos cruciales. De lo que se trata aquí es de comprender el significado propio y profundo de la reconciliación en el AT y que subyace a las experiencias de reconciliación.

Es pertinente mencionar que para hablar de reconciliación tiene que haber un primer momento de unión y de gracia, es decir, que la relación entre las partes, Dios y el hombre, haya sido de armonía, confianza y obediencia. Esto es palpable en la profesión de fe que realizaba el pueblo de Israel respecto a Dios, a la que también le llamaban credo histórico. En esta profesión «se reconocen las intervenciones de Yahvé en la historia del antiguo Israel. El acto fundamental que más frecuentemente se trae a la memoria es la liberación de Egipto»⁴. Una de las formulaciones más completas y claras de la profesión la encontramos en el libro del Deuteronomio:

«Mi Padre era un arameo errante, bajó a Egipto y residió allí siendo poca gente, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahvé, Dios de nuestros padres, y Yahvé escuchó nuestra voz. Vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido, con gran terror, con señales y con prodigios. Nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra que mana leche y miel» (Dt 26,5-9).

³ Casiano Floristán. “Penitencia”. En *NDT*, 731.

⁴ Moraldi, 1589.

Por su parte, leemos desde Dios: «Yo soy Yahvé, tu Dios, que te ha sacado del país de Egipto, del lugar de esclavitud» (Ex 20,2). Así también: «Guardad todos mis preceptos y todas mis normas, y ponédlos en práctica. Yo, Yahvé» (Lev 19,37). La historia del pueblo de Israel gozaba de una estrecha relación con Dios quien los había liberado de la esclavitud, conducido por el desierto y entregado las tablas de la ley en el Sinaí.

Sin embargo, el pueblo cae en infidelidad, la relación queda fracturada por el pecado, en el libro del Éxodo se lee: «Yahvé dijo a Moisés: ¡Anda, baja!, porque se ha pervertido tu pueblo, el que sacaste del país de Egipto. Bien pronto se han apartado del camino que yo les he prescrito. Se han hecho un becerro fundido y se han postrado ante él» (Ex 32,7-8).

Es entonces cuando se hace necesaria la reconciliación que busca enmendar lo que se encuentra rasgado. «En el Antiguo Testamento, la reconciliación es la restauración de la unidad de vida entre Dios y el hombre, rota por la resistencia de éste a la voluntad divina. La reconciliación es obra de la misericordia de Dios y obra realizada por el hombre bajo la acción de Dios»⁵. El movimiento que se distingue es el paso de la gracia hacia el pecado y del pecado un retorno a la gracia, pero para regresar a este nuevo estado de gracia resulta necesario vivir un proceso que posibilite ese restablecimiento en la relación.

El hombre, al estar manchado por el pecado, no es digno de acercarse a Dios, por lo cual resulta necesaria la presencia de los mediadores entre Dios y los hombres que puedan reparar el vínculo. Tal es el caso de Moisés y los profetas. El pecado no se vive de manera netamente individual, sino que tiene repercusiones sociales, es decir, afecta al pueblo, desde el cual surge el mediador.

De igual manera la realización de cultos expiatorios empieza a tomar relevancia, con la intención de saldar la deuda con Dios y con el deseo de evitar el castigo de Dios que sobreviene a la falta que se había cometido. Esto quedará desarrollado en lo subsiguiente del capítulo. Pero antes incluiremos estas palabras de Luigi Moraldi que sintetizan lo mencionado y enlazan con el siguiente apartado:

«El pecado marca una ruptura, una desviación. De ahí la necesidad de la conversión, no de la fe o de la alianza, sino del pecado: la admisión ante la comunidad de una ruptura de los vínculos con ella, y por medio de ella, con Dios. La necesidad de reconciliarse con la comunidad y con Dios es evidente: es el restablecimiento de las nuevas y ya naturales relaciones. Y aquí está la esencia de la reconciliación»⁶.

1.1.1. La reconciliación como remisión de los pecados

La situación de separación del pueblo respecto de Dios es lo que hace menester la reconciliación. Para entender de manera más completa y clara sobre lo que es el pecado en el AT tomemos la siguiente definición:

⁵ H. Haag, A von den Born, S de Ausejo. “Reconciliación”. En *DB*, 1647.

⁶ Moraldi, 1590.

«El pecado en el AT expresa la idea de ruptura con Dios, idea que está presente en tres diferentes raíces hebreas. La raíz más usada es “*hata*”, que es también frecuente en la literatura asiria, sumeria y babilónica, y se emplea en un sentido de falta, fallo o transgresión, tanto en el orden secular y civil como en el orden religioso; su significado, recogido por la palabra griega “*hamartía*”, es el de transgresión de una norma»⁷.

Esta definición remarca el sentido del pecado como una transgresión a una norma, realizar algo prohibido o dejar de cumplir un precepto. Una falta que se encuentra directamente relacionada con el incumplimiento de la ley, y a toda violación a la ley le sobreviene una pena o castigo.

El libro del Génesis relata claramente el modo en que el ser humano se deja engañar por el pecado y corrompe su corazón, es decir, pierde su estado de inocencia inicial (Gn 2,25) para adoptar una mirada distinta de la realidad, ahora con malicia (Gn 3,10). Ante esta situación aparece un Dios castigador quien les impone una pena a Adán y a Eva por haber desobedecido el mandato de no comer del fruto prohibido (Gn 3,16-18). «Entre las consecuencias del pecado, el libro del Génesis destaca la pérdida de la inocencia, que parece entender a modo de insensibilidad psíquica hacia el hecho de estar desnudos, y la pérdida del paraíso como castigo decretado por Dios que acarrea el dolor y la muerte»⁸. La situación de pecado resulta ser mala noticia para el hombre, las consecuencias le producen daño y sufrimiento.

Más aún, el pecado inicia con el quebrantamiento de la ley, pero continúa con el progresivo alejamiento de Dios a quien se le niega. Miguel Nicolau expresa que el pecado consiste en «desechar los preceptos y mandatos divinos; y, consecuentemente, de un apartarse de Dios y volverle la espalda, de una “*aversio a Deo*”, para convertirse a las criaturas»⁹. Esto es, dejarse deslumbrar por una cosa creada o un dinamismo del mundo, de manera tal, que no se pueda distinguir la presencia y la acción de Dios en esa criatura, en el mundo y en la propia vida.

La corrupción por el pecado alcanza el nivel de querer suplantar a Dios, querer ser como dioses. «La transgresión de ese precepto es en sí misma una negación de la supremacía divina, como queda también bien directamente expresado en el contenido del error que provoca la decisión de Eva: el deseo de conocer el bien y el mal, de alcanzar la sabiduría, de ser como Dios»¹⁰. Aquí la desviación de la mirada se encuentra hacia uno mismo, hacia el propio «yo» que quiere inflarse y ser igual o mayor que Dios. El pecado como el orgullo, la vanidad o la soberbia colocan los propios criterios mundanos sobre la sabiduría divina de Dios, por eso Dios le resulta incomodo al pecador, pues esa sabiduría divina evidencia su maldad.

⁷ Gonzalo Flórez García. *La reconciliación con Dios. Estudio teológico-pastoral sobre el sacramento de la penitencia*. Madrid: Editorial Católica, 1971, 48.

⁸ *Ibid.*, 40.

⁹ Miguel Nicolau. *La reconciliación con Dios y con la Iglesia: en la Biblia y en la historia*. Madrid: Studium, 1977, 15.

¹⁰ Flórez García, 42.

La doctrina sobre el pecado que se desarrolla en el AT tiene como inspiración fundamental las infidelidades del pueblo de Israel a los mandatos de Yahvé.

«La conciencia de pecado se va profundizando y universalizando a medida que aumentan las infidelidades de Israel y los profetas denuncian su trascendencia en el destino del pueblo; la conciencia de la universalidad del pecado va unida a esta experiencia general de infidelidad a Yahvé más que a una apropiación del pecado de Adán»¹¹.

Respecto a esto, Léon-Dufour menciona: «los pecados de Israel son una ruptura de la alianza del Sinaí; pero Dios, lejos de resignarse, tomará personalmente la iniciativa de una alianza nueva y eterna»¹². Esto revela que la iniciativa de rescatar al hombre de su estado de pecado y de la ceguera en que se encuentra inmerso, viene de Dios, quien quiere renovar la Alianza hecha con su pueblo (Ex 34, 10s).

Por su parte, los israelitas, a pesar de su pecado, saben que Dios los sostiene, confían en su fidelidad para con ellos y por esta razón creen en que Dios puede perdonarlos, pues es todopoderoso y busca el bien y rescate de su pueblo (Ex 32,14) y quiere darle nuevas posibilidades de vida (Jer 18,1-10). Además, Dios conoce la debilidad de sus criaturas y por ello concede nuevas oportunidades para limpiarse de sus pecados.

En relación al anuncio de los profetas respecto a la remisión de los pecados, en énfasis continúa en dar cuenta de las faltas incurridas y restituir la relación para obtener de nuevo el beneplácito de la mirada de Yahvé:

«La remisión de los pecados ocupa un lugar céntrico en la predicación de los profetas es la primera obra de salud realizada por Yahvé. (Os, 14,3,5 Jer 3,22 31,20 Is 4,4 43,25 44,22 Ez 36 25 etc.) Esta remisión, no tiene con frecuencia, más que un alcance limitado, en el sentido de que no se refiere más que a las faltas personales pasadas; viene presentado como un gesto que Dios, en vista de la debilidad humana, tiene que renovar frecuentemente»¹³.

De esta manera Oseas habla del deseo de Dios de sanar la infidelidad de su pueblo (Os 14,5); Jeremías pone en voz de Yahvé: “Yo remediaré vuestras apostasías” (Jer 3, 22); mientras que en Isaías se espera del Señor que limpie las manchas de las hijas de Sión y la sangre de Jerusalén (Is 4,4). La intención siempre es la misma: limpiar el pecado del hombre.

Por otro lado, se encuentra la concepción de pecado como «una ofensa a Dios que resquebraja y rompe el lazo personal con Él»¹⁴. El hombre no tiene la suficiente potestad para causar algún daño a Dios, no es fácil comprender en qué sentido se efectúa esta ofensa. La clave radica en la apuesta de amor que Dios ha decidido hacer por su pueblo. «Cuando ha aparecido el Amor de Dios la relación de criatura se convierte gratuitamente en relación “conyugal”, y Dios se hace accesible y vulnerable por la acción del hombre. Desde esta clave

¹¹ *Ibíd.*, 49.

¹² Xavier Léon-Dufour. “Reconciliación”. En *VTB*, 2012, 756.

¹³ Haag. “Reconciliación”. En *DB*, 1678.

¹⁴ Saturnino Gamarra. *Teología espiritual*. Madrid: BAC, 1994, 215.

se entiende que nuestro pecado sea ofensa al Amor»¹⁵. Por ello, lo que se necesita recuperar es el vínculo amoroso entre el Creador y sus creaturas.

Desplacemos la atención hacia la actitud del hombre, es decir, el proceso que ha de vivir el hombre para alcanzar esa reconciliación con Yahvé. En este punto, se incorpora la esperanza en la conversión del corazón humano.

1.1.2. El llamado a la conversión del corazón

No se puede dejar de lado que Dios ha dotado al hombre con conciencia, con la capacidad de automirarse y autoexaminarse. El hombre en su búsqueda por la vida verdadera, puede experimentar el arrepentimiento al darse cuenta de la trampa del pecado y tenderá a buscar a Dios, pues la verdadera vida solo la puede hallar en Dios. El hombre ha de darse cuenta que su corazón de piedra lo ha llevado a rechazar a Dios y a optar por su propia destrucción, de este razonamiento se puede derivar un sentimiento de compunción que anime a la conversión, pues «la conversión nace de la compunción del corazón»¹⁶.

Una de los mensajes centrales y más recurrentes de los profetas consiste en la exhortación a la conversión y lo hacen de manera enérgica y urgente (Is 1,16-17; Jer 3,6-13).

«Ante la común y frecuente prevaricación del pueblo, los profetas no se cansan de invitar al arrepentimiento y a la conversión asegurando la misericordia de Yahvé, que se expresa de una y otra manera. Unas veces como el padre despreciado que perdona; o como el esposo que hace misericordia a la esposa infiel. No raras veces habla el Señor con un lirismo y afectuosidad singular que indican bellamente sus deseos de perdonar»¹⁷.

El primer paso hacia la conversión que coloca al pecador en camino de la reconciliación consiste en el abandono de la situación de pecado. «El alejamiento del mal, del camino hasta entonces seguido, es el primer acto que prepara para la reconciliación. Dice Jeremías: a veces Dios decide arrancar, destruir, aniquilar; pero si el malvado se convierte de su maldad, Dios se arrepiente del mal que había pensado hacer» (Jer 18,8)¹⁸. También Ezequiel exhorta a dejar atrás los crímenes cometidos: «Convertíos y apartaos de todos vuestros crímenes, de modo que no incurráis en ocasión de culpa. Descargaos de todos los crímenes que habéis cometido contra mí, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo» (Ez. 30-31).

El segundo momento de la conversión consiste en el reconocimiento de la propia culpa, es decir, experimentar la contrición que significa: «Reconocer las culpas propias, confesarlas abiertamente, arrepentirse, restablecer nuevamente las relaciones normales con

¹⁵ *Ibíd.*

¹⁶ Flórez García, 5.

¹⁷ Nicolau, 16-17.

¹⁸ Moraldi, 1591.

Dios, es lo que los profetas del AT suelen encerrar en un único verbo, šûb»¹⁹, que, como se ha dicho, se traduce como retornar o convertirse.

Reconocerse pecador «es la experiencia ejemplar de David quien, tras haber cometido el mal a los ojos del Señor, al ser reprendido por el profeta Natán exclama: “reconozco mi culpa, mi pecado está siempre ante mí. Contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces”»²⁰.

Estos actos han de realizarse desde un sentimiento profundo de arrepentimiento que constituye la base interior para la conversión y la reconciliación. El arrepentimiento «en el lenguaje hebreo suele ser expresado por la palabra “*najam*” y en el griego bíblico por el verbo “*metanoeo*”, tiene en el uso bíblico un significado más preciso de dolor y penitencia, de contrición por el pecado cometido»²¹.

Juan Pablo II en *Reconciliatio et paenitentia* expresa que la reconciliación se relaciona directamente con la actitud de arrepentimiento y el deseo de enmienda del pecador:

«Reconciliarse con Dios presupone e incluye desasirse con lucidez y determinación del pecado en el que se ha caído [...] hacer penitencia en el sentido más completo del término: arrepentirse, mostrar arrepentimiento, tomar la actitud concreta de arrepentimiento que es la de quien se pone en camino del retorno al Padre»²².

La conversión se entendía como un proceso que continuaba con el ejercicio de una nueva vida del pecador, esto es, que sea un hombre que cumpla la ley y practique la justicia. Esto debía de emerger de manera natural como resultado de esa actitud de arrepentimiento del pecador. En Moraldi encontramos la siguiente afirmación:

«Para los profetas, pues, la reconciliación no era una acción, sino una cadena de acciones, un comportamiento, una vida; tenía exigencias profundas y que involucraba todo el ser. Incluso se dieron cuenta que aquel retorno era imposible si Dios no había realmente preparado la reconciliación del hombre»²³.

Estas últimas palabras servirán para subrayar el papel protagónico de Dios en este proceso, pues, aunque la conversión y la reconciliación requieren de la voluntad y del deseo humano, según lo que encontramos en el AT, la posibilidad de vivirlas es netamente gracia divina. «Se trata de una obra que el hombre inicia, pero no sin una acción divina, y que sólo Dios lleva a cumplimiento, una obra en la cual Dios actúa con el hombre desde el principio al fin»²⁴. Pues Dios se encuentra plenamente comprometido con sus criaturas, su pueblo.

¹⁹ *Ibíd.*, 1591.

²⁰ Juan Pablo II. *Reconciliatio et paenitentia. Exhortación apostólica sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia hoy*. Madrid: EDIBESA, 2002, 13.

²¹ Flórez García, 156.

²² *Reconciliatio et paenitentia*, 13.

²³ Moraldi, 1592.

²⁴ *Ibíd.*, 1593.

Los profetas Jeremías y Ezequiel expresan la iniciativa de Dios para llevar al hombre hacia la conversión de su corazón: «Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jer 31,33). Mientras que en el libro de Ezequiel se lee: «Les daré un solo corazón y pondré en ellos un espíritu nuevo; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que caminen según mis preceptos, observen mis normas y las pongan en práctica, y así sean mi pueblo y yo sea su Dios» (Ez 11,19-20).

Resumiendo, el proceso de conversión se detona con la compunción²⁵ y el arrepentimiento del mal realizado para después determinarse hacia el abandono de la situación de pecado, el reconocimiento de la propia culpa y el cambio en el modo de vivir. Todo este proceso bajo la iluminación y el auxilio de Dios. Sin embargo, estos no son los únicos aspectos a considerar cuando se trata de la reconciliación en el AT. Pues estos movimientos y transformaciones interiores o personales tienen una resonancia social y cultural que exigen una explicitación externa para que se haga fehaciente la conversión y la reconciliación de una persona y de un pueblo.

1.1.3. La expiación como medio de reconciliación

Una de las concepciones principales relativas a la reconciliación en el AT consiste en la expiación. Cuyo significado proviene «del latín *expiare*: “purificar borrando la falta que separa de los dioses”, hacer grata a los dioses una persona, un objeto, un lugar. Del griego *hilasmos*, que deriva de *hilaskomai*: “mostrarse favorable, conciliarse”. En hebreo *kipper*: “cubrir perdonar”»²⁶, o también se le da la connotación de frotar, limpiar, borrar²⁷.

Algunas menciones de expiación se pueden encontrar en el libro de Isaías: «Y como esto ha tocado tus labios, se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado» (Is 6,7). También se puede observar en el siguiente texto: «Con esto queda expiada la culpa de Jacob y este sería el precio de borrar su pecado» (Is 27,9). Es decir, la expiación es un medio para eliminar la culpa o borrar los pecados.

Existe una necesidad personal y social de manifestar explícitamente el proceso de purificación o de limpieza de los pecados cometidos. El arrepentimiento y deseo de enmienda de los pecadores no eran suficientes para garantizar el perdón y el retorno a Dios, ni mucho menos para gozar de sus favores. Bajo estas circunstancias los rituales resultan de suma importancia. Sobre esto Herbert Haag explica: «Es posible que el antiguo Israel haya conocido otra manera de reconciliación cultural, la cual podría llamarse simplemente expiatoria o lustral: la falta concebida, cual si fuera una mancha física, se borra por la sangre de la víctima a la que se le atribuye virtud expiatoria»²⁸.

²⁵ Infra., 45.

²⁶ Xavier Léon-Dufour. “Expiar”. En *DNT*, 282.

²⁷ Cf. Haag, 1648.

²⁸ *Ibid.*, 1649.

El elemento de la sangre es el medio por el cual se buscaba apaciguar a Dios mediante una ofrenda que muy frecuentemente se trataba de la vida de un animal o de un hombre inocentes, pero que son sacrificados en lugar de otra persona (Ex 12,3-13). Esto nos remite a la práctica de la inmolación de corderos y a las propiedades purificadoras que se atribuía a la sangre:

«Después hizo traer al novillo para el sacrificio por el pecado, y Aarón y sus hijos impusieron las manos sobre la cabeza del novillo, víctima por el pecado. Moisés lo inmoló. Tomó la sangre y untó con su dedo los cuernos del altar, todo alrededor: para purificarlo. Después derramó la sangre al pie del altar. De esta manera lo consagró, haciendo por él la expiación (Lv 8,14-15)»²⁹.

Con lo anterior se entiende que la expiación busca limpiar, purificar y consagrar a una persona o a un lugar mediante la sangre derramada sobre aquello que se busca purificar y consagrar, dos verbos muy distintos, pero que marcan el fin de un estado de corrupción o de pecado y el reinicio de la amistad con Dios desde una nueva vida y una nueva fuerza. En el relato de Levítico 8,14-15 incluso se utiliza para la santificación de un lugar, es decir, le atribuye cualidades sagradas que nos remiten a un contexto de consagración sacerdotal.

«La sangre, sede de la vida, es algo santo y sagrado: es instrumento apto que Dios ha escogido (Lv. 17,11) para purificar y santificar los lugares santos (la tierra, el templo, el altar) cuando han sido manchados por pecado. Finalmente, el papel desempeñado por la sangre en el sacrificio de la alianza según Ex. 24, 3-8, donde aparece como instrumento santo y santificador que une las dos partes que pactan esa alianza: después de este rito, Dios puede ya establecerse de nuevo en el país [...] y dar testimonio de su presencia bienhechora y vivificante»³⁰.

Podría decirse que todos los sacrificios del AT están envueltos en la atmósfera de la reconciliación puesto que todos ellos tienden a reestablecer la comunión de vida con Dios (Lv 1,4)³¹. De hecho, los sacrificios rituales tienen la intención de restablecer la relación dañada con Dios, para volver a alcanzar sus favores. Sin embargo, no se ha de entender por sacrificio únicamente los que se realizan con sangre, pues, en sentido amplio, en el AT se entiende sacrificio como toda ofrenda ritual³².

Existen diversas interpretaciones al significado exacto del término expiación (*kipper*) en el AT, pues el tema del sufrimiento expiatorio y vicario tuvo poca resonancia en los escritos tardíos en donde se concede mayor importancia a otras prácticas como la penitencia

²⁹ El capítulo del Levítico, desde donde son tomados estos versículos, está dedicado a describir el ritual de la investidura de los sacerdotes, el cual comprende el sacrificio por el pecado, necesario para consagrar el altar.

³⁰ Haag, 1650.

³¹ Cf. *Ibid.*, 1650.

³² Cf. *Ibid.*, 1752.

interior, la limosna y la conducta ejemplar que son también entendidos y aceptados como medios para la reconciliación con Dios (Tob 4,10; Eclo 3,3-15)³³.

1.1.4. La mediación y el papel del Yahvé en la reconciliación

Como veíamos en el apartado anterior, durante los actos expiatorios intervenía un animal a manera de ofrenda, cuya sangre servía para limpiar los pecados y restituir la relación con Dios. La presencia de algo o alguien a manera de mediación es común en el AT y no solo se daba a través de una ofrenda de sangre o de limosnas, sino que, en muchas ocasiones, era un hombre ejemplar quien fungía como vínculo entre Dios y su pueblo.

«El AT conoce una reconciliación realizada por mediadores (y acentúa especialmente el elemento personal), los hombres de Dios elegidos por Yahvé o que le son particularmente gratos; su intercesión logra que la reconciliación sea posible; pero esta intercesión no es más que una súplica a la que Dios no se siente ligado»³⁴.

La oración de intercesión o la súplica era la manera en la que el mediador buscaba calmar la ira de Dios y que le diera una nueva oportunidad al pueblo que había incurrido en pecado. Moisés es un claro ejemplo de este papel mediador: «Moisés dijo al pueblo: “Habéis cometido un gran pecado. Ahora subiré a Yahvé; acaso pueda obtener el perdón para vuestro pecado» (Ex 32,30). De manera muy similar el primer libro de Reyes relata la intercesión del «hombre de Dios» para con el rey Jeroboam: «Dijo el rey al hombre de Dios: “Aplaca por favor la ira de Yahvé tu Dios para que se restablezca mi mano.” El hombre de Dios aplacó la ira de Yahvé y la mano del rey se restableció y quedó como antes» (1Re 13,6).

La función de los sacerdotes consiste precisamente en ser mediadores, son los que ruegan de modo especial para alcanzar perdón para todo el pueblo³⁵: «Entre el pórtico y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor y dirán: Ten piedad de tu pueblo, oh Yahvé, y no des tu heredad al oprobio, para que las gentes se enseñoreen de ella. Porque han de decir las gentes: ¿Dónde está su Dios?» (Jl 2,17). Los sacerdotes mantienen la comunicación directa con Dios y al mismo tiempo convocan al pueblo para la penitencia y la purificación.

Hasta el momento ha predominado una imagen de Dios riguroso, que espera ofrendas y sacrificios para calmar su cólera y restituir su favor hacia los hombres. Por otro lado, pareciera que la iniciativa de la reconciliación recae en el pecador que se arrepiente de sus pecados. De hecho, Bouttier expresa cómo «es interesante constatar que, para la piedad judía de la época, una vuelta a la gracia parece unida inevitablemente a una iniciativa humana: pedid, arrepentíos, ofreced sacrificios y el Señor se enternecerá, apartará su ira de nosotros»³⁶.

³³ Cf. *Ibíd.*, 1655.

³⁴ *Ibíd.*, 1651-1652.

³⁵ Cf. Nicolau, 28.

³⁶ M. Bouttier. “Reconciliar”. En *VB*, 280.

Sin embargo, desde el AT ya se consideraba a Yahvé como el iniciador del dinamismo de reconciliación, pues Él es el autor de la reconciliación misma, quien abre el camino para que el hombre retorne hacia Él.

«El papel básico que compete a Yahvé, tanto en la posibilidad como en la realización de la reconciliación, se comprueba ya en el mismo ámbito de la gramática: Yahvé es el sujeto, de quien nace la reconciliación y no un “objeto” que “es reconciliado”. Esto vale también para los ritos de la expiación. Pero donde con mayor fuerza se advierte que la reconciliación surge en la esfera de Yahvé es en los pasajes que hablan de la actitud de recusación de la reconciliación. Yahvé es Dios de reconciliación. (Sal. 103)»³⁷.

La reconciliación resulta ser un atributo constitutivo de Yahvé, es decir, no se trata de acciones aisladas que Yahvé decide realizar, según su capricho en momentos determinados, sino que conforma su modo de ser, por ello se le comprende como Dios de reconciliación, de misericordia y de amor. «Yahvé es clemente y misericordioso, lento a la cólera y lleno de amor; no se querella eternamente, ni para siempre guarda rencor, no nos trata según nuestros yerros, ni nos paga según nuestras culpas» (Sal 103, 8-10).

El pueblo de Israel gozaba de una imagen de Yahvé predominantemente compasivo y misericordioso. Su historia de liberación y de conducción hacia la tierra prometida tenían gran fuerza en el modo de concebir y relacionarse con Yahvé. No son pocos los salmos que dan fe de esta comprensión.

«El Dios del Antiguo Testamento es un Dios que se presta a la reconciliación, Y, lo primero, por su benignidad y misericordia. Las obras de misericordia de Dios son exaltadas y alabadas por encima de todas sus obras. (Sal. 144, 9); y aun la alabanza a Dios por obra de la creación y por la admirable redención del cautiverio egipcio y establecimiento del pueblo en la tierra prometida, se atribuyen a su misericordia que todo lo invade. “Porque es eterna su misericordia” (Sal 135)»³⁸.

La imagen del Dios misericordioso pone en cuestión la figura de un Dios que exige sacrificios para su autocomplacencia, por lo cual la idea del Dios de los ofrecimientos de sangre y los rituales de expiación queda superada por la revelación de un Dios benigno y misericordioso que incluso tiene la iniciativa libre y amorosa de reconciliarse con sus criaturas por puro don y gracia.

La evolución del proceso de reconciliación es compleja y tiene diferentes aristas, pero en estas breves páginas hemos expuesto de manera general los énfasis más destacados de la reconciliación en el AT. A modo de resumen podemos afirmar que la reconciliación es antecedida por un primer estado de amistad entre Yahvé y el pueblo, el cual es quebrantado por el pecado humano, esto es, por el incumplimiento de la ley, y que Yahvé mismo desea y

³⁷ Odilo Kaiser. “Reconciliación”. En *VPB*, 1333-1334.

³⁸ Nicolau, 19.

busca que sus criaturas vuelvan a Él. Para este proceso de retorno se ha tenido la perspectiva del sacrificio expiatorio, es decir, de la ofrenda de sangre para el perdón y la purificación, lo cual encuadra a la reconciliación en un ejercicio cultual. La presencia y la oración de intercesión realizada por los mediadores cobra relevancia para obtener el perdón de Dios. Más allá de la óptica sacrificial, se encuentra la imagen de un Dios compasivo que no exige holocaustos, sino que acoge al hombre arrepentido por pura misericordia y amor.

Para concluir con el apartado acerca de la reconciliación en el AT y comenzar a dilucidar algunas claves para comprender el NT, nos serviremos del comentario sintético de Herbert Haag:

«La síntesis más completa y perfecta de todas las enseñanzas bíblicas sobre la extinción del pecado y el retorno al estado del favor ante Dios léese en Is 52,13-53,12. La idea del apaciguamiento de la cólera de Dios parece haber desaparecido completamente; aquí todo está penetrado de la idea de expiación (el pecado deberá ser borrado, expiado por el sacrificio de la vida; el sacrificio del siervo de Yahvé es un sacrificio de reparación 53,10); sin embargo, esta expiación no se consigue mediante un acto cultual (la sangre en si misma no desempeña papel alguno), sino mediante el acto personal de un mediador que, a pesar de su inocencia, sufre en lugar de los pecadores el castigo que éstos habían merecido y obtiene así la reconciliación de los mismos con un Dios personal y misericordioso»³⁹.

1.2. En el Nuevo Testamento

El punto de enlace entre el AT y el NT en el ámbito de la reconciliación se ubica en la predicación de Juan el Bautista, quien proclama: «Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos» (Mt 3,2). La conversión resulta indispensable para recibir la salvación que trae el Reino de Dios. Pregona que él bautiza con agua en señal de conversión y seguidamente anuncia a aquél que bautizará con el Espíritu Santo y fuego (Mt 3,11). En el discurso del Bautista aún se encuentra muy viva la idea de Dios que castigará a quienes no se arrepientan de su iniquidad como quien corta un árbol que no da buen fruto para ser arrojado al fuego (Mt. 3,10). Al modo del AT, su exhortación a la conversión se refiere al cumplimiento de las exigencias religiosas y morales de la Alianza hecha para los hijos del padre Abraham⁴⁰.

No obstante, la clave principal para entender la reconciliación en el NT, no radica en la ley, sino en la conversión por la fe, pues «cuando el pueblo vive en dispersión o en el destierro, se incrementa la preocupación de los profetas por la fe del pueblo; pero la conversión se interpreta generalmente como una vuelta a la antigua fe, abandonada por el pueblo en cuanto olvida las prácticas religiosas»⁴¹.

La fe neotestamentaria se dirige hacia Cristo, es decir, en Cristo se concentra toda la ley de Moisés, pero plenificada, por esto es que la fe en Cristo trasciende la fe únicamente

³⁹ Haag, 1652.

⁴⁰ Cf. Flórez García, 155.

⁴¹ *Ibíd.*, 155.

basada en el estricto cumplimiento de normas y preceptos. La reconciliación en el NT va más allá de ser una exhortación o un don para el pueblo o grupo determinado, sino que adquiere dimensiones universales, es decir, toda la humanidad está llamada a profesar la fe en Cristo.

«El Nuevo Testamento centra expresamente el mensaje de la conversión en la llamada universal a la fe. [...] El creyente hebreo debía renovar su fe en la medida en que ella no acogiera a Cristo como persona en la que confluían las promesas mesiánicas. Su conversión cristiana exigía el reconocimiento de aquellos errores o falsas actitudes morales, fruto de una malentendida fidelidad a las tradiciones, que les impedía reconocer en Cristo al Mesías. El creyente judío debía aceptar su culpa en la muerte del Hijo de Dios y sentir la necesidad de acogerse a la obra redentora de Cristo para poder obtener su propia salvación. Por su parte, el gentil estaba llamado por primera vez a la obediencia de la fe, reconociendo en Cristo la revelación y el amor misericordioso de Dios Padre y reconociéndose él mismo, por su injusticia y pecado, necesitado de la gracia divina»⁴².

El relato por excelencia sobre la reconciliación que aparece en los Evangelios es la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-31), en donde el hijo menor representa a ese hombre caído en pecado por la tentación de vivir la propia existencia, independientemente de Dios, con el deseo de construir su propia realidad pero que al tocar la miseria material y humana es movido a volver a la comunión con el Padre. La estructura en la relación hombre y Dios es la misma que en AT, pero el relato destaca la acogida festiva y amorosa del Padre para con el hijo que regresa, pues es un Dios de misericordia. «La reconciliación es principalmente un don del Padre celestial»⁴³.

La gradualidad en los niveles de la reconciliación revelada en el NT llega a su culmen en las cartas de san Pablo. «Entre los escritores del NT, Pablo es el único que presenta la obra redentora realizada por Cristo como reconciliación entre Dios y el hombre pecador»⁴⁴. Es Pablo quien profundiza en la dimensión reconciliatoria de Dios mediante la acción de redentora del Hijo. A pesar de que la palabra «reconciliación» aparece en escasas ocasiones en las cartas paulinas, su fuerza conduce a una nueva comprensión de Dios que acoge radicalmente a todas sus criaturas y las reconcilia en sí mismo. Finalmente, la reconciliación en las cartas paulinas se convierte en un ministerio (2Cor 5,18), en un envío que distingue a los cristianos.

El significado de la reconciliación según los escritos paulinos es completamente renovado, pues adquiere dimensiones soteriológicas, escatológicas y misionales que se irán explicando a lo largo de los siguientes apartados. La centralidad ahora estará en Cristo quien con su vida y muerte transfigura la reconciliación.

⁴² *Ibíd.*, 155.

⁴³ Cf. *Reconciliatio et paenitentia*, 5.

⁴⁴ Haag, 1654.

1.2.1. La iniciativa misericordiosa de reconciliar

Desde el AT existía una conciencia de que la posibilidad de reconciliarse venía como don gratuito de Dios para la salvación de los hombres. Sin embargo, esta concepción conlleva consecuencias que quedan mejor explicadas en el NT. Cuando Pablo escribe que “todo proviene de Dios” (2Cor. 5,18) significa que Dios, por libre iniciativa suya, ha puesto fin al estado de enemistad en que se encontraba el hombre con respecto a Él⁴⁵. Es Dios quien ha mirado el corazón frágil de sus criaturas y decide hacer redención.

Los elementos del «paradigma de reconciliación», es decir, los agentes que intervienen en el proceso reconciliatorio, se pueden encontrar en la epístola a los Romanos: «si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, nos salvará mediante su vida!» (Rm 5,10). Los elementos constitutivos de la acción reconciliatoria que se evidencian son: «(1) sujeto que recibe la acción de reconciliación: nosotros, enemigos; (2) el agente de la acción insinuado por la voz pasiva: Dios; (3) el objeto indirecto de la acción declinado en dativo: Dios; (4) la mediación de la acción: la muerte de su hijo»⁴⁶. De esta manera se constata el dinamismo reconciliatorio entre Dios y los hombres y el lugar que ocupa cada elemento en este proceso, en donde, sin duda alguna, Dios es quien actúa en primer término.

Sin embargo, el hecho de que la iniciativa de reconciliar venga exclusivamente de Dios, coloca la interrogante sobre la justificación, es decir, sobre la posibilidad de ganarse la salvación mediante nuestras obras buenas y el cumplimiento de la ley o únicamente por nuestra fe en un Dios de reconciliación. La cuestión se amplía al pensar en los oprimidos o las víctimas de las estructuras de este mundo, ciertamente, los pobres y excluidos no son santos pues todos los seres humanos se mueven bajo una estructura de relaciones sociales de pecado. Pero la justificación que viene de Dios se orienta hacia el rescate de la persona como criatura digna en medio de contextos donde han sido marginados, agraviados en su dignidad o deformados por la miseria y la violencia⁴⁷. De esta manera, aun hablando de justificación, el hombre queda como receptor y no como autor de su propia reconciliación con Dios.

En muchas ocasiones las palabras «reconciliación» y «justificación», al provenir de Dios, pueden entenderse como sinónimos. No obstante, resulta conveniente diferenciar los términos para comprender más ampliamente el significado de estos dones gratuitos de Dios. Ambas tienen lugar por iniciativa divina gratuita, sin embargo, la diferencia radica en lo que ocurre después de cada una. La justificación da como resultado el restablecimiento de la relación del pueblo con Dios, el retorno a la paz y al estado de amistad. Más allá de esto el ser humano «después de su reconciliación ya no está separado, sino en comunión. Esta condición nueva no se describe, sin embargo, en términos de comunión estrecha, sino como

⁴⁵ *Ibid.*, 1654.

⁴⁶ Juan Manuel Granados Rojas. *La teología de la reconciliación en las cartas de san Pablo*. Navarra: Verbo divino, 2016, 42.

⁴⁷ Cf. Elsa Tamez. “Justificación y justicia”. En *NDT*, 509.

filiación o participación en la gloria divina»⁴⁸. El hombre es invitado, no solo a recobrar el estado de paz y armonía anterior a su distanciamiento por el pecado, sino a participar de la gloria divina manifestando la grandeza de Dios en su ser.

Lo que le corresponde hacer al hombre en esta lógica divina de reconciliación consiste fundamentalmente en dejarse reconciliar, abrir su corazón a Dios desde la fe y confiar en su acción reconciliatoria:

«El primer paso para alcanzar la reconciliación no es dado por los seres humanos, sino por Dios; este dato particular constituye una exhortación a recibir la iniciativa divina y no a llevarla a cabo, en sentido estricto. El imperativo no exhorta a reconciliarse con Dios sino a acoger de una vez por todas las consecuencias del acontecimiento cristológico»⁴⁹.

Es en este punto donde corresponde profundizar el modo mediante el cual Dios realiza la acción reconciliatoria lo cual se enuncia en la segunda carta a los Corintios: «En efecto, Dios estaba reconciliando al mundo consigo por medio de Cristo, no tomando en cuenta las transgresiones humanas, al tiempo que nos confiaba la palabra de la reconciliación» (2Cor 5,19). El papel de Cristo como mediador crea una nueva humanidad. No se trata de la realización de un acto separado de su vida toda, sino de la consumación de su misión y de una apertura a nueva versión de ser humano. Cristo ha entrado en la historia del mundo, la ha asumido en su totalidad, la ha dotado de un sentido nuevo y ha redirigido su trayectoria.

Lo fundamental es comprender que Dios por amor a sus criaturas es quien toma la iniciativa de reconciliar al hombre y regalarle una nueva vida más plena mediante Cristo, «la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo todavía nosotros pecadores, murió por nosotros» (Rm 5,8). Dios permanece fiel en su amor y quiere hacernos partícipes de su gloria.

1.2.2. La acción reconciliatoria de Cristo

La acción reconciliatoria de Cristo se puede dilucidar en los evangelios desde el momento de la Encarnación (Lc 1,32-33) y de su Nacimiento (Lc 2,11), pues desde aquí se comienza a prefigurar la grandeza de su acción salvadora. También se reafirma en el cántico de Simeón: «Dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación» (Lc 2,30). El Hijo se hace hombre para invitar a los pecadores a convertirse: «No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores» (Lc 5,32).

«Cristo empieza su predicación invitando a todos a convertirse y a creer en el Reino de los Cielos que se hace presente con Él (Mc 1,15) que es el buen pastor que toma la iniciativa de ir a buscar a la oveja perdida (Lc 15,4) y lleno de alegría se la echa a los hombros para

⁴⁸ Granados Rojas. *La teología de la reconciliación en las cartas de san Pablo*, 45.

⁴⁹ *Ibíd.*, 73.

devolverla al redil con las demás, o sea a la comunidad, festejando con los amigos el haberla encontrado»⁵⁰.

La misión de reconciliar de Cristo estuvo presente durante toda su vida pública, su labor redentora fue transversal a sus acciones sanadoras, predicativas y liberadoras. «Cristo, antes de hacer un milagro, pretende que el interesado admita que tiene necesidad de Él proclamando su ceguera física y moral, su incapacidad para caminar, su falta de fe o su culpa»⁵¹. Pues el proceso de liberación y de reconciliación inician con el reconocimiento de la realidad personal. Ese es el comienzo del retorno al Padre. «¡Dios mío, ten piedad de mí, porque soy un pecador!» (Lc 18,13).

Para entender la reconciliación que trae Cristo es importante considerar sus predicaciones, especialmente las parábolas lucanas de la misericordia. Primeramente, la oveja perdida retrata el deseo afanado de Dios por rescatar al pecador, el pastor tiene la iniciativa de salir al encuentro que aquel que se ha alejado del rebaño, del camino que conduce a Dios. En segundo lugar, la dracma perdida representa a aquellos que, aun creyendo que mediante sus obras agradan a Dios, su propio egoísmo y fundamentalismo les impide ver verdadera la luz de Dios. Finalmente, como se mencionaba al inicio de este capítulo, el relato del hijo pródigo constituye la mejor historia para aludir al amor misericordioso de Dios que es un Padre que no solo no reprocha a su hijo por sus malas acciones, sino que lo reviste de dignidad y lo incorpora a un estado de celebración.

«La reconciliación supone lo que está oculto en la palabra y en la acción de Jesús, a saber: por una parte, la presencia de Dios, y por otra, el sí del hombre caído, que puede aceptar o rehusar»⁵². De hecho, son diversas las parábolas en las que los hombres rechazan la invitación a reconciliarse con Dios. tal es el caso de los convidados a la boda (Mt 22,1), la parábola del sembrador (Mc 4,1-9), el joven rico (Mc 10,17-22) o los viñadores homicidas (Mc 12,1-11). En contraste, están aquellos en que sí se acoge la oferta de Dios como el tesoro escondido (Mt 13,44) o la del mercader de perlas finas (Mt 13,45). Con ellos resulta evidente que las palabras puestas en boca de Jesús por los evangelistas pretenden revelar el rostro misericordioso del Padre que busca la reconciliación.

Rechazan la invitación a la reconciliación	Acogen la invitación a la reconciliación
Los convidados a la boda (Mt 22,1)	El hombre del tesoro escondido (Mt 13,44)
El joven rico (Mc 10,17-22)	Mercader de perlas finas (Mt 13,45)
Los viñadores homicidas (Mc 12,1-11)	

Fig. 1. Comparación de personajes que rechazan y aceptan la invitación a la reconciliación

⁵⁰ Valentín Salvoldi. *Dios es más grande que tu corazón. La fiesta de la reconciliación*. Madrid: Paulinas, 2000, 53.

⁵¹ *Ibid.*, 54.

⁵² Moraldi, 1594.

Además de los alcances de su predicación, Jesús tiene autoridad para perdonar los pecados: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Mc 2,5). Jesús es el portador del poder divino para perdonar los pecados y transformar una situación de muerte en vida verdadera, tal como se lee en la narración de la curación del paralítico.

«Para explicar el alcance de la reconciliación obrada por nuestro Señor Jesucristo se comienza recordando los efectos devastadores universales que supuso la acción de un solo hombre: la entrada del pecado y de la muerte en el mundo, afectando a todos los hombres. Esta acción y sus efectos se ve no solo contrarrestados, sino superados sobreabundantemente por la acción de otro hombre, Jesucristo»⁵³.

Una de las interpretaciones más radicales que efectúa san Pablo sobre la acción reconciliatoria de Cristo se refiere a la reivindicación que éste realiza sobre el pecado de Adán. Pablo expresa que desde Adán hasta Moisés ha reinado la muerte, pues por el delito de un hombre murieron todos, pero por esta misma razón, por la justicia de uno solo, que es Jesucristo, la vida de todos los hombres será justificada (Rm 5,12-21).

La reconciliación que trae Cristo tiene también una dimensión horizontal, es decir, exhorta a la reconciliación entre los hombres. «Si al momento de presentar tu ofrenda ante el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda ahí, delante del altar, y vete primero a reconciliar con tu hermano» (Mt 5,23-24). El relato del siervo despiadado es una indicación a vivir el perdón y la reconciliación al modo del rey con sus siervos y muestra el caso de quien no sabe responder y transmitir el perdón y la reconciliación recibida: «¿No debería tú compadecerte de tu compañero del mismo modo que yo me compadecí de ti?» (Mt 18,33). También podemos incluir a Zaqueo quien, por el contrario, al recibir el perdón y el amor de Dios a través de Jesús, se vuelca hacia la justicia: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más» (Lc 19,8).

Las ideas esenciales de la predicación penitencial de Jesús de Nazaret se hallan referidas desde el AT, pero es Él quien pule el diamante de anuncio del Padre para que brille con todo su resplandor. El marco donde se sitúa el mensaje del mesías comprende la realidad misteriosa del pecado que esclaviza al hombre, sacude el yugo de la ley divina y anuncia la misericordia infinita de un Dios que conoce el barro de que está formado el hombre y que quiere salvar al que es obra de sus manos⁵⁴.

Más allá de lo expuesto hasta el momento, el núcleo duro de la acción reconciliatoria de Cristo la ha llevado a cabo mediante la entrega de su vida. Ciertamente, la vida de Cristo en este mundo consistió en revelar la misericordia de Dios y llamar a los hombres a la conversión y reconciliación, pero lo fundamental radica en su muerte: «La reconciliación está ligada a un acontecimiento que se ha desarrollado en un lugar y en un momento determinados

⁵³ Alfonso Lozano Lozano. *Romanos 5: la vida de los justificados por la fe y su fundamento, la reconciliación por nuestro Señor Jesucristo*. Estella: Verbo Divino, 2012, 158.

⁵⁴ Cf. Nicolau, 29-30.

a través de la muerte de un condenado en el patíbulo; su origen radica no en la religión, en el culto o en el rito, sino en la historia»⁵⁵. El acontecimiento de la muerte en cruz de Cristo inserto en la historia constituye el hecho crucial de la opción de Dios por la redención de sus criaturas, no porque se la merezcan, sino porque es puro amor.

«El sentido de esta muerte está especificado: Cristo ha muerto por nosotros (Rom 5,6) en lugar nuestro: por todos (2Cor 5,18-21). A Él le han sido imputadas nuestras ofensas. Él ha sufrido el juicio de Dios y la condenación de la ley, ha sido aplastado por el peso de la oposición entre los hombres, entre Israel y las naciones; ha sucumbido y ha destruido con su muerte toda enemistad (Ef. 2,15); su repulsa ha prefigurado la de Israel abriendo a todos el camino de la gracia (Rom 11). 2Cor 5,21 resume todo esto en una fórmula inolvidable: ¡se ha hecho pecado por nosotros!»⁵⁶.

La cruz, marca un momento nuevo en la historia, irrumpe dentro de la creación para terminar con un pasado fracturado por el pecado para inaugurar un tiempo que abre las puertas a la salvación y que conduce a la vida eterna. Es Cristo el mediador que de manera libre y pacífica, pero al mismo tiempo dolorosa, restaura lo que se había roto y concede una nueva dignidad. Cristo «pacifica mediante la sangre de su cruz, los seres de la tierra y de los cielos» (Col 1,20).

La epístola a los Colosenses adquiere gran relevancia por el cántico del primado de Cristo, «porque en él fueron creadas todas las cosas. Todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud y reconciliar por él y para él todas las cosas» (Col 1,16-17,19-20). Esta condensación de la creación en Cristo, lo coloca como el principio y fin de toda lo creado. No se trata solamente de reconciliar al hombre con Dios desde la óptica de la superación del pecado, sino que la reconciliación adquiere dimensiones cósmicas, es decir, toda la creación se reconcilia en Cristo, por Cristo (por su sangre) y para Cristo. Él se convierte en el punto de partida y de llegada de todo cuanto existe, es la salvación colectiva del universo que no cancela la salvación individual, sino que la abarca.

«Todo cuanto hay de “poder” en el cielo y en la tierra, o bien: cualquiera sea la razón por la que el cielo y la tierra son “poderosos”, todo tiene “lugar” y “significado” bajo (no junto o sobre) el acontecimiento Cristo, el único que establece la norma y medida. Este acontecimiento lo abarca todo, lo transforma todo, lo “reconcilia” todo. La reconciliación aparece como la forma en que se concreta el acontecimiento de Cristo. La reconciliación cósmica se concreta una vez más en el mundo de los hombres, en el “cuerpo”, en la “iglesia”; y de modo tan fuerte que sólo quiere y debe “ser eficaz” en y por la fe da la comunidad»⁵⁷.

⁵⁵ Bouttier, 281.

⁵⁶ *Ibid.*, 281.

⁵⁷ Kaiser, 1336.

Las cartas paulinas designan que en Cristo ocurre la reconciliación plena, lo cual también significa la salvación colectiva del universo, en la cual los seres humanos se reconcilian con Dios, se reconcilian entre sí e incluso el mundo material es solidario con el hombre en la reconciliación, como lo fue en su caída, pues también participa de ella⁵⁸.

El universo entero adquiere una nueva dignidad, exaltada por la entrega de Cristo quien ha concentrado en su cuerpo y espíritu toda la realidad humana, incluyendo su faceta de pecado, de esta manera nos devuelve una humanidad más plena, limpia ya de la mancha del pecado por la sangre de Cristo, lo cual nos abre el camino para compartir junto con él la fiesta de la resurrección.

1.2.3. Implicaciones de la acción reconciliatoria de Cristo

El hecho de que Dios haya reconciliado la humanidad y toda la creación consigo mismo mediante Cristo conlleva implicaciones que nos afectan directamente como humanidad y más aún como cristianos. La reconciliación entendida como recuperación del favor de Dios ha quedado superada pues Dios siempre es compasivo con la humanidad. Ahora el enfoque se halla en la manera en que el hombre acepta esa reconciliación que Dios ofrece y en el modo de entablar las relaciones con otros hombres.

«La nueva orientación se producen más o menos así: la introducción del pecado como magnitud decisiva hace que el interés por la reconciliación del mundo, orientado inicialmente en un sentido cósmico, se haya deslizado ahora hacia el mundo de los hombres. La reconciliación del mundo se entiende, pues, ahora esencialmente como reconciliación de los hombres con Dios. A la predicación le adviene la cualidad de palabra de la reconciliación. La responsabilidad del hombre se torna absolutamente inevitable en la llamada a la reconciliación»⁵⁹.

De esta manera se observa que quedan dos grandes tareas por realizar: la reconciliación del hombre con Dios (no de Dios con el hombre) y la reconciliación entre los hombres mismos. Resulta oportuno citar la segunda carta a los Corintios: «Dios estaba reconciliando al mundo consigo por medio de Cristo, no tomando en cuenta las transgresiones humanas, al tiempo que nos confiaba la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo como si Dios exhortara por medio de nosotros» (2Cor 5,19-20). Ser embajadores de Cristo, convierte al hombre en partícipe de la acción reconciliatoria. Los verbos activos de estos versículos tienen por agente a Dios, pero, a pesar del papel eminentemente pasivo de los humanos siempre existe una responsabilidad y una libertad en este acto radical, pues la inauguración del tiempo nuevo ha convertido al hombre en responsable de mantener la armonía, la paz y el orden restaurado.

⁵⁸ Cf. Moraldi, 1596.

⁵⁹ Kaiser, 1335-1336.

La voluntad de Dios no puede consistir en que el hombre se quede inmóvil o falto de voluntad en este proceso, sino que es un receptor activo de la reconciliación proveniente de Dios. «La esencia de la reconciliación la expresa Jesús de manera simple y ejemplar, en las dos parábolas del tesoro y de la perla: [...] la invitación a la reconciliación se hace al que es activo; exige una condición de espíritu capaz de comprender y al mismo tiempo de renunciar al resto»⁶⁰. El pobre jornalero encuentra el tesoro de modo absolutamente inesperado, pero en medio de su trabajo cotidiano, su objetivo no era encontrar el tesoro, pero era constante en su labor de cada día. Por otro lado, el rico comerciante encuentra la perla buscándola afanosamente, concentrado en conseguir la más valiosa. La fortuna descubierta es para ambos un don por su actividad cotidiana. Con esto se ejemplifica que la reconciliación exige un trabajo del hombre para comprender su densidad, aceptarla profundamente y responder en consecuencia.

La labor de comprender la reconciliación y sus implicaciones requiere abrir la mente hacia otras categorías que son reconfiguradas con el acto reconciliatorio de Cristo. Pablo escribe en la carta a los Efesios: «Porque él es nuestra paz, el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad, y anulando en su carne la Ley con sus mandamientos y sus decretos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo» (Ef 2,14-15). El muro divisorio que separaba a los judíos y a los gentiles y que excluía a los segundos del Templo de Jerusalén ha sido derribado por Cristo. Ya no hay motivo de enemistad pues Cristo ha reconciliado en su propia carne a todos los pueblos y ahora la humanidad entera ha de entenderse como un solo pueblo pues en Cristo el hombre ha sido re-creado. Han quedado anulados los motivos para las divisiones entre los hombres. Por esto mismo la paz entre los pueblos lleva por nombre Cristo.

La ley también ha sido renovada, «una vez que todas las consecuencias de la ley del talión, todas las hostilidades y maldiciones, han sido asumidas por Jesucristo, las maldiciones, odios, venganzas, revanchas contra el prójimo han concluido, “habéis oído”, “pero yo os digo...”»⁶¹. Ya no se trata de regresar al otro el mal recibido, sino de cortar la cadena de la violencia y de la venganza: «al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra, al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto» (Mt 5,39-40). Jesús mediante una nueva ley coloca las bases para una convivencia reconciliada, aludiendo al amor a los enemigos: «amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan» (Mt 5,44).

Lo anterior requiere de una nueva manera de ser hombre, ahora viendo en la humanidad la posibilidad de santificación y de donar amor como Dios lo hace, pues tras la reconciliación los hombres han de comprenderse como «hijos de vuestro Padre celestial que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

⁶⁰ Moraldi, 1594-1595.

⁶¹ Bouttier, 281.

«La reconciliación implica una renovación completa para los que disfrutaban de ella y coincide con la justificación (Rom 5,9), la santificación (Col 1,21). “Enemigos aquí de Dios por nuestra mala conducta”, podemos ahora “gloriarlos de Dios (Rom 5,11), que quiere hacernos aparecer delante de Él santos, sin mancha y sin reproche” (Col 1,22); tenemos “todos en un solo Espíritu, acceso cerca del Padre” (Ef 2,18)»⁶².

Con lo anterior se evidencia que las consecuencias de la reconciliación ocurren en diferentes ámbitos de realidad y que se dirigen a la esencia de esas realidades. El tiempo, el espacio, la humanidad, la creación entera tanto material como inmaterial se han renovado con Cristo y por Cristo.

«La transformación espacial es mucho más profunda de lo que se puede pensar porque no solo mueve las fronteras, sino que las elimina. La transformación espacial tiene lugar de hecho gracias a la transformación realizada por el mediador: en Cristo hay un espacio nuevo; un acceso nuevo al Padre; hay un nuevo Espíritu»⁶³.

Las personas que cultural y religiosamente se encontraban lejos de Dios, ahora ya no lo están, esa distancia ha quedado eliminada. Ahora ya todos tienen acceso a Dios, pues se ha abierto la puerta para todos, sean judíos o no judíos (Ef 2,11-13). Aquí radica la buena noticia para los excluidos. Los criterios de valoración a las personas quedan trastocados y ya no es relevante la etnia o el lugar de procedencia pues todos convergen en Cristo. Esto conlleva a repensar las relaciones humanas libres de categorías o estructuras piramidales.

Retomando el hecho de que la reconciliación consiste en la transformación de las relaciones con Dios y con los otros, es menester profundizar en esta realidad pues consiste en «una transformación que no se realiza a nivel de la superficie -en la carne-, sino a nivel profundo -en el espíritu-. Esta consiste en la transformación de la autoconciencia y de los valores tanto religiosos como sociales»⁶⁴. La transformación en el espíritu ha de reflejarse en la cotidianidad mediante los valores que se viven a nivel individual y colectivo. Las relaciones humanas han de tener por centro el amor, el perdón, la misericordia y la paz, siguiendo la lógica de Dios al regalarnos la reconciliación mediante Cristo.

En términos muy generales la reconciliación paso de ser en mero acto de reparación entre dos o más partes para ser el rasgo distintivo de la humanidad y de toda criatura. «La reconciliación se entendía como volver a la paz o volver a restaurar el buen entendimiento entre las partes. Sin embargo, en la carta a los Efesios este no es el punto primordial; no se trata de restablecer las condiciones de antes, sino de crearlas nuevas»⁶⁵. Por esta razón la reconciliación se vuelve el nuevo nombre de la creación. El nuevo orden del mundo ha de estar atravesado y dinamizado por la reconciliación, reconociendo la dignidad de cada ser

⁶² Léon-Dufour, 756.

⁶³ Granados Rojas. *La teología de la reconciliación en las cartas de san Pablo*, 99.

⁶⁴ *Ibíd.*, 100.

⁶⁵ *Ibíd.*

humano y de cada cosa creada, sin exclusión alguna, pues todo mora en Cristo y es morada de Cristo.

En síntesis, la reconciliación tiene como resultado fundamental la transformación espiritual y, consecuentemente, histórica de todo cuanto existe. La reconciliación ha de leerse en clave de transformación radical y vivificante.

«La reconciliación en las cartas paulinas se entiende como transformación. Transformación del sistema de valores que le permite a un creyente enorgullecerse en Cristo; transformación de los enemigos en hijos; transformación del creyente en ministro y embajador de Dios. Transformación de las causas de la enemistad en una humanidad nueva, en la cual las diferencias no son ya motivo de separación ni de división. Transformación de la creación y de las criaturas en cuanto ellas alcanzan el propósito para el cual han sido creadas»⁶⁶.

No podemos obviar el tinte escatológico que conlleva la reconciliación de Cristo. Al mirar Rm 5,10-11 y 2Cor 5,18-21 sabremos que la salvación del mundo ha llegado por medio de Cristo, que la plenitud de los tiempos se realiza en él. Sin embargo, existen dos maneras de entender el cumplimiento de esta plenitud de los tiempos. La primera consiste en que la reconciliación ha sido realizada completamente por Cristo y que a los hombres corresponde solamente recibirla, y la segunda que sugiere que es la acción reconciliatoria de los hombres lo que contribuye a completar esa plenitud. Ciertamente, «la escatología del pasaje (2Cor 5,18-21) se asemeja más en este sentido, a una inaugural que llegará a ser completa cuando todos los destinatarios de la carta acogerán el ministerio paulino de su palabra»⁶⁷.

La idea de la colaboración de los humanos con Dios para llegar a la plenitud no se refiere a una incapacidad de Dios para realizarla, sino que se encamina a dotar de un sentido divino y trascendente la presencia de la humanidad en el cosmos.

«La mediación del Primogénito consiste en completar o llevar a la plenitud sucesivamente creación y creyentes. ¿En qué sentido completar? Todas las cosas que fueron creadas en Cristo, han sido creadas por su mediación y sólo en él encuentran su fin. Completar la creación no se justifica porque esta haya sido o quedado defectuosa, sino en cuanto Cristo la provee de un propósito que va más allá de sí misma»⁶⁸.

Por este motivo, el hombre es un receptor activo de la reconciliación pues mediante sus actos completa la labor reconciliadora iniciada por Dios, de modo que transforme al mundo abriéndose a la gracia dada por Cristo. «Juan acostumbra presentar al cristianismo como en un estado escatológico anticipado, como gozando ya de la salud futura y, por consiguiente, sin pecar ya más»⁶⁹ (1Jn 3,6,9).

⁶⁶ *Ibid.*, 129.

⁶⁷ *Ibid.*, 75.

⁶⁸ *Ibid.*, 126.

⁶⁹ Haag. "Remisión de los pecados". En *DB*, 1682.

El papel del hombre en la labor de reconciliación adquiere mayor fuerza y luminosidad gracias a san Pablo cuando escribe: «Y todo proviene de Dios que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación» (2Cor 5,18). Pues al situarla en la categoría de ministerio, está delegando en el ser humano el servicio y la misión de reconciliar.

«En las manos y labios de los apóstoles el Padre ha puesto misericordiosamente un ministerio de reconciliación que ellos llevan a cabo de manera singular, en virtud de poder actuar “*in persona Christi*”. Mas también a toda la comunidad de los creyentes, a todo el conjunto de la Iglesia, le ha sido confiada la palabra de reconciliación, esto es, hacer todo lo posible para dar testimonio de la reconciliación y llevarla a cabo en el mundo»⁷⁰.

Así, la labor de reconciliar es inherente a todo seguidor de Jesucristo, es decir, constituye parte fundamental de la misión de la Iglesia, pues la llamada a la reconciliación es actualizar la misión de Cristo. Aceptar la reconciliación, acogerla con toda su fuerza significa aceptar el ministerio⁷¹. Pues no es posible asumirla sin hacerse cargo del envío que viene adherido a ella.

Pablo define la reconciliación como ministerio y palabra que ha recibido por iniciativa divina, y que a su vez se convierte en exhortación para sus oyentes: «recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos» (Mt 12,49). El envío es siempre en representación de Cristo y en el nombre de Cristo por medio del Espíritu Santo. Por lo cual no es simplemente la encomienda de una tarea, sino que se trata de posibilitar la acción reconciliatoria de Cristo mediante nuestras acciones y palabras.

El ministerio de reconciliar dota al hombre de la dignidad de apóstol, es decir, de ser embajador de Cristo resucitado con autoridad para el servicio y para conducir a otros. «El hecho de que ellos (creyentes) sean completados o llevados a la plenitud gracias a la reconciliación en y por medio de Cristo significa que ellos tienen un objetivo que los enriquece, que los lleva más allá de sí mismos»⁷². Y aquí podemos encontrar otro rasgo característico del hombre nuevo, que no vive más para sí mismo, sino que vive para Dios, haciendo vida a Cristo por medio de la gracia venida del Espíritu Santo. A modo de síntesis podemos afirmar que:

«El NT está influido integralmente por la doctrina de la reconciliación, esta iniciativa soberana y triunfante de Dios que por medio de la cruz abrió el camino del amor y logró reconciliar consigo un mundo que nada había hecho por su parte para merecerlo. El NT es consciente de situarse aquí en la oposición más radical a todas las religiones anteriores y posteriores de la humanidad, y de ser, sin paliativos, el evangelio de la gracia»⁷³.

⁷⁰ *Reconciliatio et paenitentia*, 8.

⁷¹ Cf. Granados Rojas. *La teología de la reconciliación en las cartas de san Pablo*, 77.

⁷² *Ibid.*, 127.

⁷³ Bouttier, 282.

1.2.4. La reconciliación como sacramento

Los sacramentos, al ser los signos sensibles de las experiencias de unión y contacto con lo divino constituyen los momentos cumbres de la recepción de la gracia de Dios. La reconciliación por la relevancia salvífica y espiritual que conlleva, no podía menos que tener una manifestación explícita y material mediante un sacramento, el de la reconciliación o también llamado de la penitencia.

La manera como el hombre puede adherirse de manera libre a una iniciativa o invitación de amor por parte de Dios se expresa en «una acción simbólica que lo sitúa en una historia todavía en devenir como participante de un proyecto común. Podemos considerar la economía sacramental como esa adhesión humana al Ministerio Pascual»⁷⁴.

El sacramento de la reconciliación era entendido en la antigüedad cristiana como un «segundo bautismo» pues en el bautismo se vive el perdón de los pecados, la renovación interior y marca el comienzo de una nueva vida. Además, en sus inicios, la institución penitencial ocurría una sola vez en la vida, en la cual el pecador se incorporaba a la gracia de Dios y se comprometía a permanecer en ella⁷⁵.

A lo largo de la historia, este sacramento ha cambiado mucho en cuanto a su forma, pues la confesión de los pecados se han realizado de manera pública y también privada, las penitencias han estado encaminadas a resarcir los daños o a pasar de ellos, se han incorporado signos y oraciones y también se ha prescindido de ellos. Sumado a esto, se le ha nombrado de diferentes formas como: segundo bautismo, penitencia, confesión, absolución o reconciliación. A pesar de todas estas variantes el sacramento siempre ha tenido «un denominador común: la Iglesia, en su fe, ha considerado siempre la penitencia posterior al bautismo como un medio por el cual Dios, a través de un ministro, perdona los pecados»⁷⁶.

Por otra parte, la reconciliación, al ser sacramento, subraya su dimensión eclesial. Todos hemos sido reconciliados por Dios y hemos sido congregados para formar parte de un solo pueblo, de una sola Iglesia que tiene por cabeza a Cristo. Por tal motivo el sacramento de la reconciliación, al igual que todos los sacramentos, «no se concede a un individuo aislado, sino a una persona en cuanto miembro del Cuerpo de Cristo y del pueblo del Dios, o deseosa de llegarlo a ser»⁷⁷.

La Nueva Alianza realizada a partir de Cristo tiene sus estructuras, es decir, sus maneras de hacerse vida y realidad, medios para que Cristo se siga haciendo presente en la historia.

«Todo el conjunto de estas estructuras de la Alianza emanadas del amor del Padre hacia los hombres, constituye el universo sacramental: Cristo como sacramento primordial; la Iglesia,

⁷⁴ Pierre Tripier. *La penitencia un sacramento para la reconciliación*. Madrid: Marova, 1979, 103-104.

⁷⁵ Cf. Louis-Marie Chauvet. “¿Por qué una reconciliación sacramental?”. En *Penitencia y reconciliación hoy*. Madrid, Marova: 1975, 61.

⁷⁶ *Ibíd.*

⁷⁷ *Ibíd.*, 63.

como sacramento de salvación dada en Jesucristo; los sacramentos como palabra visible, y, especialmente en lo que aquí nos concierne, el sacramento de la Penitencia, sacramento del perdón de los pecados de los que ya son miembros de la Iglesia. Se dirige a la reinserción de los pecadores en el dinamismo de las relaciones con Dios y con sus hermanos nacidas en su bautismo»⁷⁸.

Por estas razones la reconciliación expresada en un sacramento, puede ser vivida continuamente para purificarnos del pecado y para recibir la gracia del perdón. Este sacramento permite, mediante un acto, reconocer la propia fragilidad y la caída humana para retomar el camino, recomenzar y aceptar la gratuidad del amor, todo ello «es recuperado en este rito para celebrar a la vez la misericordia de Dios y la esperanza»⁷⁹.

En el proceso de la vivencia del sacramento resulta de suma importancia el reconocimiento del propio pecado y el genuino deseo de no volver a cometerlo. «La aceptación del pecado y la actitud de superación se incluyen mutuamente. Cuando se acepta el pecado es porque le acompaña al menos el deseo de superación, y cuando hay planteamiento de superación es fácil la disposición de aceptar los propios fallos»⁸⁰. Esta es la actitud que dispone el corazón humano a recibir la gracia de la misericordia y el perdón.

No obstante, la fuerza del sacramento de la reconciliación y el propósito real de la persona que ha confesado sus pecados para no volver a caer en ellos «La superación y la lucha no deben polarizarse en el pecado, sino que deben atender también al egoísmo, la autosuficiencia, los criterios incorrectos, la deformación afectiva, etc., que perduran en la persona»⁸¹. De tal manera, que la persona que se ha adentrado seriamente en un camino espiritual además de vivir el sacramento ha de continuar un proceso de desapego respecto a su pecado. «La persona fácilmente queda adherida al objeto de su pecado; y no le basta con no pecar, necesita una liberación afectiva progresiva. Este dato debe ser tenido en cuenta para el dinamismo espiritual»⁸².

La liberación ha de venir desde la relación con Señor. «La verdadera conversión como transformación se nos da en Jesús. Lo propio de nuestra participación en la Pascua es *estar en Cristo, vivir en Cristo*, lo cual lleva a ser *criatura nueva* y, aquí está la transformación más radical»⁸³. La reconciliación como sacramento se extiende hacia un proceso espiritual que tiene la fuerza para la conversión, para pasar de una situación de muerte a una de vida.

Lejos de una perspectiva legalista, el sacramento de la reconciliación se vive desde el misterio pascual, pues se pasa de una situación de muerte hacia un estado de vida verdadera y plena. Por ello la reconciliación «es una auténtica celebración de la Resurrección de Cristo crucificado que nos introduce en el Reino que viene»⁸⁴. La pascua se actualiza cada vez que

⁷⁸ *Ibíd.*, 62

⁷⁹ Tripier, 72.

⁸⁰ Gamarra, 236.

⁸¹ *Ibíd.*, 237-238.

⁸² *Ibíd.*, 238.

⁸³ *Ibíd.*, 241.

⁸⁴ Tripier, 73.

se efectúa el sacramento. Los creyentes nos adherimos a Cristo y caminamos con Él hacia la resurrección que Él ya nos ha anticipado. «En Jesucristo muerto y resucitado estamos en Alianza con Dios, Padre de Jesucristo, cuyo espíritu culmina toda santificación, mediante su presencia que suscita, agujonea, nutre, diviniza toda búsqueda, toda conversión, toda realidad humana que la fe consagra a Dios»⁸⁵. Con todo esto, el hombre conoce la ruta certera para experimentar el gozo de retornar al Padre desde lo profundo de su espíritu.

En el sacramento, al penitente «se le sumerge en el amor gratuito del Redentor. Por lo cual, la confesión tendría que ser un encuentro alegre con la esperanza, un rito deseado como instrumento providencial de paz personal y social»⁸⁶, un momento privilegiado en el que se viva la misericordia de Dios de manera idónea. En lo que respecta al confesor, le corresponde ser el canal del amor y la misericordia divina:

«El confesor se presenta como un puente entre la misericordia divina y la debilidad humana: tiene que aparecer como pura transparencia del Amor. Él es el mediador entre la invitación a la santidad que baja del cielo y la necesidad de misericordia que sube desde la tierra»⁸⁷.

El penitente al arrepentirse y buscar el perdón se pone en el camino de la conversión, de la renovación espiritual que ha de tener resonancias en su vida mundana. «La confesión humilde de nuestras faltas ante un sacerdote sirve también para “liberar” dentro de nosotros el canto de alabanza a la misericordia divina»⁸⁸. Por lo que, al acercarnos a este sacramento, estamos constatando en nuestro ser la bondad de Dios para con nosotros y para con el mundo.

Con todo lo anterior, la Iglesia cumple fielmente el ministerio de reconciliar enunciado en 2Cor 5,18 y anticipa la vivencia del Reino de Dios en la tierra, transforma al ser humano en un ser capaz de reconocer lo mucho que ha recibido para que, desde un corazón agradecido, pueda alabar y servir a Dios.

«A través del sacramento Dios termina y sella, en un gesto definitivo, la reconciliación que había ya comenzado: reconciliación del pecador con Dios mismo y con la Iglesia. Tal es el don absolutamente nuevo que se nos da en el sacramento: don nuevo en cuanto expresión última de un encuentro progresivo entre Dios y el hombre y sello impreso de una reconciliación establecida de parte y parte como signo de entrega definitiva»⁸⁹.

⁸⁵ *Ibid.*, 74.

⁸⁶ *Salvoldi*, 89-90.

⁸⁷ *Ibid.*, 93.

⁸⁸ *Ibid.*, 98.

⁸⁹ *Chauvet*, 68.

* * *

El plan de reconciliación y de redención de Dios se nos ha ido revelando de manera gradual y ha tenido un proceso de evolución exponencial en su paso del AT al NT. Inicialmente, en el tiempo veterotestamentario la reconciliación tenía como objetivo primordial la remisión de los pecados para restaurar la relación con Dios y recuperar su amistad, lo cual se conseguía de manera cultural y sacrificial. Posteriormente, en el NT con la presencia redentora de Cristo, la reconciliación conserva su significado de restauración, pero lo trasciende, abriendo para el hombre la posibilidad de incorporarse a la vida en el Espíritu y de la plenitud de Cristo.

Los efectos de la reconciliación inaugurada por Cristo alcanzan al ser humano y a la creación entera para transfigurarlos en su dignidad, en su identidad espiritual y en el sentido de su existencia. El origen y el fin de todo se encuentra en Cristo. Esta pertenencia y permanencia de todos y todo en Cristo resulta en el desdibujamiento de las fronteras, en la caída de los muros que dividen a la humanidad. Ahora todos formamos parte de una Iglesia, de un solo cuerpo y un mismo Espíritu. Aquí radica el principio y el fundamento bíblico-teológico de la reconciliación.

Finalmente, la reconciliación tiene como una de sus notas constitutivas el ser ministerial. A los cristianos nos corresponde recibir la reconciliación proveniente de Dios para comunicarla a todos, ser apóstoles de este servicio exhortando a la aceptación de este don gratuito de Dios. La misión de reconciliar forma parte irrenunciable de la identidad cristiana y debe mover el deseo de transmitir la Buena Nueva. Trabajar por el ministerio de reconciliar nos convierte en colaboradores de la reconciliación plena y total y nos hace partícipes de la misión de Cristo.

CAPÍTULO 2

La reconciliación en los *Ejercicios espirituales ignacianos*

El objetivo de los *Ejercicios espirituales* es un tema discutido en el que existen opiniones diversas. Sin embargo, destacan principalmente las posturas que consideran que los *Ejercicios* tiene la finalidad de que el ejercitante tome una elección de vida y las que se inclinan por concederles la intención de que el ejercitante experimente la unión con Dios. Los «eleccionistas» son de la idea que ejercitante ha de tomar «una elección particular, importante y decisiva para su vida cristiana, incluyendo la decisión de un estado de vida. Es esta la posición de Jesús Granero y Jacques Lewis¹.

En contraposición están los «unionistas», quienes mantienen que «los Ejercicios se orientan, principalmente a promover la unión con Dios, hasta el más alto grado que la gracia puede llamar. [...] son una verdadera escuela de perfección cristiana»². Uno de los representantes más destacados de esta corriente es José Calveras. Por su parte, José de Guibert explica que el sentido primero de los *Ejercicios* consiste en

«encontrar y abrazar la voluntad de Dios, sea en la elección de un estado de vida, sea en la manera de reformar y ordenar su vida según la voluntad de Dios en el estado ya abrazado. [...] Muy pronto se vio que estas fórmulas encerraban una riqueza y una amplitud que desbordaban con mucho el fin particular que había inspirado su redacción»³.

Esta perspectiva da lugar a entender que la finalidad de los *Ejercicios* no se puede encapsular, pues la acción de Dios la sobrepasa. Por ello, aunque la reconciliación no aparece como una finalidad explícita de los *Ejercicios*; es posible decir que, tanto la elección como

¹Adelson Araujo Santos. «Mas él, examinándolo bien...» (Au 27). *El examen de conciencia en la espiritualidad ignaciana*. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2016, 209.

²Ibíd., 208-209.

³José de Guibert. *La espiritualidad de la Compañía de Jesús*. Santander: Sal Terrae, 1955, 389.

la unión con Dios se encuentran íntimamente vinculadas a procesos que hoy podemos entender como reconciliatorios en distintos niveles.

Desde esta perspectiva, a lo largo de este capítulo se realizará un rastreo de los elementos relacionados a la reconciliación que se encuentran en los *Ejercicios espirituales* de manera explícita o implícita, para encontrar los caminos de comprensión de esta propuesta espiritual en clave de reconciliación.

«En la espiritualidad ignaciana la reconciliación no es un estado sino un horizonte escatológico; el hecho de reconciliar no es una práctica sino la mediación de un don»⁴. Por tal motivo, la reconciliación forma parte de los dones que vienen de Dios para poner al servicio de la humanidad mediante la acción de los cristianos en el mundo.

«Reconciliar es un ministerio por el cual se profundiza en la reconciliación como don de la Trinidad. Nace con la iniciativa del Padre (Lc 15,20); se entrega por medio de Cristo, que es el único reconciliador, y de su cuerpo, que es sacramento de reconciliación (2Cor 5,18); consiste en don del Espíritu Santo»⁵.

La Trinidad constituye el origen y la fuente de toda reconciliación, es quien hace posible que los seres humanos, a pesar de su pecado y egoísmo, puedan experimentar la reconciliación y el perdón. De aquí se deriva la importancia de encontrar las formas para hacer surgir en el hombre la vivencia de esos dones divinos que contribuyan a instaurar el Reino de Dios, que se caracteriza por la justicia y la paz. Tanto la realidad externa, así como los movimientos interiores, marcarán la hoja de ruta para encaminarse a una reconciliación real, profunda y duradera.

«La espiritualidad ignaciana ayuda a discernir cómo reconciliar, especialmente mediante el proceso de las cuatro semanas de los Ejercicios Espirituales que es una pedagogía para el encuentro con Dios como fuente de vida capaz de mover a las personas al perdón y a la reconciliación trabajando por la justicia»⁶.

Este camino conforma una posibilidad palpable para adentrarnos en la labor reconciliatoria de Dios, por ello, cada etapa de los mismos nos sumerge en el misterio de Cristo como la revelación del Padre que nos impulsa a trabajar por un mundo fraterno y de paz. Se trata de un proceso de transformación personal que se manifiesta en las relaciones y opciones de quien vivió los *Ejercicios* y en el compromiso con la realidad mediante la participación en la misión de Cristo.

«La reconciliación supone un cambio en las relaciones entre seres humanos, entre ellos y el mundo en el que viven y entre el ser humano y la trascendencia. Podemos entender la

⁴ José Carlos Coupeau. “Reconciliación”. En *DEI* II, 1534.

⁵ *Ibid.*, 1534.

⁶ Martínez-Gayol Fernández, 202.

reconciliación como el establecimiento (o restablecimiento) de relaciones justas que han sido rotas o dañadas generando una situación de sufrimiento»⁷.

Cabe aclarar que existen diferentes niveles de reconciliación, a saber, la reconciliación con uno mismo, con Dios, con el prójimo y con la creación. Durante el proceso de los *Ejercicios* encontraremos diferentes énfasis en uno u otro nivel, sabiendo de antemano que el método está orientado a vivirse de manera personal y que requiere el trato directo del ejercitante con su creador. Es así, que los procesos reconciliatorios en todos sus niveles ocurren, en un primer momento, en el marco de la interioridad y la conciencia del ejercitante. «La experiencia de Ejercicios puede suponer en algunos casos una saludable reestructuración de la vida del ejercitante, proporcionándole una integración nueva una vivencia de paz y reconciliación consigo mismo, desconocida hasta entonces»⁸. Pero no por esto se trata de un camino individualista desvinculado de la conciencia del prójimo y de su entorno. Por el contrario, esa reestructuración posibilita entablar relaciones de manera renovada, basadas en la libertad y el amor, teniendo como centro a Cristo.

2.1. Principio y fundamento

Los *Ejercicios espirituales* inician con la meditación del *Principio y fundamento* que tiene un claro sentido antropológico, es decir, ubica al ser humano en su realidad de creatura y de su adhesión absoluta al Creador. De tal manera, que Dios constituye el soporte de la vida desde su origen hasta su final. Además, lo coloca en su sitio respecto a las demás cosas creadas, dándole un marco de relaciones.

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima, y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar dellas quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas quanto para ello le impiden» (*Ej 23*).

Estas líneas establecen un faro que orienta hacia una sanidad en cuanto a la relación con Dios, con uno mismo al entenderse como creatura, con las demás personas y con las cosas que nos rodean. Se convierte en un punto de inicio y de llegada, pues el *Principio y Fundamento* impulsa a reordenar la vida para tener un nuevo comienzo y al mismo tiempo se erige como un parámetro para cotejar la sanidad en nuestras relaciones. Desde esta perspectiva podemos entender que cuando el hombre vive su *Principio y Fundamento*, estará viviendo de manera reconciliada consigo mismo y con todo lo que le rodea.

⁷ *Ibid.*, 221-222.

⁸ Carlos Domínguez Morano. “Los Ejercicios Espirituales, experiencia de reconciliación”. *Manresa 77*, (2005): 111.

El encuadre antropológico es remitido hacia Dios, es decir, se presenta una «antropología trascendente, una concepción de la vida cuyo centro no lo ocupa el propio sujeto; sino que el sujeto “se recibe” de otra instancia superior, soberana y libre, que es Dios»⁹. Desde su origen el hombre es relación con su Creador, del cual proviene y en quien existe. Esta relación puede gozar de mayor o menor conciencia por parte de la creatura, lo que marca la cualidad de la misma. «Después de la afirmación del carácter creatural del hombre, añade cual sea su tarea y misión: alabar, hacer reverencia y servir. Para esto ha sido creado»¹⁰. El *Principio y fundamento* describe cómo ha de ser el modo de relacionarse del hombre con Dios para permanecer en esa unión reconciliada.

Es posible pensar que el *Principio y fundamento* es demasiado antropocéntrico, pues «todas las cosas creadas sobre la haz de la Tierra» están al servicio del hombre. «El lugar central que el hombre ocupa en el PF viene confirmado en esta proposición en la que S. Ignacio lo sitúa como fin de las criaturas. [...] La creación se presenta como un camino para que el hombre alcance su fin»¹¹. Esto es real, pero la propuesta no excluye el conocimiento de que toda la creación evoluciona hacia Dios mediante Cristo. «Ignacio, en lo que se ha podido llamar “su conversión al mundo”, se vuelve a la creación para contemplar en ella la huella de Dios, su creador. El hombre puede amar la realidad porque puede contemplar en ella la huella de Dios»¹². No se trata de una visión utilitarista, sino de una perspectiva de entrega en la que toda la creación se ofrece para cumplir su cometido de llegar a la divinización en Dios.

La vida espiritual puede sostenerse desde el *Principio y fundamento*. «la persona que apoya en él su vida tendrá espacio, anchura y libertad crítica para ejercer la existencia sin ataduras o fijaciones polarizantes (afectos desordenados) que le impidan desear y elegir el fin para el que ha sido creada»¹³.

2.1.1. La relación de la creatura con el Creador

El propósito de salvar el alma que se menciona en el texto en *Ej 23*, no se refiere meramente en evitar el infierno, sino en dotar al ánima de plenitud, de perfección en la santidad, de vida verdadera. Dios no creó al hombre para que alcance la meta de la salvación en un mundo lleno de amenazas y dificultades a manera de prueba de resistencia, sino para que «tenga vida y vida en abundancia» (Jn 10,10) y la manera de lograrlo es mediante la actitud de alabanza y servicio a Dios. Solamente de esta manera se puede responder con verdad a nuestra identidad de creatura.

⁹ Elías Royón. “Principio y Fundamento”. En *DEI* II, 1491.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*, 1492.

¹² *Ibíd.*

¹³ Pedro Rodríguez Panizo. “«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y server a Dios nuestro Señor» [*Ej 23*]. El Principio y Fundamento”. En *Dogmática ignaciana. «Buscar y hallar la voluntad divina» [Ej 1]*. Gabino Uríbarri Bilbao (ed.). 2ª. ed. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018, 304.

«El hombre por su pura creaturidad dependiente de Dios, está llamado constitutivamente por vocación a una adoración gratuita que se articula en la existencia histórica y temporal de los hombres, porque en la alabanza alcanza su plena condición de hombre»¹⁴. La adoración ha de brotar de la conciencia de la gratuidad de la propia existencia, así como de un afecto agradecido hacia el Creador que, sin merecerlo, nos ha regalado la vida. Implica reconocer humildemente la dependencia de Dios desde nuestro origen hasta el día que abandonemos este mundo.

El vínculo con el Creador ha de conducir al hombre hacia un amor que se traduce en servicio, y este servicio constituye la mejor manera de alabarlo. Por este motivo, la alabanza a Dios no se reduce a oraciones o al ejercicio de la piedad, sino a una actuación amorosa en favor del Creador y de su creación. La alabanza conlleva elementos de alegría, amor, confianza, respeto y reverencia, que es el modo como estamos llamados a vivir esta relación con el Creador.

La reconciliación se entiende desde la aceptación de nuestra propia identidad más radical, la de ser creaturas a imagen del Creador (Cf. Gn 1,26). Cuando esta conciencia de ser creaturas se diluye, el hombre pierde de vista quién es y quién está llamado a ser. Se ubica en el papel de creador de sí mismo, constituyéndose, desde su egocentrismo, como el principio y finalidad de su propia existencia, olvidando de quién viene y hacia quién retornará. La autosuficiencia del hombre le hace perder de vista su centro y, por ende, perderse a sí mismo. Por ello, el *Principio y Fundamento* es un medio para que el hombre se reconcilie con su Creador, y con su propia identidad de creatura, reconociendo la dependencia de su existencia, la pertenencia al Creador, así como su llamado a vivir en relación amorosa con su Él.

«Se espera que la persona se sitúe en un marco que le refiere a Dios como absoluto, lo que le permite ser indiferente y libre interiormente para elegir lo que más ayude a la reconciliación verdadera»¹⁵. Por ello, el *Principio y Fundamento* da pautas contundentes en cuanto al modo de relacionarnos con las demás cosas creadas, lo cual es resultado y evidencia de la relación que se tiene con el Creador.

2.1.2. La indiferencia como libertad en las relaciones

La centralidad del Creador en la vida del hombre, le confiere a éste un grado de libertad que se concreta en el modo de relacionarse con las cosas creadas, de aquí la regla del «tanto-cuanto», es decir, de usar las cosas tanto cuanto le ayuden a conseguir el fin para el que ha sido creado. Las cosas en sí mismas, carecen de valor, no pueden ser nunca una finalidad, sino solamente un medio para alabar y servir a Dios. «Por lo cual es menester

¹⁴ Santiago Arzubialde. *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*. 2ª. ed. Bilbao- Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009, 115.

¹⁵ Martínez-Gayol Fernández, 202.

hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido» (*Ej 23*).

El hombre, en su afán de sentirse seguro, suele hacer de las cosas el sentido final de su vida en la línea de la riqueza, o utilizarlas como medios para su propio goce y servicio, para la construcción de una falsa identidad basada en una imagen artificial. De esta manera, el hombre se relaciona con las cosas e incluso con las personas, desde una lógica de apropiación, de consumo, de destrucción o de perversión. Por ello, resulta necesario restituir este modo de relación desde las claves del «tanto-cuanto» y de la indiferencia.

«Ser indiferente frente a la salud o a la enfermedad, o frente a la vida larga o corta, expresa la reconciliación más plena con nuestra condición de criaturas limitadas y contingentes»¹⁶. Esta dosis de realidad lleva a la persona a situarse en la fragilidad de su ser, a abrazarla reconociendo que no tiene el poder absoluto sobre sí mismo, pues ni la enfermedad ni la muerte dependen de su propia voluntad, sino que se escapan del propio control, lo cual invita a rendirse en Aquél que nos creó y en quien sí puede darnos soporte en tiempos de enfermedad y en el momento de la muerte. La indiferencia se refiere a un alto grado de libertad que «no consiste sólo en la decisión objetiva por el libre albedrío, sino en una espontaneidad moral, en una afirmación de sí por sí mismo»¹⁷. Pues la libertad va más allá de una elección, es el despliegue de la verdadera identidad de la persona.

La indiferencia implica una revisión sobre el apego o desapego que se tiene con las cosas e incluso las personas, de tal manera que esas relaciones no resten libertad ante la voluntad de Dios. «Crecer en indiferencia hace más proclive al sujeto de ser un maestro de la sospecha, de sus propios pensamientos y sentimientos, de sus juicios y relación con las cosas. El estoico e Ignacio se darían la mano en este punto pues las cosas no son buenas ni malas en principio»¹⁸. Por tal motivo, aunque la relación con una persona, institución o bien material parezcan un vehículo para servir a Dios, es importante estar en continua revisión sobre el vínculo que se crea con ella, debido a que «el desorden de los afectos es lo que dificulta el ejercicio de la libertad humana pues la esclaviza. Esta tendencia, según el modo ignaciano, la aleja de la voluntad salvífica divina»¹⁹. Nuevamente resulta menester aclarar que el desorden no radica en el objeto, a causa de su benevolencia o malevolencia, sino en el apego que se puede tener con ello, aunque sea para hacer el bien, puede llevarnos a que el centro de nuestra vida deje de ser el Señor para convertirse en aquel objeto.

Desde el inicio la antropología de los *Ejercicios* busca un hombre libre, un hombre que se perciba como hijo del Padre y en esa medida se conciba partícipe del amor del amor de Dios, no solo como receptor, sino también como emisor. Este no es un camino fácil y

¹⁶ Domínguez Morano, 115.

¹⁷ Gaston Fessard. *La dialéctica de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola*. Bilbao- Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2010, 47.

¹⁸ Eduard López Hortelano. “Ser estoico y hacerse indiferente. El *Principio y Fundamento* de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Observaciones vinculantes y disgregantes”. *Teología y vida* 64, (2023): 182.

¹⁹ *Ibíd.*, 189.

rápido, pero marca una hoja de ruta en el proceso de los *Ejercicios*. «En la relación intratrinitaria no hay retención alguna, sino un fluir permanente de la totalidad de su Ser. Pero el ser humano no conoce este estado, porque, por nuestra pulsión de apropiación, vivimos en la tierra de la desemejanza»²⁰. Resulta necesaria la indiferencia en su estado más puro para poder participar de ese flujo de recepción y entrega amorosa.

El *Principio y Fundamento*, aunque es el punto de arranque, provee de un horizonte, trata de recordar en cualquier momento de la vida, cuál es el sentido primero y último de la vida y recorrerla buscando la voluntad de Dios. «Como si se tratara de una fisioterapia -en nuestro caso una “pneumatoterapia”- los *Ejercicios* tratan de corregir la curvatura para convertirla en obertura. [...] tratan de abrir el espíritu en el sentido fuerte del término»²¹. Pues solo abriendo el espíritu es posible conocer y seguir la voluntad de Dios para nuestras vidas y «salvar el ánima» mediante la plenitud que nos ofrece.

El camino hacia la libertad de espíritu se puede ir ganando con el paso de las etapas de los *Ejercicios*. Fessard plantea una dinámica en términos de oposición que van revelando la verdadera identidad del ejercitante desde lo que Dios ha puesto en su corazón. Las cuatro semanas van presentando momentos constitutivos del acto de libertad, expresadas tomando en cuenta su contenido y su finalidad:

«La relación entre su contenido y su fin se expresa en estas oposiciones clásicas: *Deformata reformare*; *-reformata conformare*; *-conformata confirmare*; *-confirmata transformare*»²². El conjunto de nuestra deducción aparecerá como un comentario de esta sucesión de oposiciones en la que la tradición ha resumido con gran exactitud y de modo dialéctico lo esencial de las cuatro semanas»²³.

La libertad que goza el hombre la deforma por la desobediencia, es decir, por el pecado, de este modo vive un *No-ser*, desde una falsa identidad, pero el perdón de Dios lo transforma, lo reconcilia consigo mismo, va saliendo de su falta de autenticidad y de libertad. La mejor forma de vivir en libertad es desde la obediencia al amor, a Aquel que se la concedió como regalo le dio la libertad, en la obediencia se conforma en Dios lo que se ha reformado. La única manera de ser libres es eligiendo lo que Dios quiere para nosotros. Queda fuera el pecado el *No-ser* para vivir en adhesión a Cristo con todas sus consecuencias. Esto se confirma en la cruz, en la prueba suprema que posibilita el surgimiento de la vida en el *Ser*. A partir de este *Ser* se vive en una nueva vida, se alcanza la libertad real que es la del Resucitado²⁴. Esta transformación que persiguen los *Ejercicios* es la que se pone al servicio, la que se ofrece al mundo.

²⁰ Javier Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 126.

²¹ *Ibid.*, 127.

²² Reformar las cosas deformadas, conformar las cosas reformadas, confirmar las cosas conformadas y transformar las cosas confirmadas.

²³ Fessard, 51-52.

²⁴ Cf. *Ibid.*, 52-53.

2.2. Primera Semana

Los ejercicios propuestos durante la Primera Semana están referidos al pecado. Es decir, se anclan en el primer momento de los procesos espirituales que consiste en la vía purgativa, pues tomar conciencia de aquello que está desordenado, es el primer paso para ir reordenando la vida. En este sentido, la reconciliación que se trabaja aquí será referida principalmente a Dios y a la reconciliación consigo mismo.

«Todo el proceso de la Primera Semana tiene como meta ayudar al ejercitante a tomar conciencia de la presencia del pecado en él y en la historia como un conflicto permanente cuya salida feliz es posible»²⁵. Esa toma de conciencia involucra tanto el intelecto como el afecto, es decir, se trata de que el ejercitante sienta el dolor de su pecado, el cual se ha de entender como «una actitud de fondo de la criatura que rechaza su propia contingencia para encerrarse en una autosuficiencia orgullosa. En la perspectiva del PF consiste en rechazo a hacer reverencia y obedecer al Creador, negación de alteridad»²⁶.

En términos generales el proceso es el siguiente: «Se espera que la persona se reconozca pecadora, como alguien que contribuye al mal en el mundo y, al tiempo, se sienta y se sepa perdonada. Gracias a ese perdón la persona se siente reconciliada y agradecida y, por esto, movilizada a ser reconciliadora»²⁷. De esta manera es la etapa en que se presenta de manera más explícita la reconciliación pues se presenta desde la lógica de restaurar los pecados cometidos y restituir la relación dañada con Dios. No obstante, va más allá de un mero ritual (aunque lo incluye), pues busca la transformación afectiva del ejercitante.

«El potencial reconciliador de la primera semana se apoya tanto en los contenidos teológicos de las meditaciones e instrucciones como en los modos de proceder (que podemos llamar psicológicos) articulados meticulosamente en el texto y que constituye su proceso»²⁸. De esta manera, los conocimientos sobre Dios y sobre sí mismo conforman la ruta a seguir en la Primera Semana, para dar paso a un encuentro nuevo y diferente entre el pecador y su Dios, pero desde una conciencia más profunda y transparente. Esta vivencia irá en continuidad con el proceso de aceptación de su propia identidad creatural y de su ser limitado y pecador que habrá comenzado en el *Principio y Fundamento*.

«La primera semana ignaciana busca la reconciliación del ejercitante con Dios y su cambio de vida por amor; pero esto no se suele realizar si no va unido a una adecuada y profunda reconciliación consigo mismo. San Ignacio pretende la primera reconciliación, pero incluye la segunda como fruto y condición de su recorrido»²⁹.

²⁵ Pierre Émonet. “Primera Semana”. En *DEI* II, 1478.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ Martínez-Gayol Fernández, 202.

²⁸ Luis Ma. García Domínguez. “La reconciliación consigo mismo en la Primera Semana de los Ejercicios”. *Manresa* 79, (2007): 37.

²⁹ *Ibíd.*, 51.

2.2.1. El pecado como transgresión de las relaciones

San Ignacio propone la realización de una confesión general durante los Ejercicios debido a que el ambiente es propicio para ello: «Como en los tales ejercicios espirituales se conocen más interiormente los pecados y la malicia dellos que en el tiempo que el hombre no se daba ansí a las cosas internas, alcanzando agora más conocimiento y dolor de ellos, habrá mayor provecho» (*Ej* 44). Esta idea de Ignacio pudo tener su origen en su propia experiencia en Montserrat y Manresa, en donde se empeñó en purificarse hondamente.

El objetivo de esta confesión, más que realizar una lista exhaustiva de los pecados de manera escrupulosa y obsesiva, consiste en ganar un conocimiento profundo del modo como los pecados disocian el alma y desvían del fin para el que hemos sido creados, en consecuencia, nos distraen de la plenitud que Dios nos ofrece. «Se trata de conocer lo que ahora soy lo que he llegado a ser por mi historia pecadora, aun cuando la misericordia de Dios me haya perdonado hace tiempo estos pecados [...] mi pasado no se ha integrado del todo en mi presente, todavía no ha sido del todo elaborado»³⁰. La intención no es reducir el ejercicio a un examen moralizante con miras a un autocontrol, sino «un examen que se practicaba ante la conciencia, [...] no significaba que querían rendir cuentas a Dios, ni que querían humillarse ante Dios para obtener su perdón; era más un reencontrar la paz con uno mismo»³¹. Inmersos en ese estado de paz es más fácil tomar conciencia de los pecados, de sus alcances nocivos y estar mejor dispuesto para el crecimiento espiritual, de tal manera que se supere cualquier identificación con la dinámica de pecado o con la transgresión misma.

Nuevamente se trata de un ejercicio de humildad en donde se espera que el ejercitante reconozca su pequeñez y se abra hacia la grandeza de Dios. Karl Rahner lo expresa de la siguiente manera: «Ante la misericordia y el juicio de Dios soy el niño pobre y débil, que solo puede poner su esperanza en Dios y su misericordia, y así proponer ser bueno»³².

La manifestación del arrepentimiento de los pecados de manera sacramental en la confesión, es entregarse a una acción simbólica en la cual se confía en la intervención de Dios, más allá de las propias fuerzas y deseos, para dar paso a la gracia que seguirá disponiendo el ejercitante para obtener los mayores frutos de la experiencia.

Ahora bien, la Primera Semana, continúa su camino reconciliatorio mirando la ruptura de relaciones en tres niveles: el de los ángeles, el de Adán y Eva y el propio. Al respecto sugiere: «Traer en memoria el pecado de los ángeles; como siendo ellos criado en gracia, no se queriendo ayudar para hacer reverencia y obedecer a su Criador» (*Ej* 50). Respecto al pecado de Adán y Eva: «Trayendo a la memoria como por el tal pecado hicieron tanto tiempo penitencia y cuanta corrupción vino al género humano» (*Ej* 51). Y del pecado propio: «Hacer otro tanto sobre el pecado particular, trayendo a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador» (*Ej* 52).

³⁰ Karl Rahner. *Meditaciones sobre los Ejercicios de san Ignacio*. Barcelona: Herder, 1971, 54.

³¹ Araujo Santos, 230.

³² *Ibíd.*, 58

En los tres casos se da una ruptura en la relación con Dios, quebrantaron un orden y trataron de apropiarse de una identidad que no les correspondía. Los ángeles pretendieron ser dioses a causa de su soberbia, Adán y Eva quisieron obtener un «conocimiento» para el que no estaban preparados y el hombre intenta autoafirmarse mediante la adquisición de imágenes de sí mismo que no corresponden con su ser más auténtico. «Tres pecados radicalmente diferentes (el pecado de los ángeles, el de Adán y un pecado mortal particular), unidos por un mismo denominador común: que los tres alteran, en su misma raíz, la relación de dependencia creatural de Dios»³³.

Con el pecado desplazamos a Dios del centro de nuestra vida para colocarnos a nosotros mismos. Por ello, el establecimiento de nuestras relaciones persigue, de manera interesada, la autoafirmación, el autoengrandecimiento y la autoglorificación, cuando a quien debemos afirmar, engrandecer y glorificar es a Dios. En el pecado lo que se trastoca son las relaciones, ya sea con Dios, con el prójimo o con uno mismo. La afectación puede venir por una ofensa, un daño, la transgresión a una ley, o un simple distanciamiento, entre otras causas. Pero lo que se lesiona es la relación que atenta contra la unidad y la paz.

Los Ejercicios invitan a «traer a la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año o de tiempo en tiempo» (*Ej* 56). La intención que subyace a esta memorización consiste en comprender el proceso de formación y de manifestación del pecado, es decir, ganar en conocimiento de los mecanismos que hacen caer a la persona en pecado, identificar las debilidades, descubrir los puntos de riesgo y ubicar el posible origen de esa historia de pecado. Todo con el afán de escudriñar el propio corazón corrompido a la luz del amor puro del corazón de Dios.

Para que la reconciliación sea posible es indispensable conocer la verdad en toda su profundidad y amplitud, por dolosa que sea. Por ello la petición en este momento consiste en «demandar vergüenza y confusión de mí mismo viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal...» (*Ej* 48), para que el deseo de reconciliarse con Dios y con el prójimo sea genuino. «El ejercicio en el que me contemplo como victimario y ofendedor, desde la ladera del perdón y amor recibido por tanto mal causado, provoca que sienta vergüenza de lo que he sido y he hecho»³⁴. Esto ya configura, por añadidura, una reconciliación consigo mismo y una transformación de los afectos al alcanzar un aborrecimiento de los pecados (Cf. *Ej* 63), para rechazarlos de manera inmediata y radical.

El proceso no es sencillo, se interponen engaños, resistencias, justificaciones y apegos que impiden dimensionar la magnitud del pecado personal, además la inercia misma del dinamismo de pecado obstaculiza el esclarecimiento de la verdad. «Lo propio del pecado es insensibilizar los afectos y oscurecer el entendimiento»³⁵. Además, la compunción que es fruto del sentimiento de culpa, es una vivencia dolorosa a la que muchos pueden sentir miedo o aversión. Al respecto, Domínguez Morano enuncia:

³³ Arzubialde. *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio*, 182.

³⁴ María Prieto Urzúa y José García de Castro Valdés. “Psicología del perdón y Ejercicios Espirituales”. *Manresa* 88, (2016): 320.

³⁵ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 135.

«Pocos ámbitos del psiquismo mantiene un nivel de tensiones, ambivalencias y nivel de conflictividad como el que tiene lugar en el ámbito del sentimiento de culpa. La reconciliación y avenencia consigo mismo encuentra, en este terreno, uno de los espacios más difíciles para llegar a establecerse»³⁶.

Por tal motivo la reconciliación consigo mismo y con Dios es todo un reto. Sin embargo, asumir el riesgo de reconocer las propias culpas por doloroso que sea, es el único camino para la creación de un cimiento firme donde se puedan construir rutas de reconciliación. Lo que no se asume no se puede redimir, por lo cual resulta fundamental mirar el propio pecado, ponderar su destrucción para experimentar el dolor, la compunción, que es el sentimiento que posibilita un arrepentimiento verdadero y una apertura al perdón.

2.2.2. El perdón como fuerza transformadora

El hombre, por su naturaleza pecadora, no puede entenderse sin la categoría de perdón, es decir, sin la posibilidad de ser perdonado y de perdonar. Dentro de la lógica de los *Ejercicios*, resulta una parte ineludible de los mismos, pues en ella se funda una de las principales experiencias de amor y misericordia de Dios para con sus hijos.

«El perdón es un elemento constitutivo e irrenunciable para posibilitar una reconciliación plena en la perspectiva ignaciana. A un nivel individual supone la toma de conciencia de las rupturas personales, de nuestro pecado y participación activa y pasiva con la situación de violencia que aqueja nuestro mundo. Esta se da siempre como fruto de la gracia, del encuentro con la misericordia y el perdón incondicional de Dios»³⁷.

Cuando la experiencia de perdón se vive con toda su fuerza, detona un deseo de ya no retornar a la condición de pecado que implanta la no-vida, es decir, la ausencia de la vida verdadera y plena. Por el contrario, el perdón dispone a la persona a la búsqueda de nuevos caminos de vida y de amor, de paz y de reconciliación. «La afectividad [...] da rienda suelta al agradecimiento por la nueva oportunidad de salvación que ahora se le brinda inmerecidamente»³⁸. He aquí la importancia de atravesar por la Primera Semana asimilando a nivel espiritual aquello que Ignacio ha postulado, para que el pensamiento y el afecto se transformen y puedan disponer sujetos reconciliados para la misión.

«El perdón así vivido nos empuja a reconciliarnos con la vida vivida y con los hechos que la han marcado, nos permite reconocer el origen ambiguo de nuestro actuar... Así nos vamos

³⁶ Domínguez Morano, 116.

³⁷ Martínez-Gayol Fernández, 210.

³⁸ Arzubialde. *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio*, 204.

aceptando tal como somos e iniciamos el camino de admirarnos y sorprendernos cómo Dios sigue haciendo “cosas grandes en nosotros” a pesar de ser “instrumentos tan torpes”³⁹.

El perdón de los pecados introduce al ejercitante en un nivel de verdad que le ayuda a aproximarse a la realidad con una nueva mirada. El perdón es capaz de transformar la relación rapaz que la persona tiene con el mundo para convertirla en una relación de respeto e incluso de compromiso altruista con distintas realidades del mundo. Se espera que el hábito de emitir juicios contra el prójimo se elimine y germine la capacidad de perdonar en el corazón humano que ha recibido ya la gracia del perdón. En palabras de López Azpitarte: «Lo que se pretende con las meditaciones de los pecados es destruir las raíces farisaicas presentes en el psiquismo humano»⁴⁰.

El ejercitante ha de quitarse la máscara que se había diseñado para esconder su pecado. Habrá crecido en transparencia interior en donde puede mirar su historia de pecado, pero también su historia de gracia y de perdón en donde Dios ha sido el protagonista. Es desde esta transparencia con la que podrá relacionarse con Dios con la libertad que brinda la verdad. Este ejercicio de honestidad «es un esfuerzo por colocarse ante Él [Dios] sinceramente, sin condenarse en exceso ni sentirse inocente con ingenuidad. [...] Esperando siempre su perdón y abiertos al cariño y al agradecimiento. No en vano todos somos, al mismo tiempo, justos y pecadores»⁴¹.

No podemos dejar por fuera en el tema del perdón, lo concerniente a la penitencia que, como vimos en el primer capítulo, apunta hacia el arrepentimiento, el dolor por los pecados y el propósito de enmienda. Aunque prevalezca también la noción de mortificaciones y castigos exteriores para disciplinar el espíritu. Al respecto, Ignacio propone en la parte de las *Adiciones* lo siguiente: «La décima adición es penitencia, la cual se divide en interna y externa. Interna es dolerse dellos pecados con el firme propósito de no cometer aquellos ni otros algunos. La externa o fruto de la primera es castigo de los pecados cometidos» (*Ej* 82).

En Ignacio pervive una concepción veterotestamentaria de la penitencia propia de su tiempo y su contexto, sin embargo, no coloca la realización de penitencias como modo de pago para obtener el perdón de Dios. El sentido de las mortificaciones en el modo de comer, dormir y de tratar la carne tenían una finalidad pedagógica y purificadora, ya sea a causa de los pecados pasados, para vencer la propia sensualidad o para adquirir una gracia para su perfeccionamiento espiritual, mas nunca como un ofrecimiento a Dios para alcanzar su perdón.

En un proceso de reconciliación, quien ha hecho daño a otro ha de experimentar el arrepentimiento profundamente, sin embargo, el perdón de la parte ofendida no es automático. «El camino del arrepentimiento puede ser largo. [...] pero no hay reconciliación

³⁹ José Ma. Fernández de Henestrosa. *Cartas desde el Altiplano interior*. Barcelona: EIDES, 2005, (octubre 1993). En *Escritos esenciales de jesuitas del siglo XX*. Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.). Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2023, 1190.

⁴⁰ Eduardo López Azpitarte. “El pecado: experiencia de finitud y agradecimiento”. *Manresa* 79, (2007): 30.

⁴¹ *Ibíd.*, 33.

hasta que la víctima dice “yo perdono”. El victimario tiene que esperar que el otro sea libre, esperar con paciencia y sin manipulación, hasta que la víctima esté preparada para perdonar»⁴². El ejercitante, al ser consciente de sus pecados puede recibir el perdón de Dios que es inmediato, pero no así de las personas a las que ha lastimado. El conocimiento de los movimientos interiores en todo este camino resulta sustancial.

Una de las grandes aportaciones de los *Ejercicios* radica en las reglas para el discernimiento de espíritus, las propias de la Primera Semana, van encaminadas a desenmascarar los engaños del mal espíritu que quiere hacernos desistir del propósito de reconciliarnos y también a identificar los signos de Dios para comprometernos con este deseo que Él ha sembrado en nuestro interior. «Propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos inquietando con falsas razones para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos» (*Ej 315*).

El perdón nos saca del dinamismo que nos destruye y nos recoloca en el sendero de la vida a la que estamos llamado y que configura nuestra identidad, pues «el hombre no puede ser definido por el pecado, sino por la llamada a la gracia de la comunión que da la vida»⁴³. Responder a esta llamada de comunión vivificante nos ayuda a tomar conciencia que estamos hechos para permanecer en unidad con Dios, con nosotros mismos y con los otros. Solo en la amistad con Dios es posible tener una vida transformada.

Finalmente, la propuesta ignaciana de entablar coloquios al finalizar algunos ejercicios posibilita un encuentro íntimo y amoroso del ejercitante con su Creador. Conforman momentos de consolidación de lo meditado y experimentado para cerrar con un tiempo de estar con el Dios que ama y perdona. «Establece la relación personal que reanuda la comunión en un diálogo amistoso de reconciliación en el horizonte de la gracia y del perdón [...] ya nada ni nadie podrá separar al hombre de Dios y de sus hermanos»⁴⁴.

2.2.3. La misericordia como fundamento de la reconciliación

La Primera Semana pretende propiciar en el ejercitante una experiencia de perdón y reconciliación con Dios mediante el hecho de saberse y sentirse cobijado y reparado por la infinita misericordia de Dios. Todo acto de perdón por parte de Dios y por parte nuestra tiene como trasfondo una profunda misericordia que solo puede venir de la fuente de todo amor.

El perdón entendido como la donación extrema, no tiene una racionalidad propia de los estándares de comportamiento humano que busca el ajusticiamiento del pecador. El perdón brota de una cualidad divina que es el amor incondicional que es independiente del comportamiento de la persona que ha pecado. Dios es justo, pero no es un justiciero entendido

⁴² Joseph Veale. “Arrepentimiento de la Iglesia”. *Manifold gifts*. Oxford: Way Books, 2006, 229. En *Escritos esenciales de jesuitas del siglo XX*, 743.

⁴³ Arzubialde. *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio*, 188.

⁴⁴ *Ibíd.*, 191.

de la manera tradición. Dios restituye el pecador, no porque lo merezca, sino por pura misericordia.

El ejemplo que mejor ilustra esto es la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32). Aunque Ignacio no incluyó este fragmento del Evangelio de Lucas dentro de las meditaciones ni contemplaciones de los misterios de Cristo, sí se puede inferir que tenía la intención de que el ejercitante experimentara algo similar a lo que vive el hijo pródigo al momento de retornar a la casa paterna. En el relato «el padre no espera en casa al hijo perdido, sino que corre a su encuentro y le echa los brazos al cuello. Que Dios se ponga a buscar al hijo perdido no quiere decir que no sepa donde se encuentra; quiere decir que busca los caminos por los que el pecador puede regresar»⁴⁵. De la misma manera como Dios tiene la iniciativa de redimirnos del pecado, pero respetando nuestra libertad y aguardando el tiempo de conversión de cada uno de sus hijos.

«Ignacio va construyendo este contexto de seguridad que permita al ejercitante adentrarse en la aventura de la reconciliación confiando en la misericordia y bondad infinitas de Dios»⁴⁶. Este encuentro posibilita que el ejercitante se reconcilie consigo mismo, mediante el conocimiento de su ser receptáculo de la misericordia y bondad de Dios, es decir, como manifestación viva del amor de Dios. «El amor es la imagen de Dios en el hombre: un ser creado para la libertad, la relación y el servicio. [...] por eso, cuando el hombre se deja llevar por los pecados capitales consiente con [...] la negación del amor»⁴⁷.

Desde este entendimiento el ejercitante adquiere una nueva identidad. Puede darse cuenta de que los dinamismos de pecado enquistados en su persona, no constituyen su verdadera identidad, su auténtico «yo». Respecto a esto, Gaston Fessard ha estructurado toda una filosofía y teología del «ser» que nos conduce de un estado de confusión y perdición, a un estado de autenticidad y de gracia amorosa.

Para él «la afirmación del *No-ser* del *yo* es el pecado»⁴⁸. Con lo cual intenta hacernos comprender que el estado de pecado es la afirmación de una falsedad en nosotros, es la manifestación de algo que no somos y que no estamos llamados a ser. El pecado es conformarse con las bellotas de los cerdos, cuando por ser hijos del Padre podemos disfrutar de manjares más suculentos.

«En la medida en que el pecado quiera invadirlo todo, en la medida en que lo empape todo de la Nada que es, desemboca en el absurdo. Dándose cuenta de la destrucción de sí que constituye el término fatal de su desobediencia, el pecador se asombra de continuar existiendo. Si es así, es porque el don recibido de la creación se ha transformado en perdón. El don que había deformado el pecado, es el amor que va a reformarlo por el perdón»⁴⁹.

⁴⁵ Hans Urs von Balthasar. *Textos de Ejercicios Espirituales*. ed. Jacques Servais. Bilbao- Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009, 225-226.

⁴⁶ Prieto Urzúa y García de Castro Valdés, 323.

⁴⁷ Arzubialde. *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio*, 200.

⁴⁸ Fessard, 60.

⁴⁹ *Ibíd.*, 52.

De esta manera, en la Primera Semana se va develando una nueva identidad del individuo que lo dispone a una elección y a un camino de seguimiento y unión con Cristo. Es un momento para descubrirse invadido por la misericordia de Dios e ir disipando las sombras del pecado que llevaba en el corazón. En palabras de Fessard: «Este *Ser* del Yo debe ser, pues, no del Yo que dice: *yo soy yo*, sino el del Yo que, también, se duplica: *Yo soy el que soy* (Ex 3,14)»⁵⁰. El hombre deja de lado su deseo de autoafirmación pecaminosa que lo coloca en el centro de su vida, para dar paso a la afirmación de Dios en su ser que es la genuina afirmación de su propio ser, de su identidad. El ejercitante podrá así reconciliarse con Dios y consigo mismo de manera simultánea desde la misericordia.

2.3. Segunda semana

A lo largo de la Segunda Semana, el dinamismo de reconciliación no aparece como un horizonte nítido, las meditaciones y contemplaciones están más enfocadas en la elección y el conocimiento interno del Señor para más amarlo y seguirlo (Cf. *Ej* 104). Sin embargo, desde la perspectiva de la reconciliación se puede remarcar el papel de la elección del Rey Eternal y de la bandera de Cristo como una decisión afianzadora de la reconciliación con Dios y consigo mismo. Se trata de ir ganando claridad de aquello a los que estamos llamados a ser en este mundo como consecuencia de la identidad de amor y misericordia redescubierta en la Primera Semana.

Por otra parte, la Segunda Semana tiene una vertiente de capacitación para la misión de reconciliar mediante el conocimiento interno de Jesús, pues su seguimiento implica comprometerse con su misión. «Se espera que el ejercitante salga identificado con los valores y modos de Jesús que son claves para facilitar procesos de reconciliación: pobreza frente a riqueza, menosprecio frente a honor mundano humildad frente a soberbia»⁵¹.

Como parte de la estructura de la Segunda Semana se encuentra la contemplación de los misterios de Cristo en diferentes momentos de su vida, lo cual tiene una importancia capital. «Los misterios de la vida de Cristo desempeñan un papel esencial en la configuración del creyente con la persona del Señor, porque sólo a través de ellos el ser humano conoce vitalmente y se identifica con el Verbo encarnado y accede al Misterio infinito del Padre»⁵². Constituyen el camino para conocimiento interno del Señor y crecer en identificación con Él.

«El Espíritu nos otorga un conocimiento interno [*Ej* 104] que va en una doble dirección. Es interno por tratarse de un conocer en el Espíritu, en y por el amor, con el corazón y desde el fondo más íntimo del ser humano. Y es interno, además, porque a través de él, es Espíritu

⁵⁰ *Ibíd.*, 68.

⁵¹ Martínez-Gayol Fernández, 202.

⁵² Santiago Arzubialde. “Teología de los misterios de la vida de Cristo y contemplación ignaciana”. *Manresa* 82, (2010): 345.

desvela el interior del misterio de Jesús, su verdadera identidad y su comunión con el Padre»⁵³.

Con base en lo anterior podemos comprender que la Segunda Semana conduce a la reconciliación entendida ésta como un proceso de integración interior. Conduce a seguir integrando la propia identidad de creatura, con todo lo que implica, desde la inteligencia y el afecto; e integrar los criterios y valores de Cristo en la propia persona con miras a una misión reconciliatoria. Esta etapa corresponde más específicamente a la vía iluminativa en la que la vida de Cristo puede reconfigurar la propia vida. El ejercitante se dejará iluminar por el modelo humano-divino de Cristo para identificarse con Él de cara a una integración y una unificación⁵⁴.

2.3.1. La elección como integración de la propia identidad

En un primer momento se presenta la meditación del Rey Eternal que se puede interpretar como una reafirmación del proceso de conversión ya iniciado en la Primera Semana. El ejercitante se coloca nuevamente frente a la fuente de vida verdadera que es Cristo y le ofrece su vida, es decir, hace la oblación de su persona.

«Los que más se querrán afectar y señalar en servicio en todo servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aún, haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblations de mayor estima y mayor momento» (Ej 97).

La vida entera se dispone al servicio del Rey Eternal, hacia Él se decantan los afectos y deseos del ejercitante y se condensan en esta entrega. «La oblación es para Ignacio, un juramento solemne de la mayor consideración e importancia. La oblación encierra una respuesta de calidad y de progresivo calado. Algo que acontece, no por el influjo de nadie, sino por la acción inmediata de Dios que se comunica»⁵⁵. Encierra también un sentido misional pues la persona dispone su vida al servicio de Dios a la manera de Jesús. «La oblación se hace al Eterno Señor de todas las cosas, que para Ignacio es Jesucristo, es la respuesta a una manera de entender el llamamiento y desde un reiterado deseo de imitar a Jesús pobre y humilde»⁵⁶.

La entrega que se realiza en este momento, constata el deseo del ejercitante a estar con el Señor, a aprender de Él, pues reconoce que de Él proviene la vida. Ignacio continúa mostrando la batalla contra los deseos carnales y mundanos, lo cual habla de un proceso permanente de irse encaminando hacia nuestra finalidad como creaturas, es decir, hacia

⁵³ *Ibíd.*, 349.

⁵⁴ Pablo Lamartheé. “Los tres grados de la vida espiritual”. *Estudios eclesiológicos* 91, (2016): 42.

⁵⁵ Carlos García Hirschfeld. “Oblación”. En *DEI* II, 1338.

⁵⁶ *Ibíd.*

nuestro *Principio y Fundamento*. El camino del despojo y de la determinación se hacen presentes en esta meditación del Rey Eternal. «Una ofrenda despojo que se percibirá cada vez más participación en la ofrenda-despojo de Cristo Jesús. El darse cuenta de esta participación es vida iluminativa»⁵⁷.

El despojo de los vanos deseos será posible cuando esos deseos sean sustituidos por otros mayores, que se dirigen hacia el deseo de seguir a Cristo. Se trata pues, de preparar el terreno afectivo para que el conocimiento interno de Cristo pueda germinar y fructificar abundantemente. Diego Miró en su Directorio de Ejercicios señala: «El alma bien purgada de los vicios es más capaz que antes para la divina ilustración; y así mismo arrancadas por la penitencia en el campo de nuestro corazón las espinas de nuestros pecados deben precederse a la siembra de la buena semilla de las sólidas virtudes»⁵⁸.

Los deseos se encaminan a Cristo, la intención está determinada, pero el camino aún es largo para probar la firmeza de esos deseos. En el texto se explicita: «Que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros de pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual» (*Ej 98*). Esto es un signo de querer integrar a Cristo en la identidad propia, dejando de lado la falsa identidad fabricada por el pecado para construirse desde el modelo de Cristo.

El deseo de imitar a Cristo va más allá de la modificación de un comportamiento o de la adopción de un ideal a manera de estandarte, se trata de progresar en la identificación y unión con Cristo. «No se trata de imitar un modelo externo, ni simplemente de un ejercicio ascético-moral, sino de una comunión real de vida con Cristo pobre y humillado, como expresión de su amor salvífico [...] Participando así de la cruz que conduce a la gloria de la resurrección»⁵⁹. Pues la imitación a Cristo atraviesa por la cruz con la esperanza puesta en la resurrección, por lo que la imitación es un camino pascual.

Posteriormente, se propone la contemplación de la Encarnación. En ella se constata la iniciativa de Dios de hacer redención del género humano, tratado en el primer capítulo. La experiencia encarnatoria del Hijo tiene una misión redentora que se puede entender como reconciliadora, en el sentido de salvar al hombre del pecado para reconducirlo hacia Dios.

«Contemplar como las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres, y cómo, viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre, para salvar el género humano; y así venida la plenitud de los tiempos, enviar al ángel Gabriel a nuestra Señora» (*Ej 102*).

Ante la desgracia de que muchos hombres iban al infierno, la Trinidad quiere volver a traer al hombre hacia sí, que redireccione el camino, que regrese a su origen, que conozcan quien está llamado a ser mediante la manifestación y la revelación del Hijo. «La contemplación de la Trinidad se hace desde la perspectiva de su misión. Esta misión es lo

⁵⁷ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 170.

⁵⁸ P. Miró. En *Direcs.* 22-23, n. 62, 200.

⁵⁹ Rogelio García Mateo. "Imitación de Cristo". En *DEI II*, 1000.

que caracteriza a la mistagogía ignaciana. El Rey Eternal tendiendo hacia lo temporal para rescatar el mundo de su irse hacia la separación infinita»⁶⁰. Con la encarnación será posible que se vuelva a unir lo que se estaba separando y perdiendo, es decir, que el hombre vuelva a Dios, que se reconcilie con Él.

La meditación de las Dos banderas no tiene la intención de colocar al ejercitante en la disyuntiva de elegir la bandera de Cristo o la de Lucifer, sino que ya se da por hecho que se quiere posicionar bajo la primera. Lo que pretende es señalar las implicaciones de la elección por Cristo, que son pobreza, oprobios y humildad.

«Debido al estado de naturaleza caída en que se halla el hombre, tiende a la autoafirmación al margen del amor»⁶¹. Por lo que resulta fácil que se tropiece por las tentaciones de la riqueza, vano honor y soberbia. «En lugar de querer situarse en una postura de dominio social, se propone querer ocupar el último puesto y no ser considerado por nadie. Esta violentación psicológica aparentemente antinatural es un antídoto sobrenatural»⁶² contra la propia falsedad del No-ser, es decir, del pecado. El deseo de autoafirmación o reconocimiento obtiene su antídoto con la identificación íntima con Cristo.

Es un camino de regreso al “yo” más auténtico, es comenzar a *Ser*, según términos de Fessard, y solamente se *es*, cuando se despierta del egoísmo para entregarse a Dios.

«Volver a uno mismo es caer en la cuenta de que yo no me constituyo no me fundamento; de que el sustrato último del sentido de mi vida no me pertenece, de que mi vida es pura referencia. [...] Implica ir superando situaciones de un yo en decadente protagonismo, en función de una progresiva y más radical apertura a la emergencia de la gracia»⁶³.

Este es el movimiento por el cual, los deseos autocentrados se desplazan hacia los deseos centrados en la voluntad de Dios, hacia el seguimiento a Cristo desde la simplicidad de la propia imagen, en donde la gracia es quien otorga la identidad más genuina.

Las Dos banderas conforman una pedagogía que conduce a un seguimiento de Cristo más allá de los buenos deseos e intenciones presentes en el Rey Eternal, sino desde la conciencia de lo pesado y transgresor que puede ser el resquebrajamiento de la estructura de pecado ya bien formada y que es probable que quiera permanecer en pie. Sin embargo, este camino espiritual no requiere solo de fuerza de voluntad, sino que reconoce el papel protagónico de Dios en esta jornada. Ignacio finaliza esta meditación con un coloquio de súplica: «Un coloquio a nuestra Señora para que me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera, y primero en suma pobreza espiritual y, si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y recibir...» (*Ej* 147). Es decir, la iniciativa sigue

⁶⁰ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 169.

⁶¹ Arzubialde. *Ejercicios espirituales de S. Ignacio*, 387.

⁶² Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 183.

⁶³ José García de Castro Valdés. *El Dios emergente. Sobre la «consolación sin causa» [EE 330]*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2001, 235.

siendo de Dios, al ejercitante corresponde disponer lo más posible la inteligencia, el afecto y la voluntad para que Cristo lo sitúe bajo su bandera.

El proceso de los Ejercicios continúa con la meditación de los Tres binarios de hombre, en el que se ponderan los afectos. Permanece en la misma lógica de perfeccionamiento del hombre en su libertad, mediante la purificación de los apegos que aún podrían perdurar con él. De tal manera que el ejercitante pueda cotejarse con los tres tipos de hombre para identificar a cuál de ellos se asemeja. Lo deseado es que se halle en el tercer binario: «El tercero quiere quitar el afecto, más así le quiere quitar que también no le tiene afección a tener la cosa adquirida o no la tener, sino quiere quererla o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad» (*Ej* 155).

La relación que el ejercitante comienza a tener con las personas, cosas, experiencias o proyectos deja de ser de aferramiento o de rechazo, sino que se reconcilia con ellas, de tal manera que podrá tenerlas o no tenerlas y estar en paz, pues su relación con aquella cosa ha sido liberada. El afecto se encuentra enraizado solamente en Dios. En esto consiste el ordenamiento de los afectos que se considera una de las grandes ganancias de los *Ejercicios*.

La jornada preparatoria de la elección culmina con la meditación de las Tres maneras de humildad. En ella, el ejercitante se mide el pulso en cuanto al nivel de amor que lo mueve hacia Cristo. Nuevamente se persigue llegar a la tercera manera de humildad, no porque las dos primeras sean negativas, sino porque la tercera es la más perfecta. Explica que, «por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobio con Cristo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo».

La tercera manera de humildad nos provee de un corazón reconciliado como el de Cristo, quien, frente a las persecuciones, injurias, oprobios, calumnias, etc., no respondió con violencia ni con deseos de venganza, sino que asumió todo esto por fidelidad a su misión redentora y a su propia identidad de Hijo. «Jesús como modelo de respuesta de un ofendido ante la agresión injusta es fuente de cambio y de transformación, aprender a mirar al ofensor como Él hizo es lección pura de empatía, de compasión»⁶⁴. Solamente un afecto tan reconciliado como el de Cristo es capaz de trabajar por la reconciliación a manera de misión.

Después de valorar el grado de libertad ante los medios y la fuerza del amor a Cristo, llega el momento de la elección, considerada por algunas escuelas como el momento culmen de los *Ejercicios*. «En toda buena elección, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi alma» (*Ej* 169).

Más allá de adentrarnos en los tiempos y modos de elección, nos referiremos a aquello que se elige, que es donde se encuentra lo que se relaciona con la reconciliación. Pues independientemente del estado de vida o el proyecto concreto que se tengan como alternativas, el horizonte siempre es el Señor. «Porque primero hemos de poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin...» (*Ej* 169).

⁶⁴ Prieto Urzúa y García de Castro Valdés, 324.

En este sentido, la elección siempre es Dios. Optar por seguir a Cristo, teniendo una mayor lucidez proporcionada por las Dos banderas, los Tres binarios y las Tres maneras de humildad, es ya en sí mismo un acto reconciliatorio, tanto con Dios, evidentemente, pero también con el propio yo. Es decir, es elegir volver a la casa paterna, que es el sitio al que pertenecemos desde lo más profundo. Elegir a Cristo es elegirnos a nosotros mismos, es regresar a nuestro eje rector que es el *Principio y fundamento*.

Todo esto es un proceso de integración, en que el ejercitante se confronta consigo mismo, con la realidad que lo circunda y con la magnificencia del Dios misericordia. La trayectoria de su recorrido tiene un sentido encarnatorio, en donde va adquiriendo amplitud y profundidad en el conocimiento de su propia interioridad humana y de la divinidad que lo habita para que se vaya dando un encuentro entre ambas realidades, una integración de ellas para configurar a un ser humano capaz de recibir la iluminación de Dios e irradiar la luz recibida.

2.3.2. El conocimiento de Cristo para su integración en la identidad personal

Durante la elección, Ignacio propone la contemplación de diversos misterios de la vida de Cristo. No se trata solamente de observar como quien mira una película, sino de involucrar los sentidos, la imaginación, el intelecto y el afecto en la contemplación para reflejar y sacar mayor provecho. «Con el reflejar la persona de Cristo se refleja en el alma de quien lo contemple. De manera muy pasiva y con receptividad, el ejercitante absorbe esos rayos de luz y se va iluminando poco a poco»⁶⁵.

Esta fase iluminativa tiene como sustrato la adquisición del conocimiento interno del Señor Jesús para que más le ame y le siga (*Ej* 104). El involucramiento de todas las dimensiones y capacidades del ejercitante al momento de contemplar la vida de Cristo le posibilita un acercamiento comprometedor y un deseo mayor de adherirse a su persona y proyecto de manera más profunda⁶⁶. Mediante las convivencias con el Señor se espera que se vaya dando un conocimiento de su interioridad, de su sensibilidad, sus criterios de decisión y valores. El conocimiento interno es la base para que el ejercitante se enamore más profundamente del Señor y se afiance el compromiso con su misión.

Recorrer los misterios de la vida de Cristo, no es caminar sobre una alfombra, ni endulzar el pensamiento con imágenes romantizadas del Señor, sino adentrarse en la realidad desde la lógica de la sencillez, el despojo y la humildad. «Ignacio nos va a poner en contacto con un Cristo pobre y humilde, doliente»⁶⁷, un hombre de su tiempo que no renunció a todos los entramados de un hombre de su tiempo, pero libre del pecado y mostrando el camino hacia el Padre que es el camino de la kénosis, es decir, del abajamiento: «Pobreza-deshonor-humildad. Se trata de las señas de identidad del Cristo kenótico»⁶⁸.

⁶⁵ Pablo Lamartheé, 43.

⁶⁶ Cf. *Ibíd.*, 42.

⁶⁷ Manuel Tejera. "El proceso espiritual de la tercera Semana de Ejercicios". *Manresa* 83, (2011): 335.

⁶⁸ *Ibíd.*, 335.

Entendernos como discípulos del Señor puede ayudar a una disposición para adoptar sus criterios y conocerlo en profundidad, ya que «los discípulos siguen a Jesús que recorre incesantemente los pueblos y aldeas de Palestina; los recorre en pobreza. La itinerancia y la pobreza como rasgos de la mística de Jesús, nos sitúan en el camino de la simplicidad de la vida, del desprendimiento»⁶⁹. El seguimiento conlleva una gran radicalidad en donde se abandona todo por el Señor. «Se trata de una renuncia radical a los bienes, de poner a Jesús por encima de las relaciones familiares y de una disposición total de la persona entera volcada al seguimiento. La contrapartida radica en el establecimiento de la nueva familia de Dios»⁷⁰. El vaciamiento siempre será llenado con la gracia y con la alegría de estar en la presencia de Jesús.

Se trata, pues, de que la configuración con Cristo vaya tomando realidad, de tal manera que podamos vivir en Cristo y desde ahí irradiar la presencia de Dios con todas nuestras palabras y obras. Respecto a vivir en Cristo, «el objetivo es más radical: llegar a la novedad de vida que supone “vivir” en Cristo y desde esta realidad contemplar la vida moral de actitudes y de comportamientos del cristiano»⁷¹. Así, ya no nos entendemos como los dueños de nuestra propia vida, sino que caemos en la cuenta de que siempre hemos sido de Dios y para Dios, en Cristo. «Esta realidad nueva que san Pablo formula como “ser en Cristo”, san Juan la presenta con las expresiones “ser de Dios” (1Jn 4,4-6), y “permanecer”. [...] Se trata de una vida nueva que lleva una connotación ontológica nueva: “nacer de Dios”, “ser de Dios”»⁷². Esto se vive mediante la gracia. Dios nos regala su gracia para que vivimos en ella y actuar en este mundo desde ella como signo y presencia de Dios en el mundo que todo lo reconcilia, por lo que

«gracia designa ante todo una relación, un encuentro, una ruptura de compartimentos estancos entre lo divino y humano. Gracia significa que Dios se ha abajado, ha condescendido con el hombre; que el hombre se ha trascendido hacia Dios; que la frontera entre lo divino y lo humano no es impenetrable, sino que se ha tornado permeable»⁷³.

Esta es la dirección hacia la que apuntan los *Ejercicios*. En las contemplaciones de los misterios de la vida de Cristo, se puede escudriñar en los rasgos humanos y divinos de Cristo de manera conjunta y reconciliada. Y esos rasgos irán delineando el perfil de ser humano al que estamos llamados a ser en plenitud.

La reconciliación en esta etapa ha de entenderse como la integración de la persona de Cristo en identidad personal del ejercitante. Esta integración requiere la incorporación de la pobreza, el deshonor y la humildad a la identidad propia de manera reconciliada, es decir, libre de resistencias, debido a que se ha descubierto el valor de estas virtudes de Cristo para

⁶⁹ Gabino Uríbarri Bilbao. *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*. Santander: Sal Terrae, 2017, 188.

⁷⁰ *Ibíd.*, 186-187.

⁷¹ Gamarra, 54.

⁷² *Ibíd.*, 55.

⁷³ *Ibíd.*, 59.

la propia vida y para las relaciones con todo lo que nos rodea. «No se trata de una pura mimesis, sino de la identificación plena con su persona en orden al cumplimiento de la voluntad salvífica que el Padre ha proyectado para la humanidad: la historia de la salvación»⁷⁴. Esto solo se consigue mediante la apertura a la gracia que nos viene como don.

A continuación, analizaremos una selección de pasajes de la vida de Cristo que se relacionan con la perspectiva de reconciliación, con el propósito de que podamos descubrir las claves reconciliatorias que están presentes en su persona y su misión. En ellos se podrá entender la reconciliación como abajamiento, perdón, pacificación, inclusión y comunión, Cabe aclarar que muchos episodios adecuados para el tema de reconciliación han quedado por fuera debido a que Ignacio no los incluye en su listado de los misterios de la vida de Cristo.

a. Cómo Cristo se bautizó

Para comenzar, el bautismo de Jesús es una de las primeras contemplaciones que incluye Ignacio: «Cristo nuestro Señor, después de haberse despedido de su bendita Madre, vino desde Nazaret al río Jordán donde estaba Joan bautista. [...] Vino el Espíritu Santo y la voz del Padre desde el cielo afirmando “Este es mi Hijo amado, del cual estoy muy satisfecho”» (*Ej* 273). El bautismo tiene, en un primer momento, un sentido de abajamiento de Jesús. Él, sin ser pecador, se coloca en la fila de los pecadores asumiendo un lugar desde abajo. La encarnación se había realizado por los pecadores, pues son ellos los que necesitaban de médico (Cf. Mt 9,12). «Jesús se somete a un rito destinado a pecadores. Pero la aparente contradicción pertenece a la esencia del evangelio y hace de su mensaje salvífico algo radicalmente nuevo: no es un Mesías hombre quien se va a humillar [...], sino el propio Hijo de Dios»⁷⁵. Con ello también da un mensaje de dignidad a los pecadores que no eran el «desperdicio de la sociedad», sino que eran hijos de Dios.

No podemos dejar de lado, que el bautismo es un momento cumbre en la teología trinitaria. La voz del Padre y la presencia del Espíritu Santo en forma de paloma, manifiestan la unión que tenían con el Hijo. De tal manera que la Trinidad constituye un modelo de comunión al que los humanos estamos invitados a participar.

«Esto implica que Dios realiza su existencia misma como vinculación y relacionalidad. Una ontología trinitaria es posible porque en su misma revelación Dios se ha manifestado no como una substancia o un solitario sujeto autónomo sino como lo que realmente es en sí mismo: el único origen plural de todo, una pluralidad originaria en perfecta unidad originaria»⁷⁶.

⁷⁴ Arzubialde. *Ejercicios espirituales de S. Ignacio*, 280.

⁷⁵ Miguel Ángel Fiorito. *Buscar y hallar la voluntad de Dios. Comentario práctico de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*. Buenos Aires: Paulinas, 2000, 633.

⁷⁶ Gonzalo Zarazaga. “Hacia una antropología trinitaria”. En *Antropología Trinitaria para nuestros Pueblos*. Bogotá: CELAM, 2014, 55.

Los seres humanos solo viviremos aquello que estamos llamados a ser desde la comunión con el prójimo, con lo distinto a uno mismo. La reconciliación es unión de lo distinto, es tomar conciencia de nuestra conexión con todos y con todo a modo de comunión. La Trinidad se hace presente durante toda la misión del Hijo, de modo que no actúa el Hijo con independencia del Padre y del Espíritu Santo, sino que permanecen unidos en el deseo y misión de hacer redención del mundo roto.

b. Sermón que hizo Cristo en el monte

El segundo pasaje que abordaremos es el de las bienaventuranzas (Mt 5,1-12). Jesús proclama la felicidad de los pobres, pues eran ellos quienes los seguían y por eso, no los llama a la conversión, sino que les dirige un mensaje de esperanza. «La bienaventuranza no se dirige ya a hombres carentes de lo necesario, sino a hombres que se caracterizan por su mansedumbre, su paciencia, su humildad: hombres desprovistos de violencia, que no oponen el mal al mal»⁷⁷. En medio de un contexto enormemente injusto y tan necesitado de paz y consuelo, las bienaventuranzas lanzan claves para la no-violencia, la justicia, la vivencia de la fraternidad y la pureza del corazón.

Las palabras que Jesús les dirige a aquellos no equivalen a aceptar el sufrimiento con la esperanza que les irá mejor en la otra vida. «Jesús declara que, en el abismo de esta pobreza, del llanto, la mansedumbre, la sed de justicia del puro vacío del corazón, del saber ceder -porque el corazón del pacífico no se aferra al objeto en litigio-, de la misericordia..., poseemos ya la felicidad»⁷⁸. Estas conforman las virtudes que construyen el Reino, pues los pobres de espíritu, los mansos, los humildes, los que luchan por la paz y la justicia, están ya reflejando la presencia de Cristo en el mundo, tienen una actitud reconciliada por lo que pueden ser agentes de reconciliación. Esto es fruto de una sabiduría que solo se alcanza en la configuración con Cristo en la cual el ejercitante se encuentra en marcha.

Las bienaventuranzas también tienen un carácter misional, es decir, nos lanzan a la construcción del Reino de Dios, entendido en su sentido dinámico, es decir, al señorío de Dios, a su acto de reinar que se traduce en el estado de un pueblo que goza del reinado de Dios en paz y amor. Toda la vida de Jesús gira en torno al anuncio y la implantación del Reino de Dios⁷⁹, un reino que no se impone, sino que es invitación gratuita a entrar en él y que los cristianos estamos llamados a colaborar para que ese reino cobre realidad.

«La voluntad de Dios para Jesús, el Hijo, consiste en su servicio a la irrupción del Reino de Dios. Jesús se alinea perfectamente dentro del designio de Dios, designio de salvación en la historia, sirviendo con toda su existencia, oración, enseñanza, actividad, pasión y resurrección a la implantación del reino de Dios»⁸⁰.

⁷⁷ Fiorito, 673.

⁷⁸ Rahner. *Meditaciones sobre los Ejercicios*, 174.

⁷⁹ Cf. Uríbarri. *La mística de Jesús*, 173.

⁸⁰ *Ibíd.*, 174.

c. Cómo Cristo echó fuera del templo los que vendían

Cuando Jesús expulsa a los mercaderes del templo (Mc 11,15-18) se nos muestra desde una faceta hasta entonces desconocida. Sería fácil pensar en un Jesús imperfecto, impulsivo y colérico; o en un Dios iracundo que destruye a aquellos que piensan diferente a Él o que transgreden los mandatos divinos. Sin embargo, el Señor no es víctima de sus impulsos, sino que tenía un mensaje y una intención concreta con su acto. Jesús no agrede directamente a los mercaderes, sino que, manifiesta una actitud enérgica y una postura clara frente al pecado. «Hay un tiempo para hacer la guerra y otro para hacer la paz, todo está en discernirlos. Y el principal discernimiento se hace distinguiendo el pecado – que siempre hay que condenar – del pecador, que nunca ha de ser condenado, sino salvado»⁸¹.

La agresividad es distinta de la violencia, la agresividad es necesaria en algunos momentos de conflictos para poner un alto a situaciones de pecado o de un mal que se comete. Se trata de una intervención enérgica para romper una línea de corrupción o de daño que es lo que observamos en Jesús frente al pecado de lucrar con el dolor y la necesidad del pueblo. En otros momentos es palpable la agresividad correctiva de Jesús en los que increpa, defiende, interpela e incluso amenaza, pero se enmarcan siempre en situaciones en que hay que configurar los pensamientos, sentimientos y acciones hacia el Reino. Lo que Jesús quiere suprimir son las dinámicas de pecado arraigadas, pero siempre buscando la salvación de la persona. Para poder perdonar y reconciliar es indispensable diferenciar el pecado del pecador. El pecado se combate, el pecador se rescata.

d. La conversión de la Magdalena

En la misma línea del rescate del pecador podemos contemplar el pasaje de la mujer que perfumó los pies del Señor (Lc 7,36-50), o lo que Ignacio llama «la conversión de la Magdalena». Desde una actitud de arrepentimiento la mujer pide perdón de sus pecados tocada por la presencia de Jesús en un momento público, ante los ojos de los fariseos. Ella tiene el deseo de salir de su situación de pecado y entrega lo mejor que creía tener, un perfume muy costoso. Ante esta mujer pecadora, Jesús no dice “yo te perdono”, sino “tus pecados te son perdonados”. «En cierta manera se limita a constatar el perdón de Dios; pero es un perdón concedido gracias a su presencia, que ha sido el signo que ha movido a la mujer a la conversión»⁸².

Nos encontramos frente a un claro momento de reconciliación en el que la mujer, con el corazón contrito, se pone a los pies del Señor quien la rescata de su extravío. Ocurre también un acto de inclusión, pues Jesús la reincorpora a la sociedad devolviéndole su dignidad, al colocarla en un sitio superior al del fariseo anfitrión quien había sido descortés

⁸¹ Fiorito, 687.

⁸² *Ibíd.*, 703-704.

con el Señor. La mujer al sentirse dignificada, experimenta una conversión fruto de su arrepentimiento y del perdón que recibió, ahora puede estar en paz con Dios y con la sociedad; puede ser mensajera de la grandeza del Dios misericordia.

e. Cómo Cristo dio a comer a cinco mil hombres

El relato de la multiplicación de los panes tiene dos enfoques en clave reconciliatoria, el de la comunión y el de perdón y restauración de las divisiones. El texto de los *Ejercicios* señala: «Cristo nuestro Señor mandó que le trujesen panes y mandó que se sentasen a la tabla; y bendijo y partió, y dio a sus discípulos los panes, y los discípulos a la multitud» (*Ej* 283). Ignacio omite los peces, probablemente porque quería remarcar el vínculo que este milagro guardaba con la comunión que Cristo instauraría la noche de la última cena. La multiplicación de los panes es un signo claro de comunión⁸³, donde a partir de la generosidad de unos pocos, el pueblo puede gozar de abundancia. Se retrata un tiempo en que los hombres están sedientos de las palabras de vida del Señor, y éste, después de levantar los brazos al Padre para bendecir el pan, se dona como alimento vivo hacia toda la humanidad. El resultado es una humanidad saciada, que comparte sentados sobre el pasto en armonía alimentados de la palabra y la presencia de Cristo.

A pesar de lo escueto de las indicaciones que proporciona Ignacio, no omite «Comieron y hartáronse, y sobraron doce espuestas» (*Ej* 283). No se trata sólo de un remarque de la abundancia, sino que el número doce de los canastos apunta a las doce tribus de Israel⁸⁴, que están llamadas a la unidad más allá de las divisiones y confrontaciones pasadas. Cristo ha venido a salvar a las doce tribus, pero más aún, a toda la humanidad. La buena noticia de la abundancia de vida simbolizada por los canastos rebosantes de alimento, no distingue tribus, etnia o estrato social, sino que reconcilia a todos los pueblos.

f. La transfiguración de Cristo

«Tomando en compañía Cristo nuestro Señor a sus amados discípulos Pedro, Jacobo y Joan, transfiguróse, y su cara resplandecía como el sol, y sus vestiduras como la nieve» (*Ej* 284). Se incluye esta contemplación como preparación a las siguientes Semanas y para la misión posterior. El lugar de los discípulos puede ser tomado por el ejercitante quien será animado para la entrega absoluta de la Tercera Semana.

«La transfiguración es esencialmente una epifanía que completa la del bautismo. En ella domina la idea de Cristo que nos revela su gloria»⁸⁵. El Padre se hace presente recordando la unidad con el Hijo. En Marcos y Mateo le llama «Hijo amado», es decir confirmaba la identidad de Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios, a quien estamos llamados a seguir. Por

⁸³ Cf. *Ibíd.*, 713.

⁸⁴ Cf. *Ibíd.*, 715.

⁸⁵ *Ibíd.*, 728.

otra parte, «Moisés y Elías representan la Ley y los profetas, o sea, toda la antigua Alianza que se cumplía en Jesús»⁸⁶. En la transfiguración se da una integración de la historia de la salvación. Jesús reconciliaba la Ley, el anuncio de los profetas y el mensaje de su vida evangélica en ese momento que era un anticipo de su glorificación. Este acontecimiento tiene lugar sobre el monte Tabor, que representa el monte Sinaí, pero ahora de la Nueva Alianza. La transfiguración describe un momento trascendental que refrenda la promesa de Dios a su pueblo y o corona de gloria mediante el Hijo. Una síntesis perfecta de la misión que estaba finalizando.

El recorrido por la Segunda Semana ha de tener una clara actitud de apertura para conocer internamente a Cristo, integrarnos con Él y permitir que nos integre, manteniendo una mente abierta y agudizando los sentidos interiores. Es una etapa de obediencia, es decir, de escucha atenta al Señor para seguirlo apasionadamente y vivir en esa unión reconciliada.

«El camino para alcanzar la vida consiste en la obediencia según la imagen visible del Amor, volverse de nuevo hacia aquel del que se había alejado; seguir al que había abandonado. Puesto que se presenta ante nosotros la libertad perfecta en la obediencia perfecta, baste querer lo que quiere, combatir lo que combate, esperar todo de quien todo lo espera, en una palabra, conformar nuestro ser al suyo»⁸⁷.

Pero la conformación con Cristo aún no termina en la ruta trazada por Ignacio, pues aún faltan la mayor prueba de fidelidad, la de la cruz, la cual es ineludible en el camino del espíritu de aquellos que quieren la unión con Dios. «La función teológica de la obediencia puede caracterizarse por el hecho de que el hombre, solo renunciando libremente y saliendo de sí mismo, está en condición de encontrar a Dios»⁸⁸.

2.4. Tercera semana

El esquema de los *Ejercicios* presenta un momento crucial para el seguimiento del Señor Jesús, su pasión y muerte en cruz. Aquellos ejercitantes que hayan alcanzado liberarse del pecado, sentirse perdonados y amados por Dios y que vayan progresando en el camino de integración reconciliada de la propia persona y con el Señor, estarán preparados para consolidar su elección por el seguimiento a Cristo pobre y humillado. «Se espera que el ejercitante sepa atravesar el fracaso ante tanta violencia en el mundo sin responder con violencia, sin huir y con sentido: viéndose con, por y como Jesús en la locura de la cruz»⁸⁹.

Su objetivo viene expresado en la petición: «Dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena intensa de tanta pena que Cristo pasó por mí» (*Ej* 203). Se procura que el ejercitante «vaya acortando la distancia entre Cristo y él. Si el camino

⁸⁶ *Ibíd.*, 731.

⁸⁷ Fessard, 53.

⁸⁸ Rahner. *Meditaciones sobre los Ejercicios...*, 153.

⁸⁹ Martínez-Gayol Fernández, 202.

del seguimiento de Cristo se va estrechando cada vez más sólo lo podrá recorrer si lo hace íntimamente unido a él, si entra definitivamente en la vía unitiva»⁹⁰. Para ello, resulta imprescindible mirar al Reconciliador, desentrañar la lógica reconciliatoria de su Pasión, de su entrega absoluta. «La mirada contemplativa ha de posarse siempre en esta humanidad-corporeidad de Cristo que aquí, en la Pasión, se vive tomando las riendas de la misma [...] recorriendo libremente ese camino que el ejercitante ha de contemplar en actitud itinerante»⁹¹.

Las contemplaciones son un largo y penoso recorrido desde Betania, previamente a la última cena, hasta después de que el Señor fue sepultado. «Considerar lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad, o quiere padecer, según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar...» (*Ej* 195). Se trata de generar una vivencia interna de la teología de la cruz, mediante la compasión, para que el sentido de la cruz logre transformar los afectos y el ejercitante adquiera fortaleza y fidelidad ante tiempos de persecución. «El ejercitante, a través de esta muerte iniciática, va aprendiendo a morir más y más a sí mismo y va profundizando en el seguimiento y la imitación del modo de proceder de Dios»⁹². De modo que ya no se busque a sí mismo, sino que busque en todo momento la voluntad de Dios.

Con todo, la reconciliación encuentra en la Tercera Semana, elementos que le sirven de fundamento teológico y antropológico. La no-violencia como opción radical, el dinamismo de abajamiento y el amor misericordioso implantan un sólido cimiento en los procesos de perdón, reconciliación y paz.

2.4.1. El silencio pacífico del Padre

Uno de los rasgos característicos de la Tercera Semana es la consideración del ocultamiento del Padre en el momento de la crucifixión del Hijo, su pasividad ante los tormentos que padecía el Hijo. «Considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente» (*Ej* 196).

La teología de un Dios que reclama sangre para la satisfacción de los pecados del mundo, había quedado superada: «Más le agrada al Señor que se le obedezca, y no que se le ofrezcan sacrificios y holocaustos» (1Sam 15,22). La entrega en cruz, más allá de ser un sacrificio expiatorio, puede entenderse como la asunción del dolor humano de toda la historia para dotarlo de un soporte y de un nuevo sentido. Desde el dolor de Cristo, nosotros podemos situar y dimensionar nuestro propio dolor⁹³.

Jesús entrega completamente su vida, sin reservas. A partir del momento en que es apresado en el huerto, se deja conducir, entrega su cuerpo, pero no su voluntad, pues Él es

⁹⁰ Albino García Estébanez. “Tercera Semana”. En *DEI* II, 1701.

⁹¹ *Ibid.*, 1702.

⁹² Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 234.

⁹³ Cf. Benjamín González Buelta, “Transfigurar nuestro dolor en el dolor de Dios”. *Manresa* 83, (2011): 359.

quien entrega su vida por coherencia a su mensaje, por amor a la humanidad. El dolor que sufre injustamente no le impide continuar con su misión de amor y misericordia. Se trata entonces, de un acto de suprema libertad, afianzada en la conciencia de que su misión iba más allá de la aceptación y el reconocimiento humano, sino que tenía dimensiones espirituales que sobrepasaban los acontecimientos históricos. «Jesús no podía entregarse sino con entera libertad, y esto, en la más libre de todas las opciones, sabiendo bien que su libertad humana no podía ni debía desplegarse totalmente sino en el interior de la absoluta libertad divina»⁹⁴. A este tipo de libertad apunta en *Principio y Fundamento* cuando se refiere a la indiferencia y que el modelo por excelencia es el Señor Jesús.

La cruz es un acto de coherencia de Jesús con su vida y misión, un acto profundamente compasivo: «La cruz no se puede separar del vivir de Jesús el Compasivo y del Dios que invocó como Padre, Señor del cielo y tierra»⁹⁵. Pone de manifiesto el deseo de redimirnos en el padecimiento de Dios junto con los padecimientos humanos, por compasión. La muerte de Jesús, lejos de ser un signo que divinice los actos sanguinarios, desenmascara al límite la perversión en la que ha caído la humanidad, descubriendo lo injusto de su modo de proceder. Toni Català dice al respecto: «La cruz no legitima la opresión y la injusticia ni bendice el que aumente el umbral de dolor y de muerte ante dioses insaciables, la cruz pone en evidencia a este mundo mostrando sus heridas»⁹⁶.

Esto devela el fracaso de la justicia, la reconciliación y la paz. Sin embargo, desde el fondo de esta cruenta realidad, Cristo es capaz de sacar vida, pues Él es la vida. «Desde ese fracaso y esas palabras heridas tenemos que acercarnos al Jesús Compasivo que revela al Dios comunidad de amor»⁹⁷. Es decir, la Trinidad misma. Bajo esta lógica de entrega en libertad al modo de Cristo, el ejercitante ha de contactar con ese dolor amoroso o ese amor doloroso de Cristo que surge de la compasión y que tiene como fin el servicio al Reino de Dios.

Evidentemente, este dolor para el ejercitante, no consiste en victimizarse, pues él no es la víctima, la víctima verdadera es Cristo. El ejercitante sufre compasivamente los dolores de Cristo, quien pasó su vida haciendo el bien y fue víctima de la maldad y el pecado del mundo. El dolor de la cruz del Hijo de Dios resulta una locura y causa indignación. La pasividad del Padre resulta incomprensible, pero Ignacio tenía una gran lucidez respecto a este punto.

«No dice Ignacio que contemplemos la inactividad de Dios, sino su escondimiento, porque ahí se manifiesta una manera de actuar de Dios muy diferente a nuestros modos de pensar. [...] Jesús quiebra la espiral de las afrentas y la muerte con el perdón que rehace las personas y la historia»⁹⁸.

⁹⁴ Balthasar, 228.

⁹⁵ Toni Català. “Jesús padeciendo en la humanidad cristológica fundamental”. En “*Considerar como la Trinidad se esconde*”. Tercera semana. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2001, 4.

⁹⁶ *Ibíd.*, 5.

⁹⁷ *Ibíd.*, 6.

⁹⁸ González Buelta, 359.

El silencio del Padre en la crucifixión del Hijo es la manifestación de la opción radical de Dios por la no-violencia, la no-venganza. Sale de la lógica de la ley del talión, pues la violencia no se puede erradicar mediante la violencia misma, pues solo sería perpetuarla en una espiral infinita. La violencia solo se rompe mediante la paz, mediante el pago con bien al mal que se realiza. «El máximo de poder divino no se manifiesta destruyendo a los enemigos, sino perdonando a través del propio padecimiento, es decir, asumiendo el mal y transformándolo, en lugar de vomitarlo y retornarlo engrandecido»⁹⁹. Esta es una de las bases fundamentales para la reconciliación: la capacidad de perdonar, de optar por la no-violencia y transformar la maldad recibida en bondad entregada. Esto resulta imposible sin el espíritu de Cristo actuando en nuestra humanidad.

Cabe tener clara la indisoluble unidad de las Tres Personas al momento de la cruz, pues el Hijo padece la cruz junto con el Padre y el Espíritu Santo. «Cuando Jesús experimentaba la máxima distancia con el Padre, había una unidad absoluta entre el Hijo que moría y el Padre que asumía su entrega hasta el final. Necesitamos ver la Trinidad en la cruz del Hijo»¹⁰⁰, desde la conciencia de su unión indisoluble. El Padre también estaba siendo crucificado y junto con el Hijo, estaban salvando y reconciliando la humanidad entera.

Nuestro entendimiento de Dios también sufre una transformación, pues dejamos de esperar en la fuerza de un Dios justiciero que acaba con los villanos de la historia con base en la ley del más fuerte, para pensar un Dios todopoderoso en el amor. «Pasamos de un Dios poderoso, que castigo, distante, impasible, que exige el dolor y el sufrimiento humano, a un Dios débil, castigado, cercano, herido, que sufre y muere para que nosotros vivamos. Los ídolos piden sangre ajena, Dios derrama la suya»¹⁰¹. La imagen que tenemos de Dios también ha de ser purificada y reconciliada.

Durante esta etapa ha de darse una reconciliación con el dolor, no con fines masoquistas, ni porque se persiga como un bien divino, sino para adentrarse en la misión de aliviarlo al modo de Jesús. «Reconciliarnos con el dolor supone respetarlo profundamente, el dolor no se puede utilizar con ninguna otra intención que no sea aliviarlo. Combatir el dolor es lo que hizo Jesús».¹⁰² Esto no coloca en la vía misional, es decir, la reconciliación con el dolor tiene una faceta de capacitarnos para la misión de reconciliar un mundo dolorido.

Aún más, la reconciliación en esta fase de los *Ejercicios* adquiere connotaciones trascendentes. «Sólo en la Tercera Semana fundada en la Eucaristía de Pascua, el pecado, que me hace personalmente solidario con los enemigos, que la divinidad podría destruir y no destruye, provoca un verdadero encuentro de amor con Cristo que realiza su Pascua con nosotros»¹⁰³. El deseo del seguimiento del ejercitante cobra una realidad profunda, de

⁹⁹ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 237.

¹⁰⁰ González Bueta, 360.

¹⁰¹ *Ibid.*, 356.

¹⁰² *Ibid.*, 6.

¹⁰³ Peter-Hans Kolvenbach. *Decir... al "indecible". Estudios sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1999, 100.

dimensión trascendente, pues no se trata solamente de buenos propósitos para vivir desde los criterios y valores evangélicos, sino de incorporarse en el misterio pascual, salvífico y reconciliatorio del Crucificado, que experimenta un vaciamiento total de sí para generar un nuevo modo de vida y una nueva realidad.

2.4.2. La kénosis como condición para la reconciliación

El lenguaje ignaciano hace referencia a la dimensión kenótica desde la lógica de la «abnegación», pues, aunque este término no aparezca explícitamente en el texto de los *Ejercicios*, sí es completamente detectable un deseo de lanzar al ejercitante hacia una actitud abnegada, es decir, kenótica. «Hay otros términos próximos a la palabra abnegación: “vencer a sí mismo” [Ej 21.37]; “abajarse, bajeza propia” [Ej 116.165.258.289]; “humillarse” [Ej 75.108.165-168]; “disminuirse” [Ej 58]»¹⁰⁴. Todos ellos tienen una intención de conducir al ejercitante hacia la abnegación del propio deseo e interés. Esto resulta una exigencia en el seguimiento al Señor. «La abnegación tiene su fundamento teológico en la *kénosis* de Cristo, en la decisión trinitaria de libre autoentrega del Hijo. [...] Cristo en su vaciamiento de sí mismo es modelo de toda vida cristiana, cuyo fin es la gloria de Dios»¹⁰⁵. Sin esta disposición fundamental del ánimo tampoco será posible la reconciliación.

El movimiento kenótico que se manifiesta emblemáticamente en el Crucificado, durante la Tercera Semana se deja ver paulatinamente, es decir, se vive un descenso hacia la crudeza y oscuridad de la humanidad, al mismo tiempo que se va viviendo un despojo de todo título y de toda seguridad humana, en el que Jesús sin oponer resistencias, se deja conducir hasta su muerte en cruz. «La Tercera Semana prolonga el carácter kenótico de la elección, llevándola hasta su punto límite que es la aniquilación que produce la muerte. A partir de este punto límite de la Creación, en los bordes de la Nada, Dios manifiesta su gloria»¹⁰⁶.

A medida que las contemplaciones de la Pasión del Señor van avanzando, también van bajando de categoría las maneras de nombrar a Jesús. Primero se le llama «Cristo», luego «Señor», después simplemente «Jesús», para llegar al punto de la crucifixión y muerte en el que se le despoja hasta del nombre y se le refiere en tercera persona¹⁰⁷. Con esto, se conduce al ejercitante en la dirección de abajamiento, pues es ahí donde puede darse un conocimiento interno del Señor, un encuentro auténtico con el corazón del Crucificado. Es aquí donde Cristo toma carne y rostro concreto en sí mismo y los crucificados de hoy.

La kénosis, entendida como vaciamiento absoluto toca fondo en la muerte de cruz, y es ahí donde se devela el misterio del amor más profundo, el que no se guarda nada para sí mismo. Ni el dolor más grande ni la mayor injusticia pueden hacer retroceder su entrega absoluta por amor. El dolor que se asume y amor que se entrega son como los extremos de

¹⁰⁴ Raphaela Pallin. “Abnegación”. En *DEI I*, 65.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 73.

¹⁰⁶ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 240.

¹⁰⁷ Cf. *Ibid.*, 239-240

una cuerda que se toca por las puntas. El vaciamiento que se realiza por amor va de la mano con el dolor.

«Del increíble y paradójico empalme entre la mortífera manifestación del pecado, de su cruel paroxismo contra Dios, que vino al mundo para destruir la muerte, muriendo, por una parte, y la manifestación del amor siempre más grande que no ha rehuído padecer el pecado y la muerte, por otra, nace la redención del mundo: de la muerte y el amor»¹⁰⁸.

Nunca será posible un proceso de perdón y reconciliación desde los criterios netamente humanos, pues las leyes del mundo permanecen ancladas en la justicia punitiva. Además, el pensamiento común posee tintes revanchistas. Para que la reconciliación sea posible es menester dejarse tocar por el espíritu del Crucificado, es decir, abrirse a la acción de Dios en nuestro intelecto, afecto y voluntad para comprender el misterio del perdón y la reconciliación desde el misterio de la cruz. Respecto a esto, Teilhard de Chardin expresa:

«La cruz no es cosa inhumana, sino sobrehumana. Comprendamos que, desde el origen de la Humanidad actual, ella se alzaba ya ante el camino que lleva a las cimas superiores de la creación. [...] El cristiano no ha desaparecer en la sombra de la Cruz: ha de ascender a su luz»¹⁰⁹.

Solo desde una actitud kenótica podremos encontrarnos con el otro, lejos de las actitudes de superioridad o de victimización. La reconciliación exige una conexión de corazones, una transparencia en el encuentro con el otro que solo es posible cuando nos encontramos plantados en el mismo nivel, de esta manera las posiciones se equilibran y es posible remendar aquello que se encuentra rasgado. A través de mirar la miseria, el dolor y el trasfondo amoroso de cada ser humano se puede alcanzar la comprensión de las acciones que lo llevaron a causar daño. Mediante la opción por el vaciamiento y amor que proviene de Cristo podrán darse procesos de perdón que liberan y reconcilian.

Por ello, la cruz es el sitio teológico por excelencia para comprender la kénosis de Dios. Pues el dolor ha quedado reconfigurado por el amor. De manera que el punto más bajo resulta ser el más elevado por la fuerza del amor. «El dolor humano ya no es el lugar de donde tenemos que huir, sino un espacio de contemplación y compromiso para ver emerger la vida nueva del resucitado que nos invita a solidarizarnos con ella»¹¹⁰.

¹⁰⁸ Rahner. *Meditaciones sobre los Ejercicios*, 231.

¹⁰⁹ Pierre Teilhard de Chardin. *El medio divino*. Trotta: Madrid, 2008, 68.

¹¹⁰ González Buelta, 362.

2.4.3. La misericordia como principio de justicia

Uno de los conceptos más íntimamente ligados a la reconciliación, y que se desarrollará con mayor detenimiento en el tercer capítulo, es el de la justicia¹¹¹. Lejos de las ideas que equiparen el perdón y la reconciliación con impunidad, con el olvido de los agravios y con la ausencia de justicia; estamos llamados a comprender la reconciliación como un acto de justicia, pero más aún, podemos entender la justicia como principio de los procesos de reconciliación.

Sin embargo, dada la complejidad del término, en este apartado únicamente nos referiremos a la justicia que pretende el rescate tanto de la parte agredida como de la agresora. Una justicia que intenta restaurar el daño ocurrido en ambas partes y que tiene como mecanismos movilizados la compasión y la misericordia. Acerca de la compasión hemos visto su importancia en la actitud kenótica, mientras que la misericordia resulta ser una condición para que se pueda llegar a la reconciliación desde lo más hondo del ser humano.

Xavier Pikaza escribe: «La misericordia reconoce ante todo el valor de cada persona, de manera que pone la justicia al servicio de los hombres. [...] La misericordia se inclina a ayudar a los necesitados, no para negar las leyes de la justicia, sino para fundarla en un principio de amor más alto»¹¹². Más allá de los criterios retributivos de recompensa y castigo, la justicia misericordiosa se empeña en la conversión de las partes de tal manera que se genere una situación de crecimiento y vida a partir de una situación de pecado y muerte. El principio del amor tiene la capacidad de transformar cualquier situación injusta.

La misericordia como principio de toda justicia «pone de relieve el valor infinito de cada persona (en especial del pobre), que es más importante que el universo entero»¹¹³. Desde ella es posible contemplar el valor de cada ser humano como hijo de Dios y acercarse al modo como mira Dios a sus criaturas. El hombre está llamado a ser presencia misericordiosa como lo es Dios, la misericordia es una de los atributos más llevados que puede tener una persona y que lo dota de fuerza para transformar la realidad. Por ello, un hombre misericordioso será un hombre justo.

La misericordia no va en contra de la justicia que dicta la Ley «sino que la exigen, fundamentan y sostienen. Por eso, la justicia bíblica así entendida no es dar a cada uno lo suyo, dentro de un orden tipo externo (impersonal), sino que ella se centra en liberar a los pobres y oprimidos»¹¹⁴. No se refiere únicamente a los pobres y oprimidos a causa de la estructura social, sino a toda persona que carece de la conciencia necesaria para vivir en plenitud desde la reconciliación con Dios, consigo mismo y, por ende, con los demás.

No obstante, resulta necesario distinguir la misericordia que busca la justicia de aquella que busca la autosatisfacción a favor de la propia imagen construida a base de

¹¹¹ *Infra.*, 108.

¹¹² Xavier Pikaza. “No hay misericordia sin justicia”. En *Teología desde las víctimas*. Valencia: Tirant Humanidades, 2017, 123.

¹¹³ *Ibid.*, 123.

¹¹⁴ *Ibid.*, 126.

acciones aparentemente generosas. En muchas ocasiones se pretende ser misericordioso mediante acciones altruistas o desde posturas de superioridad que no disuelven las distancias entre las partes, sino que refuerzan el desequilibrio entre ellas. La auténtica misericordia no surge de un voluntarismo férreo o de un vanidoso deseo de perfección, sino que es don de Dios. Los seres humanos somos receptáculos de la misericordia divina y comunicadores de la misma, así, la misericordia que está en nuestro corazón proviene de Dios y se despliega desde un contexto de igualdad entre dos personas que se saben pecadoras pero perdonadas y amadas por la misericordia divina.

«Solo se podrá ser misericordioso sin convertirse por ello en algo atroz, cuando uno sabe que es amado misericordiosamente y se acepta en cuenta tal, cuando uno da al recibir el amor mismo. Solo el amado en ágape puede ser misericordioso en ágape; solamente podrá no ser soberbio en su misericordia, el que realiza esa humildad como el acto básico de su existencia»¹¹⁵.

Los procesos de reconciliación necesitan de la justicia misericordiosa para poder realizarse, partiendo de la base de la igualdad tanto del agresor como de la parte agraviada, identificándose como compañeros que luchan para enfrentar la realidad de pecado que circunda en el mundo y que están llamados a superar. Según Rahner el milagro de la misericordia humana consiste en lo siguiente: «El que es verdaderamente misericordioso, se suelta de sí mismo, se identifica con el hermano que sufre, se lanza audazmente a lo imprevisible, su libertad se torna para él en la extrema audacia de perderse a sí mismo»¹¹⁶.

La Tercera Semana plantea las bases para la reconciliación enraizadas en el terreno de lo divino. La entrega amorosa, la kénosis y la misericordia, que son de atributos y dones divinos, constituyen la condición de posibilidad para la reconciliación humana. De esta manera podemos entender que la reconciliación podrá ser una realidad en la medida en que el hombre permita la acción de Dios sobre su persona, de tal manera que se convierta en canal de su amor, de su abajamiento y de su misericordia. Por tanto, la reconciliación es un acto en donde Dios actúa en la realidad humana para liberarla y traerle la paz.

2.5. Cuarta semana

Al inicio de la Cuarta Semana Ignacio propone meditar el descenso de Cristo a los infiernos: «Después que Cristo espiró en la cruz [...] la ánima beata descendió al infierno, asimismo unida con la divinidad, de donde sacando las ánimas justas...» (*Ej* 219). Con esto, «Ignacio resalta con precisión teológica la función salvadora de este descenso en la sobriedad de su saco, es decir, los absorbió consigo en su resurrección. El descenso se convierte así en acontecimiento pascual resucitador más allá del espacio y del tiempo»¹¹⁷. Tiene también un

¹¹⁵ Karl Rahner. *Escritos de Teología*. Tomo VII. Madrid: Taurus, 1969, 285.

¹¹⁶ *Ibid.*, 287.

¹¹⁷ Kolvenbach, 101.

sentido solidario pues se conduce al rescate de Adán y Eva y de las ánimas justas, por otra parte, destaca cómo nada queda al margen de la redención, la planitud de la vida divina se apodera de él, quien fue humillado en la cruz, es quien rescata y provee de una nueva vida¹¹⁸.

La resurrección del Señor no se limita ni a la reanimación de un cuerpo, ni a la sola manifestación del poder de Dios, sino que reconfigura toda la creación. Un primer signo de las consecuencias de este acontecimiento es el rescate que realiza Cristo de aquellos que se habían condenado al infierno y que Él quiere, en su misión redentora, darles una nueva vida. No los condena, sino que los salva, lo cual constituye un principio de reconciliación.

Durante esta etapa «se espera que el ejercitante salga con la experiencia de que misteriosamente y por regalo o gracia no es la violencia sino el amor quien tiene la última palabra. La vida resucitada vence ante la muerte, hay esperanza en medio del más rotundo fracaso de la cruz»¹¹⁹. Por ello el hombre está llamado a poner toda su esperanza en Cristo resucitado que es capaz de sacar vida de cualquier situación de muerte, por dura que esta sea.

Contemplar a Cristo glorificado, es ya un momento transformador, un regalo que el ejercitante debe valorar y dejarse impregnar interiormente por esta gracia para que su opción por el seguimiento al Señor tenga un aliciente y se llene de un sentido trascendente. Esta última etapa de los *Ejercicios* ha de prepararlo para salir a la vida ordinaria de manera renovada con las raíces inmersas en Cristo.

La reconciliación en la Cuarta Semana se identifica de dos maneras: como acto integrador y cósmico del Resucitado y como capacitación espiritual para la misión de reconciliar. Al mismo tiempo, se espera que el ejercitante se adentre en un ambiente de resurrección como fruto de la iluminación recibida en las semanas anteriores para que alcance la unidad con Dios que es una de las metas implícitas en los *Ejercicios*. Esto puede traducirse, que se experimente partícipe y colaborador de la reconciliación que el Resucitado ha llevado a efecto y que continúa realizando en todo lo creado.

2.5.1. La experiencia de reconciliación como efecto de la resurrección

Desde la petición inicial, se procura que el ejercitante comience a sentir los efectos de la resurrección de Cristo: «Demandar lo que quiero y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor» (*Ej* 221). Las emociones se encuentran involucradas en el momento pascual. No se puede vivir la resurrección desde la tristeza, el vacío o los engaños humanos, pues la resurrección es de naturaleza divina y su fuerza irrumpe en cualquier limitación humana.

«Considerar cómo la divinidad, que parece esconderse en la pasión, [a]parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della» (*Ej* 223). Los efectos siempre irán en la dirección de la vida, de la

¹¹⁸ Cf. Josep M. Rambla. *Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto* (5). Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2016, 30.

¹¹⁹ Martínez-Gayol Fernández, 202.

buena noticia, de la adquisición de sentido, del restablecimiento de relaciones y de la alegría interna. La experiencia de reconciliación es indudablemente un efecto de la resurrección. Al ir concluyendo el tiempo de los *Ejercicios* y habiéndose reconciliado el ejercitante con Dios y consigo mismo, y al haberse impregnado de los modos y criterios del Señor Jesús, se habrá formado una base espiritual para la vivencia una reconciliación redimensionada mediante la resurrección. Cuando se vive desde el espíritu del Resucitado, se reconcilia internamente todo aquello que aún tenía resabios de pecado, de resistencia o de desánimo. Se diluyen las distancias, de tal manera que podemos ser uno con Cristo, vivir con Él y en Él para que ya no viva yo, sino que sea Cristo quien viva en mí (Cf. Gal 2,20).

Esta experiencia de resurrección-reconciliación es altamente favorecida por todo el camino previo de conocimiento interno del Señor y del padecimiento con Él en su Pasión y muerte. La encarnación del Hijo cobra sentido en la resurrección. Su palabra y sus obras adquieren nueva vida y significado desde el Resucitado. «La resurrección de Cristo significa que la economía de la salvación no prescinde de todo el recorrido anterior, sino que asume la “carne” de la historia, la cual se comenzó a divinizar desde el primer momento de la encarnación»¹²⁰.

Por su parte, la cruz se revela como camino para la vida en plenitud, es decir, para la resurrección y la glorificación. Con todo esto, la Cuarta Semana viene a coronar un proceso hacia la unión del ejercitante con Dios, lo cual sería el mejor efecto de la resurrección. «En el momento de la elección, el ejercitante empezó esta vida de unión al hacerse una sola cosa con Dios por la unión de voluntades»¹²¹.

Con todo, los efectos del Resucitado sobre el ejercitante, no se limitan a una experiencia agradable o centrada en sí misma, sino que lo dinamizan para más amar y mejor servir. Se ilustra esto diciendo: «Mirar el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros» (*Ej* 224). Se trata entonces, de comunicar la alegría de la resurrección, es decir, de la vida en abundancia a toda la humanidad.

Muchas de las meditaciones de las apariciones del Resucitado están en la línea del envío a la misión. Primero, les abre los ojos a los discípulos y los une en comunión en Emaús: «Por ruego dellos se detiene allí, y estuvo con ellos hasta que, en comulgándolos, desapareció» (*Ej* 303). Después, en la octava aparición que se refiere a la pesca en el lago, se da un envío explícito a Pedro. «Les dio a comer parte de un pez asado y un panal de miel. Y encomendó las ovejas a san Pedro, primero examinado tres veces de la caridad y le dice: “Apacienta mis ovejas”» (*Ej* 306). Finalmente, en la novena aparición encontramos: «Los envío a todo el mundo a predicar, diciendo: “Id y enseñad todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”» (*Ej* 307).

Resulta evidente que el encuentro con el Resucitado, incorpora un fuerte significado de envío. El fuego que se enciende en el corazón de aquel que ha experimentado la

¹²⁰ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 250.

¹²¹ *Ibid.*, 246.

resurrección-reconciliación, no permite una pasividad egoísta, sino que lo lanza hacia la misión de consolar y reconciliar a quienes aún viven dese la violencia, en fragmentación o en desunión. La tarea de «apacentar las ovejas», incluye un sentido de comunicar la paz a todos las personas y los pueblos. Por ello, el ejercitante que ha llegado a este punto ha de sentirse impulsado hacia esta misión de ser mensajero de paz como parte de su respuesta amorosa y comprometida.

2.5.2. Todo se reconcilia en el Resucitado

En el primer capítulo se aludía a las cartas paulinas, y específicamente a Colosenses, para mostrar cómo la reconciliación adquiriría dimensiones cósmicas y abarcaba todo lo creado, pues Dios ha reconciliado todas las cosas por Cristo y para Cristo (Cf. Col 1,19-20). En Él tiene cabida todo cuanto existe de principio a fin. Sin embargo, esta mirada espiritual y cósmica, no ha de impedir la capacidad de encontrar la presencia y la acción reconciliadora de Cristo en lo concreto y ordinario de la vida. Pues el Hijo se ha encarnado en medio de un mundo roto y corrompido por el pecado para levantar al hombre, dignificarlo, reconciliarlo o, en síntesis, salvarlo y abrirle la posibilidad de participar en su gloria.

«Cuando Dios asume el mundo, cuando cumple su descenso, implicado en aquella ascensión, atravesando lo más bajo de la muerte como manifestación del pecado y del sindiosismo, para incorporarlo a su glorificación, cuando introduce en su gloria un fragmento de este mundo, que nunca dejará de ser tal, entonces el mundo queda asumido definitivamente y nadie lo arrancará de la mano del Señor resucitado y glorificado»¹²².

En Cristo es posible la unión de los opuestos, pues la lógica de Cristo es la de disolver fronteras, restaurar lo quebrantado, sanar aquello que nos divide para llevarlo a su plenitud en el amor y la paz. «La muerte y la vida, las cosas terrenas, los ángeles y las dominaciones, los buenos y los malos, lo presente y lo futuro, lo alto y lo bajo, todo lo creado; nada nos puede separar del amor de Dios manifestado en Cristo»¹²³. Desde el Resucitado las diferencias son fuente de riqueza y no de separación, la alteridad se convierte en ocasión de entrega amorosa y de servicio. Nada puede ser un motivo válido para la división o la enemistad, pues la vida ha vencido a la muerte, la unión realizada por Cristo es más fuerte que cualquier pecado que pretenda rasgarla.

Esta presencia del Resucitado en todo lo creado se puede comprender a la luz de lo que Teilhard de Chardin denomina el «Medio divino», pues para este teólogo «el Medio divino conserva al mismo tiempo la trascendencia concreta que le permite reunir, sin confusión, a su Unidad triunfante y personal los elementos del mundo»¹²⁴. En el Medio divino, se reúnen y armonizan con facilidad las cualidades o posiciones que parecen ser de

¹²² Rahner. *Meditaciones sobre los Ejercicios...*, 236.

¹²³ *Ibid.*, 239.

¹²⁴ Teilhard de Chardin, 78.

lo más contrarias ante los ojos humanos¹²⁵. Desde estas claves podemos comprender también la presencia y la acción de Cristo en nosotros y en toda la creación, la cual, mediante su cordialidad, su luz y su gracia, se impone a nuestra sombra de pecado.

Vivir en la conciencia de la presencia y acción del Resucitado en nosotros consiste en vivir desde nuestra más profunda identidad. La unión con Cristo hace brotar aquellos rasgos más divinos del hombre que lo conducen hacia el fin para el que ha sido creado. En palabras de Fessard: «A la exclusión del *No-ser* le sigue inevitablemente la afirmación del *Ser*. De este modo, confirmado a través de la prueba de la muerte que ha superado, el yo, por el poder de Dios que le habita, ve nacer la criatura transformada según la imagen gloriosa del Amor»¹²⁶. Nuestro verdadero *Ser* será afirmado en la medida en que sea Cristo quien viva en nosotros. Esto se puede entender como la cristificación de la persona, la cual tomará consistencia, mediante esta apertura a Cristo en conciencia y libertad, para unir su voluntad a la voluntad del Padre.

2.6. Contemplación para alcanzar amor

El cierre de los *Ejercicios* se realiza desde la tónica consolatoria que ha dejado la Cuarta Semana. En la Contemplación para alcanzar amor lleva al ejercitante a que pueda ver a Dios en toda la creación, es una tarea que más que un esfuerzo, es un don, fruto del camino que ha recorrido hasta el momento. «La persona no debe querer o hacer nada. Ella debe rendir a Dios sus facultades interiores para que Dios asuma la actividad de su ser. [...] todas las capacidades mentales deben ser silenciadas para que solo quede el amor radical y el mero mirar a Dios»¹²⁷. La integridad de la persona se encuentra en una apertura receptiva, no activa, para que pueda percibir aquello que Dios le revela en cada cosa, mostrando su presencia y acción. Un momento de gracia que ayuda a transformar la mirada.

Se puede entender como el resultado de los *Ejercicios*, de haber pasado por la cruz y la resurrección. «Solo logra hallar a Dios en todas las cosas, experimentar la transparencia divina de las cosas, quien encuentra a Dios allí donde él ha bajado a lo más espeso, lo más cerrado a lo divino [...]: la cruz de Cristo. Solo así se vuelve limpio el ojo del pecador»¹²⁸. Los extremos del dolor y la oscuridad permiten apreciar y valorar el gozo y la luz en plenitud.

La CAA conforma la preparación para la salida a la vida ordinaria, al mundo roto que aguarda ser restaurado. La realidad sigue siendo la misma, pero el ejercitante ya no lo es. Su purificación, el conocimiento y la pascua de Cristo lo han de haber transformado internamente, de manera que quien sale al mundo se espera que sea una persona capaz de mirar aquello que la rodea con la mirada de Cristo.

¹²⁵ Cf. *Ibíd.*, 77.

¹²⁶ Fessard, 53.

¹²⁷ Franz Jalics. *La fase contemplativa de los Ejercicios*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2018, 19-20. En *Escritos esenciales de jesuitas del siglo XX*, 1244.

¹²⁸ Karl Rahner. *Meditaciones sobre los Ejercicios*, 260.

2.6.1. La mirada reconciliada

«Mirar cómo Dios habita en las criaturas: en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando a entender; y así en mí dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender» (*Ej 235*). El ejercitante podrá percatarse de la presencia de Dios en todas las cosas. Nada le parecerá fuera de Dios, por tal motivo, se espera que la relación con todo lo creado sea respetuosa e incluso de reverencia. A través de esta mirada se puede vivir reconciliadamente con la totalidad y la particularidad de cada persona o criatura. Toda la realidad se encuentra unida y reconciliada en Cristo. Los ojos son capaces de descubrir la presencia entrañable de Dios en todo y al mismo tiempo, cómo todo se encuentra inmerso en Dios. Una mirada complexiva que coloca al ejercitante en su sitio como parte activa de una creación habitada por Dios.

La contemplación continúa en esta misma línea: «Considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la haz de la tierra» (*Ej 236*). Ahora el énfasis se encuentra, no en la presencia de Dios, sino en su trabajo y su labor en cada ser humano y en cada cosa creada. De modo que no vislumbramos a un Dios pasivo, sino a un Dios activo, comprometido con sus criaturas y que busca su salvación y su realización plena.

En la CAA se considera cómo Dios labora por mí, me da el ser, me hace entender y me hace templo (*Ej 235*). El vínculo de amor con Dios se fortalece mediante la concreción de sus actos amorosos de los cuales se va tomando conciencia para consolidar el proceso reconciliatorio, que va más allá de una ausencia de separación por el pecado, sino que se ha de entender como la conciencia de la unión indisoluble que tenemos las criaturas con nuestro Creador.

«Mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la suma y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc.» (*Ej 237*). La mirada y el pensamiento están capacitados para develar lo que antes se hallaba oculto. Desde todo el amor y gracia que el ejercitante ha recibido a lo largo de su vida, hasta la presencia y acción de Dios en la historia del mundo. Todo acto de bondad, misericordia, justicia y paz, tanto en la historia personal como en la historia del mundo, ha estado animado por Dios. La mirada en Cristo se transforma en amplia y profunda, de manera que lo netamente sensible es traspasado para tener un encuentro con el Espíritu que le da el ser.

En este punto, la vía unitiva del camino espiritual toma realidad. La persona puede percibirse en unión con su Creador, pero al mismo tiempo, puede experimentarse en unión con toda la creación que proviene de su Creador. De manera que es Cristo quien nos reconcilia con el Padre, pero también nos reconcilia con todo aquello que nos rodea, pues nos hace partícipes de su dinamismo reconciliatorio. «El carácter unitivo de esta contemplación produce que la memoria y el pensamiento sean incorporados a este mirar, pensar y memorar cada vez más cristificados, esto es, cada vez más divinizados»¹²⁹. Ver texto.

¹²⁹ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 254.

2.6.2. Experiencia total de gracia y reconciliación

La CAA no pretende adentrar al ejercitante en un estado de elevación espiritual desencarnado ni crear imágenes en su pensamiento que no correspondan a la realidad concreta. Por el contrario, pretende hacerle ver la presencia de Dios en lo tangible, de tal manera que quede superada la división entre espíritu y materia, para que se perciba el Espíritu que subyace en la materia misma.

«La materia, al mismo tiempo, es la alegría física, el contacto exaltante, el esfuerzo virilizador, el gozo de crecer. Es lo que atrae, lo que renueva, lo que une, lo que florece. Por la materia nos alimentamos, nos hemos elevado, estamos ligados al resto del mundo, invadidos por la vida»¹³⁰.

La elevación del espíritu ocurre por vía del abajamiento, de mirar lo existente con sencillez y limpieza del corazón que no juzga. Así como el pecado corrompe la mirada y exhibe la bajeza de las cosas ante nuestros ojos, la gracia posibilita mirar la grandeza que las habita, reconcilia nuestra mirada. En la realidad más concreta y simple, radica lo más espiritual y elevado. Esto se contempla en el misterio de la Encarnación, es el dinamismo de Dios y de todo cuanto existe. En la medida que todo se dirija a la humildad, la donación de sí mismo, al modo que lo hace Dios, estaremos reconciliándonos en Cristo, todos confluyendo hacia el corazón de Cristo.

Todo lo existente es rescatable, cuando se le deja ser desde su sentido profundo. Los seres humanos estamos inmersos en la materia, no la podemos eludir, más bien toda ella es manifestación del amor de Dios a sus creaturas, pero como materia también puede corromperse. Por ello, las personas que son capaces de mirar a través de la mirada reconciliada, han de colaborar con la misión reconciliatoria de Cristo, ayudando a que cada persona o cosa se encamine hacia Cristo, viva o exista desde aquello para lo cual ha sido creada. «Es una propuesta de mirar y sentir al mundo en tanto que constituido y estructurado según el amor de Dios así expresado. Toda la naturaleza, toda la creación es mensaje de reconciliación, de misericordia»¹³¹.

Dejarse tocar por la realidad concreta, dejando que nos dé noticia de la presencia y acción de Dios es una experiencia de su gracia y de su ser reconciliado, pues todo se encuentra unido en Dios. Esta experiencia es lo que nos lleva a alcanzar el amor y vivir desde la fuerza transformadora y reconciliadora del amor. A partir de este amor, al modo como se mostró en Tercera Semana, que es vaciamiento, se puede alcanzar la experiencia de unión amorosa con la totalidad, de tal modo que nada nos resulte ajeno ni escindido de Dios. «El lugar más bajo alcanzado en la kénosis de los *Ejercicios* se corresponde al intercambio entre amantes alcanzado en la *Contemplación para alcanzar amor*. La divinidad oculta se manifiesta»¹³².

¹³⁰ Teilard de Chardín, 70.

¹³¹ Prieto Urzúa y García de Castro Valdés, 327.

¹³² Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 255.

Cuando se «halla a Dios en todas las cosas», entonces es posible amar todas las cosas, es decir, reconocerlas como un medio para encontrarse con la gracia y el misterio de un Dios que siempre sorprende con sus manifestaciones materiales y que se comunica mediante ellas.

Nos encontramos ya en la dimensión cósmica de la reconciliación «Participar en un proceso de reconciliación es adentrarse en un *mysterion*, en el que Dios conduce hacia una experiencia total de gracia y reconciliación, ese punto Omega sólo vislumbrado»¹³³. Por ello, la reconciliación de Cristo se puede entender como un dinamismo espiritual que conduce todo a su unificación, genera una visión de conjunto que derriba barreras y exalta los lazos de unión que existen entre todo lo creado.

La Trinidad se hace presente durante este camino laborando por el ejercitante de diferente manera; «de este proceso emanan la operación del Espíritu, la configuración con el Hijo y la realización de la obra del Padre»¹³⁴. Todo lo que se recibe viene de arriba, Dios hace su acción reconciliatoria en el ejercitante y lo incorpora en su gracia, de tal manera que experimenta el amor como experiencia interior pero operativa, es decir, es una experiencia que se quiere comunicar. «Los Ejercicios propician la experiencia de Dios, la acompañan, la orientan y la pautan; reflejan lo que es, en definitiva, la relación recíproca del Criador y Señor con su criatura»¹³⁵.

En síntesis, «la reconciliación como mensaje cristiano tiene pues, más de espiritualidad que de estrategia. Abarca todas las dimensiones de la realidad. Supone ser reconciliados por Dios, afronta la enemistad de los grupos humanos y busca la plenitud de su dimensión cósmica»¹³⁶. Si bien es cierto que ésta es una tarea que solo puede ser realizada por Cristo, corresponde a los cristianos y a quienes viven en Cristo y para Cristo, contribuir a que Él sea pleno en todo, «hasta que Dios sea todo en todos» (1Cor 15,28), y esta colaboración en la misión de Cristo requiere de la mirada reconciliada que es capaz de valorar cada persona y cada cosa por la parte divina que se esconde en su interior.

* * *

Los Ejercicios espirituales, a pesar de que no son un camino especialmente diseñado para procesos de reconciliación, al sondear las profundidades del espíritu como son los pensamientos, los afectos, las emociones, las intuiciones, entre otros aspectos, resulta inevitable que genere como parte de sus grandes ganancias espirituales, la reconciliación

¹³³ Jesús María Alemany. “El servicio de la reconciliación”. *Sal Terrae* 90, (2002): 787.

¹³⁴ Eduard López Hortelano. “Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Análisis del texto como proceso helicoidal y especular”. *Estudios Eclesiásticos* 93, (2018): 158.

¹³⁵ *Ibid.*, 159.

¹³⁶ Alemany, 787.

consigo mismo y con Dios. La misma ruta que propone Ignacio va produciendo en el ejercitante un conocimiento interno del Señor Jesús, una identificación con su persona y misión, que lo va uniendo a su proyecto desde la más íntimo. La labor de ir dilucidando, hasta donde sea posible, el misterio del vaciamiento del Crucificado va dando claves cristológicas y espirituales profundas al significado de la reconciliación. Este significado dotará de nuevas luces a la comprensión de la resurrección que puede ser entendida como la presencia y acción reconciliatoria de Cristo que impulsa a los cristianos a colaborar en esta misión de reconciliarlo todo en Cristo.

Más aún, la vida unitiva a la que se llega al final de los *Ejercicios* «consiste en el ofrecimiento permanente de uno mismo como respuesta al ofrecimiento permanente de Dios a su Creación»¹³⁷. Quien vive en unión con Dios convertirá su vida en una entrega amorosa continuada, en una compasión por el dolor y un deseo profundo de comunicar vida y paz a toda creatura, especialmente los que más sufren. Así, los *Ejercicios* pueden constituir una experiencia fundante para salir al mundo a llevar la paz y la reconciliación.

«Desde ella [experiencia de amor y gracia] el ejercitante podrá salir a la vida con una actitud reconciliada y reconciliadora, con una capacidad para percibir el mundo de modo semejante a como contempló a Dios en el ejercicio de la Encarnación: determinado a ejercer una labor salvífica entre los seres humanos que, en su inmensa diversidad son víctimas de tantos conflictos, guerras y desavenencias»¹³⁸.

El ejercitante ha adquirido herramientas espirituales, a través de su propia experiencia, para compartir al mundo aquello que Dios ha hecho por él. Más allá de una capacitación para el servicio, se trata de un adentramiento en el misterio de la misión salvífica y reconciliadora de Cristo, el cual dispone el cuerpo, la mente y la voluntad hacia un modo renovado de actuar y de estar en el mundo. La realidad ha de mirarse con mayor profundidad, siendo consciente de las divisiones humanas que amenazan la paz y la fraternidad, pero ahora desde una perspectiva esperanzada y proactiva y en conexión íntima con el Señor.

El modelo de reconciliación es Cristo, en él se encuentran las claves humanas y divinas de esta labor. Desde el *Principio y fundamento* hasta la CAA, se vive un proceso reconciliatorio posibilitado por Dios en la interioridad del ejercitante que se ha de traducir en su exterioridad, es decir, sus relaciones, opciones y misión. El espectro reconciliatorio es amplio y diverso y sitúa al cristiano en un mundo sediento de ser restituido desde las profundidades del espíritu con traducción concreta en lo terreno.

Hasta el momento hemos visto en los capítulos primero y segundo el fundamento bíblico y espiritual de la reconciliación respectivamente. El paso natural a la realidad social se realizará a través de la historia de los primeros jesuitas, la *Fórmula del Instituto* y las *Congregaciones Generales*. Desde esta mirada inclusiva desde los primeros momentos de la

¹³⁷ Melloni. *La mistagogía de los Ejercicios*, 258.

¹³⁸ Domínguez Morano, 123.

CJ hasta los tiempos más recientes. Estos campos constituirán un puente para mirar la necesidad de reconciliar al ser humano de manera integral, desde sus dimensiones de creyente, de ser social y de criatura, pues es fundamentalmente un ser relacional. A esto nos abocaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 3

La reconciliación como compromiso cristiano

El resultado de los *Ejercicios* ha de proveer de un empuje misional a la persona que los realiza. Evidentemente, los modos de servir a Cristo y al Reino de Dios pueden ser múltiples y muy variados. Sin embargo, la intención de este capítulo consiste en poner de manifiesto que la labor de reconciliar puede ser una manera de concebir la misión de los seguidores de Cristo de forma sintetizadora, pero abarcante. Esta perspectiva tiene su fundamento en las reflexiones de las últimas Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús. Además, se pretende valorar que la reconciliación forma parte de los orígenes de la Compañía, por lo que está integrada a la identidad de sus miembros y ha de permear a quienes beben de la espiritualidad ignaciana.

3.1. Ministerio y misión de reconciliar

La reconciliación como ministerio y misión se ha encontrado desde los primeros documentos oficiales de la Compañía de Jesús como parte integral de su carisma. Esto se puede observar en la *Fórmula del Instituto* redactada por los primeros compañeros que pretende describir los rasgos fundamentales de su modo de vida. «La *Fórmula del Instituto* es la expresión oficial del carisma institucionalizado de la Compañía de Jesús. Es su regla fundamental, asumida y aprobada por la Iglesia, y devuelta a la CJ en un documento papal que la hace de derecho pontificio»¹. Dada la importancia de este documento, indagar en la espiritualidad que encierra permite encontrar el núcleo central de la espiritualidad ignaciana.

La *Fórmula del Instituto* se escribió por vez primera en 1539 con la intención de obtener el reconocimiento y la aprobación pontificia, después de que los primeros

¹ Jesús Corella. “Fórmula del Instituto”. En *DEI I*, 892.

compañeros habían decidido constituirse en un cuerpo apostólico. Posteriormente, en 1540 se vio la necesidad de corregir el documento de tal manera que favoreciera el cumplimiento de la misma, la cual se presentó ante Paulo III. Finalmente, después de diez años, teniendo mayor conciencia y claridad de las labores apostólicas que debían realizar a causa de las necesidades que habían detectado, incluida la necesidad de «*pacificar desavenidos*», redactan la *Fórmula* definitiva en 1550, la cual fue aprobada por Julio III, y en la que se incorpora la misión relativa a la reconciliación: «Y, con todo, se muestre disponible a la pacificación de los desavenidos, al socorro de los presos en las cárceles y de los enfermos en los hospitales, y al ejercicio de las demás obras de misericordia, según pareciere conveniente para la gloria de Dios y el bien común»². Es decir, la pacificación aparece como parte de las obras de misericordia que los miembros de la Compañía debían realizar. Pero, más allá de enlistar meras tareas a cumplir, la *Fórmula* delineaba un perfil, un modo de vivir, en el cual ser pacificador era una parte constitutiva.

La pacificación, que se expresa en ella, consistía en reconciliar a las personas o grupos que se encontraban confrontados o en disputas y que además esa división podía traer consecuencias graves. Por otro lado, también se refiere a dirigir a las personas hacia la paz interior y con Dios. «La voz “reconciliación” tiene un correlato en la tarea de “pacificar” y en la paz espiritual»³. Por ello, resulta claro que era labor tenía una vertiente personal y otra colectiva. «La *Formula Instituti* traducía el deseo y la práctica de los primeros compañeros por hacer que la paz regrese donde una vez había existido»⁴.

Jerónimo Nadal, quien fue jesuita Asistente para Alemania, Flandes y Francia además de visitador de España, Portugal y las provincias del norte durante los primeros años de la Compañía, narra en muchas de las cartas que escribió el modo de vivir la «pacificación de los desavenidos» como parte integrante de la *Fórmula del Instituto*. En ellas se relatan diferentes acciones reconciliatorias de los jesuitas de las primeras décadas⁵. La motivación evangélica principal se basa en la séptima bienaventuranza: «Bienaventurados los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). Nadal comentaba que «cuando esta bienaventuranza se toma en su sentido pleno todos los ministerios plenamente mencionados [en la *FI*] están a su servicio»⁶. De esto se puede deducir que Nadal comprendía desde un inicio el carácter integrador que tenía la misión de pacificar que se extendía a las demás obras de misericordia que realizaban.

Algunas de las experiencias de pacificación y reconciliación que se relatan en la correspondencia de los jesuitas de los primeros años aluden tanto a la administración del sacramento como a la reparación de vínculos rotos. En algunas ocasiones evitaron eventos violentos y derramamientos de sangres. Un ejemplo de esta última circunstancia es el caso de Claudio Jayo, quien evitó un enfrentamiento violento en una población italiana: «Ya en

² Ignacio de Loyola. *Obras*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2021, 390.

³ Carlos Coupeau. “Reconciliación”. En *DEI* II, 1534.

⁴ *Ibid.*

⁵ Cf. Urbano Valero. “Nadal”. En *DEI* II, 1315-1516.

⁶ Alemany, 788.

1540 informaba Jayo, que por medio de la confesión y la predicación en Bagnorea, cincuenta millas al norte de Roma, logró convencer a los campesinos para que renunciaran a la lucha encarnizada y sangrienta que había rugido ahí durante años»⁷. Un primer paso en estos casos, consiste en poner fin a la violencia. Después de esto se puede pensar en establecer nuevas relaciones, pero ya detener las agresiones requería de mucho valor y poder persuasivo. La palabra que llevaban tenía una gran fuerza para llevar la paz y encauzarse hacia Cristo.

Uno de los primeros jesuitas que destaca por su labor reconciliatoria es sin duda Silvestro Landini, quien se implicó en varios casos de reconciliación entre grupos enfrentados. Así se lee en el *Chronicon* de Polanco en donde se describe el caso ocurrido en Correggio, lugar donde se habían cometido decenas de asesinatos, incluidos tres sacerdotes, por facciones sangrientamente contrapuestas: «Después de haber predicado Landini allí, durante cierto tiempo, a veces dos sermones diarios, consiguió que los dos jefes de las facciones opuestas se confesaran. Acordaron hacer las paces y cumplir con lo que Landini les propusiera a este efecto»⁸. Con ello consiguió que los cabecillas de los grupos contrapuestos se mostraran dóciles y se les ablandaran los corazones, lo cual los llevó a pedirse perdón y hacer un acto de paz⁹.

Caso similar es el de Pascasio Bröet, quién en 1545, estando en Faenza, «reunió a cien hombres en la Catedral para una liturgia de reconciliación durante la cual se perdonaron recíprocamente los homicidios, injurias, y otros males que brotaban de odios de esta clase»¹⁰. Estos relatos muestran situaciones graves de desavenencia, en donde la muerte, los crímenes y la venganza eran el dinamismo social imperante. La labor de los jesuitas de aquellos tiempos revela su capacidad para tocar la interioridad humana, llegar a lo más auténtico y profundo de las personas para desarmar sus corazones previamente al desarme de sus manos.

Otro tipo de reconciliación es el que realizaban entre grupos de Iglesia, tan cómo se observa en un caso de Diego Laínez: «En Monreale, a las afueras de Palermo, Laínez, a petición de Alejandro Farnesio solucionó una prolongada disputa entre los monjes y el clero local mediante un cuidadoso examen de documentos de archivo»¹¹. Ante gente preparada en teología la estrategia se apoyó en investigación documental para obtener cierta legalidad que deshiciera las afrentas con base en evidencias. La misión de reconciliar requería astucia para encontrar los mejores caminos para la pacificación en cada una de las circunstancias.

Por otro lado, se encontraba la misión de reconciliar a los encarcelados y condenados. «Con los presos, especialmente con los condenados a la pena capital, los jesuitas buscaban el consuelo y la pacificación interior. En no pocas ocasiones los confesores jesuitas pasaban la noche conversando, consolando y animando a los reos para una buena confesión»¹². Sin

⁷ John W. O'Malley. *Los primeros jesuitas*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1993, 212.

⁸ *Chronicon* 1, 399-401. Citado en: *Ibíd.*, 212.

⁹ Cf. *Ibíd.*, 213.

¹⁰ *Chronicon* 1, 152. Citado en: *Ibíd.*, 213.

¹¹ *Ibíd.*

¹² Íñigo Arranz. "Pacificar y reconciliar desavenidos en la primitiva Compañía". *Manresa* 77, (2005), 147.

duda, una obra de caridad cristiana que requería de una sensibilidad desarrollada para abrir el horizonte del perdón y la misericordia de Dios en un momento límite de la existencia.

En un nivel más personal, los jesuitas intervenían para diluir enemistades entre dos personas. En una carta que escribe Antonio de Araoz a Ignacio y a Pedro Codacio en Vergara en 1540 redacta: «Yo cada día predico, y Dios nuestro Señor quiso que hiziésemos las amistades de la muger del delinquente de su hermano, que avia honze años que no hablaban: muy piadosa se ha eçho y caritativa»¹³. Esta reconciliación trasluce una conversión de la mujer en cuestión, fruto del perdón y de una experiencia de Dios que Araoz ha sabido transmitir y acompañar.

Por su parte, Juan Álvarez escribe una carta a Ignacio desde Salmantica en el año de 1549 exponiéndole: «Uno desta ciudad que avía injuriado a otro, i estavan enemistados, salió de un sermón del Padre, i fue con grande humildad, conociendo su error, i pidiendo perdón al injuriado»¹⁴. De esta manera, se comprende que el hombre experimentó también una conversión que lo condujo a pedir perdón. Conseguir la conversión de corazones que han permanecido tercos, endurecidos o rencorosos durante mucho tiempo, no es tarea sencilla. Los casos descritos reflejan una comunicación espiritual entre los jesuitas y las personas desavenidas, es decir diálogo de corazón a corazón, el cual los disponía a una actitud de apertura a la acción de Dios en su interioridad, además que podía colocarlos en un nivel de conciencia tal que pudieran comprender el error en que se hallaban y el deseo de hacer las paces para el bien propio y el del prójimo.

Sin duda alguna, el testimonio de todos estos hombres en medio de un convulso siglo XVI, tuvo una misma fuente que los unía desde su origen. Ciertamente, por una parte, se encuentra la *Formula del Instituto* que hemos mencionado, pero por otra, podemos referirnos a la vivencia originaria de los *Ejercicios*, es decir, a una fuente emanada de la experiencia de pacificación y reconciliación del mismo Ignacio.

La historia de Ignacio conocida mediante su *Autobiografía*, deja ver que su camino no estuvo exento de conflictos, persecuciones, calumnias y todo tipo de situaciones que pudieron acabar con su paz interior y vulnerar seriamente sus relaciones pacíficas.

«Su capacidad de pacificar tuvo su origen en las circunstancias humanas que le tocó vivir y en el fruto espiritual propio de quien se vive en paz con Dios. [...] Su talante de humildad amorosa ante Dios y ante los demás le permitió ganar muchas personas para la paz espiritual y social»¹⁵.

A pesar de haberse dedicado a las armas en los inicios de su vida, Ignacio se volvió un hombre de paz a raíz de su encuentro con Dios y de haber tocado fondo en situaciones límites de su vida. La conquista de su paz interior fue el fruto de su conversión en la que Cristo era su nuevo proyecto de vida, en la que tomó conciencia de su pasado pecador y pudo

¹³ *Epis. Mix.* I, n. 10, 47.

¹⁴ *Epis. Mix.* II, n. 237, 177.

¹⁵ Santi Thió. "Ignacio de la humildad a la pacificación". *Manresa* 77, (2005), 137.

experimentar el amor incondicional de Dios. La paz y reconciliación que vivió interiormente le llegó como un fruto místico del Espíritu. Para ser maestro del espíritu y trabajar por la paz, Ignacio tuvo que recorrer los caminos que lo condujeran hacia esa paz espiritual¹⁶.

La identidad de quien quiere vivir la espiritualidad ignaciana ha de gozar de esa paz para ser agente de reconciliación en este mundo. En este sentido, la identidad tiene que ver con un estado interior y con una acción. Con una experiencia fundante y con un carisma que se manifiesta. De la misma forma puede entenderse la misión, es decir, como una acción concreta, pero al mismo tiempo como un modo de vida. De manera que la misión no solamente radica en el «hacer», sino también en el «ser». Ignasi Salvat describe el término «misión» de la siguiente manera:

«Misión en su significado original significa el acto de enviar a alguien a realizar una tarea: el Padre envía al Hijo para salvar el mundo; el Hijo envía a los apóstoles, envía a Ignacio y sus compañeros. Pero en un sentido derivado, misión significa también la tarea misma para la cual uno es enviado. La misión de los apóstoles será predicar el Evangelio por todo el mundo e Ignacio y sus compañeros serán enviados por el papa para misiones concretas»¹⁷.

El envío, convierte a los cristianos en «enviados», esto implica, vivir en función de una misión, adquirir una identidad que va más allá que ser el ejecutor de una tarea, sino en ser una persona con las cualidades necesarias para llevar un mensaje, para transmitir una experiencia, para anunciar una buena nueva, para comunicar un espíritu. Ser enviado en misión implica la totalidad de la persona quien se irá configurando en dirección a esa misión. Además, desde la perspectiva de Salvat, si entendemos la misión como la tarea misma a realizar e identificamos esta tarea como la colaboración en la reconciliación de todas las cosas con Cristo, entonces la misión del cristiano consiste en reconciliar y para ello se requiere que toda nuestra persona se transforme en «reconciliadora» a manera de identidad.

Lo que hay que convertir es quiénes somos y para ello, el camino de los *Ejercicios*, que analizamos en el segundo capítulo, es un medio para conseguirlo. «La experiencia de los *Ejercicios Espirituales* transformó a Ignacio en Manresa y a sus compañeros en París, en hombres para el servicio en misión. Esta experiencia es el principio y fundamento de todas las concreciones que con los años tomará la misión»¹⁸. Los *Ejercicios* están a la base de su ministerio y misión, pues los llevó a optar por Cristo y a vivir en unión con Dios y a partir de esta vivencia realizar su misión. La experiencia de los primeros jesuitas han marcado una ruta que constituye un legado, no solamente para los jesuitas de hoy, sino para todo cristiano que quiera comprometerse en la misión de Cristo.

No hay que olvidar que la identidad se fragua en Cristo, quien se convierte en la persona a imitar y seguir. «Unidos con Cristo los enviados en su nombre serán instrumentos eficaces para la evangelización del mundo, con una eficacia que vendrá del mismo Cristo que

¹⁶ Cf. *Ibid.*, 132-133.

¹⁷ Ignasi Salvat. «Misión». En *DEI* II, 1239.

¹⁸ Ignasi Salvat. *Servir en misión universal*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2001, 159.

envía»¹⁹. La misión no se puede realizar si no es en la unión con Cristo, pues no se trata en ningún momento de comunicarnos a nosotros mismos, sino de comunicarlo a Él, de identificarnos con Él para colaborar en su misión reconciliatoria.

3.2. La transversalidad de la reconciliación en el cuerpo apostólico de la Compañía

La misión de los miembros de la Compañía de Jesús se ha ido adaptando a lo largo de la historia con base en las necesidades y situaciones de cada época. Sin embargo, es posible encontrar un núcleo duro de la misión de la Compañía en sus orígenes, es decir, en la llamada *Fórmula del Instituto*, que ha dado soporte e inspiración al quehacer de los jesuitas durante más de cuatro siglos. A pesar de los cambios y adaptaciones que ha sufrido la labor misional de Compañía, se puede vislumbrar un cimiento en el carisma originario y, evidentemente, en la misión de Cristo. No hay que perder de vista que «la lógica de la espiritualidad ignaciana no es otra que la lógica misma de la revelación: un Dios que crea y salva saliendo de sí y dándose a su creación. Dios Padre nos está reconciliando consigo a través de la cruz de Cristo»²⁰. En este sentido, la misión siempre será fruto de una profunda identificación con Cristo y del deseo genuino de trabajar por su proyecto de Reino.

Las Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús, además de ser el mecanismo de elección de los Padres generales, tienen la potestad, entre otras cosas, de inspirar, redirigir o enfocar la misión de los jesuitas. Las más recientes han ido subrayando la tarea de «pacificar a los desavenidos» presente en la *Fórmula del Instituto*. En este apartado analizaremos el proceso de evolución de la misión de reconciliar presente en los decretos de las Congregaciones (Fig. 2), que ha resultado como respuesta a la finalidad originaria de la Compañía dados los contextos que se han observado en los diferentes momentos históricos. En este recorrido se podrá observar cómo «las últimas Congregaciones Generales han pasado del imperativo ético de la justicia a la conciencia de algo previo y más amplio: la reconciliación integral. Esto no disminuye el imperativo de la justicia, sino que la hace más extensa, más profunda y más duradera»²¹.

¹⁹ *Ibíd.*, 164.

²⁰ Mauricio García Durán. “Herramientas para la reconciliación en los procesos de acompañamiento del Servicio Jesuita a Refugiados en Colombia”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?* Pontificia Universidad Javeriana – Universidad Pontificia Comillas: Bogotá – Madrid, 2022, 479.

²¹ Javier Melloni. “La reconciliación a partir de los Ejercicios ignacianos”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?*, 435.

	CG 32	CG 34	CG 35	CG 36
Fe-Justicia	Misión fe-justicia (d.4).	Nuestra misión y la justicia (d.3). Nuevas dimensiones de la justicia (d.3,5).	Desafíos para nuestra misión (d.3).	Fe-Justicia con solidaridad para reconciliar. (d.1,3).
Reconciliación	Pacificar a los desavenidos (d.4,7).	Trabajar por la Paz, reconciliación y no-violencia (d.3,5)	Reconciliar a los alejados (d.3,15). Llamados a establecer relaciones justas (d.3,18)	Compañeros en una misión de reconciliación y justicia (d.1). Misión con Cristo reconciliador (d.1,21).
Con Dios	Cristo consuma la justicia (d.4,27).		Restablecer relaciones con Dios (d.3,19-24). Dar a conocer los <i>Ej</i> (d.3,19).	Llamada a la reconciliación con Dios (d.1,22-24). Participar de la cruz de Cristo (d.1,21).
Con los hombres	Acoger lo diferente (d.4,37).		Reconciliación de unos con otros (d.3,25-30). Relaciones justas desde los pobres y marginados (d.3,25).	Llamada a la reconciliación de la humanidad (d.1,25-28). Servicio a pobres y construcción de paz (d.1,25).
Con la Creación		Protección de la integridad de la creación (d.3,9).	Reconciliación con la creación (d.3,31-36). Medio ambiente y calidad de las relaciones (d.3,32).	Llamada a la reconciliación con la creación (d.1,29-30). Sanación del mundo (d.1,25).

Fig. 2. *Transversalidad de la reconciliación en las CCGG*

3.2.1. Congregaciones Generales 32 y 33

Una de las notas características de la *CG 32* radicó en el énfasis por la misión fe-justicia, este binomio no se puede entender apartado de la tarea de reconciliar. Pues la justicia es condición y fuente de paz y reconciliación. «La misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios» (*CG 32*, d.4,2). De este modo se puede percibir que trabajar por la fe es inherente a luchar por la justicia y una de las maneras de abordar esta lucha es mediante procesos de reconciliación que conducen a la paz. El decreto cuarto apunta en esta misma dirección:

«Hoy día, la misión de la Compañía es un servicio presbiteral de la fe: tarea apostólica que pretende ayudar a los hombres a abrirse a Dios y a servir según todas las exigencias e interpelaciones del Evangelio. Pues la existencia según el Evangelio [...] es una vida en donde resplandece la perfecta justicia del Evangelio, que dispone no sólo a conocer y respetar los derechos y la dignidad de todos, especialmente de los más pequeños y débiles, sino, aún más a promoverlos eficazmente y abrirse a toda miseria, aun la del extraño o enemigo, hasta el perdón de las ofensas y la victoria sobre las enemistades por la reconciliación» (CG 32, d.4,18).

Aunque en este momento no resultaba evidente la importancia de la reconciliación en la vida apostólica de la Compañía, ya se iba comenzando a comprender su preponderancia en la concepción de la misión de los jesuitas y más aún, de los cristianos, pues es una tarea propia de quien se considera cristiano en su deseo de transmitir su fe en Cristo. «No hay, pues, promoción propiamente cristiana de la justicia integral, sin un anuncio de Jesucristo y del misterio de la reconciliación que Él lleva a consumación: es, en efecto, Cristo quien abre la vía para esta liberación total y definitiva a la que el hombre aspira» (CG 32, d.4,27).

Uno de los signos claros de la intención de la Compañía de trabajar en favor de la reconciliación fue su interés por colaborar junto con otros independientemente de sus credos, es decir, hace una apuesta por el ecumenismo como un paso hacia la reconciliación y paz a las que tienden las religiones en su núcleo. Respecto a la colaboración con otros el decreto expresa: «este ecumenismo es hoy necesario para una proclamación y una acogida del Evangelio, que tome en cuenta las diferencias culturales y el valor de las tradiciones espirituales y esperanzas de todos los grupos y de todos los pueblos» (CG 32, d.4,37).

La CG 33 tenía como cometido primordial la elección de un nuevo Padre General, en la que salió electo Peter-Hans Kolvenbach. También se buscó la profundización y la asimilación de las CCGG 31 y 32 para una mayor consolidación de sus decretos. Por tal motivo, no hubo mayores avances respecto al tema de reconciliación, únicamente una actualización respecto al trabajo por la paz. «Contemplando el mundo vemos su situación cada más hostil al progreso del Reino de Dios...» (CG 33, d.1,35). Y bajo esta agravada situación «el llamamiento evangélico a ser constructores de la paz debe hacernos cautos para no dañar nuestro trabajo por la paz, tanto por falta de prudente discreción como por abandono fatalista» (CG 33, d.1,46).

3.2.2. Congregación General 34

En la CG 34 dedicar un decreto entero, es segundo, a enfatizar la colaboración de los jesuitas en la misión de Cristo, para una mayor identificación y dirección de sus acciones. Para esto recurren a la meditación de los *Ejercicios espirituales* que propone traer la historia en la que la Trinidad contemplaba el mundo y al ver que muchos hombres se condenaban, determinan la encarnación del Hijo (Cf. *Ej* 102) «Ignacio, y todos los llamados a este servicio aprenden a ser compañeros de fatigas con Cristo en su ministerio. En los Ejercicios

espirituales contemplamos la misión de Cristo como una respuesta de la Santísima Trinidad a los pecados que afligen a la humanidad» (CG 34, d.2,4).

Posteriormente, en el tercer decreto se tiene como punto focal a la justicia pues en ese tiempo, se encuentran de relieve los temas alusivos a la promoción de la vida, la ecología, la situación de la mujer y la marginación de África. De esta manera, se abría paso a nuevas dimensiones del trabajo por la justicia que incorporara a los múltiples grupos excluidos, lo que apuntaba hacia la necesidad de trabajar por un cambio estructural, necesidad percibida años atrás en las Congregaciones anteriores.

«Las precedentes Congregaciones nos han llamado la atención sobre la necesidad de trabajar por el cambio estructural en las áreas socioeconómica y política como dimensiones importantes de la promoción de la justicia. Nos han urgido también a trabajar por la paz y la reconciliación a través de la no-violencia; a trabajar para poner fin a la discriminación por motivos de raza, religión, sexo, etnia o clase social» (CG 34, d.3,5).

Ante un contexto nada alentador en dónde la guerra, el terrorismo, la violencia y la cultura de la muerte han ganado terreno, resulta urgente sembrar una cultura de la vida, en dónde la paz, la fraternidad y la confianza en el prójimo sean posibles. Frente a una realidad en la cual las diferencias son resaltadas, es necesario responder con la conciencia de igualdad de todos los seres humanos mediante el reconocimiento de la dignidad de todos y tratando de diluir las fronteras lo más que se pueda.

Para 1995, año de esta CG 34, la problemática medioambiental se había agudizado. Los ecosistemas amenazados y el desequilibrio ecológico cada día más evidente, colocaban un rubro en la agenda que cobraba más relevancia. El uso sostenible y racional de los recursos naturales del planeta constituyen indicadores de justicia, equidad y responsabilidad para con la llamada “aldea global”.

«La explotación desaprensiva de los recursos naturales y del medio ambiente degrada la calidad de la vida, destruye culturas y hunde a los pobres en la miseria. Necesitamos promover actitudes estratégicas que creen relaciones responsables con el medio ambiente del mundo que compartimos y del que no somos más que administradores» (CG 34, d.3,9).

El desequilibrio ambiental junto con sus funestas consecuencias sociales, ocasionaron que se dirigiera la mirada hacia la dignidad de la creación y hacia la relación del hombre con ella. Emergía con fuerza la necesidad de trabajar por una reconciliación con la creación, mediante un compromiso protector y cuidador.

3.2.3. Congregación General 35

La CG 35, efectuada en 2008, tituló su tercer decreto: «Desafíos para nuestra misión hoy. Enviados a las fronteras». En su desarrollo incluye un apartado referente al

establecimiento de relaciones justas. Coloca como modelo de relaciones a Jesucristo y también subraya su papel de reconciliador de todo lo creado. De aquí se desprende la misión de reconciliar de la Compañía de Jesús.

«Jesús supera las fronteras físicas y socio-religiosas al anunciar el mensaje de amor y de compasión, porque el reinado que predica ofrece un horizonte donde todas las relaciones son reconciliadas en Dios. En la reconciliación obrada por el Crucificado y el Resucitado, nace la nueva creación cuya plenitud se cumplirá cuando todas las relaciones sean justas en Dios. Así, el don de la reconciliación con Dios pasa por la responsabilidad de establecer relaciones justas con los otros y con Dios» (CG 35, i.3,3).

Paulatinamente, la necesidad de reconciliar al mundo fue tomando protagonismo a partir de esta CG 35, de tal manera que comenzó a ser parte del vocabulario habitual y común entre los jesuitas y el entorno ignaciano. De hecho, también se hizo referencia a la historia de los inicios de la Compañía en la que los primeros jesuitas se daban a la tarea de pacificar a los desavenidos y de realizar las obras de misericordia. «Ignacio y sus primeros compañeros comprendieron la importancia de llegar a las personas situadas en las fronteras y en el centro de la sociedad, de reconciliar los que estaban alejados de cualquier modo» (CG 35, d.3,15). La CG 35 deja en claro que el jesuita no puede eludir esta tarea tan arraigada a la tradición de la Compañía y que conforma una parte medular de la construcción del Reino de Dios. Es así como se explicita: «Como siervos de la misión de Cristo estamos invitados a trabajar con Él en el restablecimiento de nuestra relación con Dios, con los demás y con la creación» (CG 35, d.3,18).

Cabe destacar que aquí, ya se le da un desarrollo más explicativo a la llamada a la reconciliación. Se presenta en una estructura dividida en tres partes: reconciliación con Dios, reconciliación con los demás y reconciliación con la creación. Este trinomio se retomará posteriormente en la CG 36. Respecto al primer camino de reconciliación encontramos que «los Ejercicios Espirituales nos invitan a una experiencia renovada y profunda de la reconciliación con Dios en Cristo. Estamos llamados a compartir con alegría y respeto la gracia de esta experiencia que hemos recibido y que alimenta nuestra esperanza» (CG 35, d.3,19). La Palabra, los sacramentos y la caridad forman parte de la estrategia reconciliatoria al ser llevados a todos los rincones del mundo.

En relación a la reconciliación con los demás se enfoca en la creación de relaciones justas, en el propósito de instaurar condiciones que conduzcan a la justicia, equidad y paz. «Nuestro compromiso de ayudar y establecer relaciones justas nos invita a mirar el mundo desde la perspectiva de los pobres y marginados, aprendiendo de ellos, actuando con ellos y a su favor» (CG 35, d.3,27). La responsabilidad social resulta tarea obligada en medio de un mundo globalizado, pero fracturado y debilitado en sus regiones más vulnerables. Incluso los apostolados intelectuales y educativos han de encaminarse hacia la procuración de esa reconciliación humana desde sus estructuras y desde sus bases.

La reconciliación con la creación adquirió mayor relevancia debido a que se ganó conciencia en que «el cuidado del medio ambiente afecta a la calidad de nuestra relación con Dios, con los otros seres humanos y con la misma creación» (CG 35, d.3,32), es decir, de que se ubica íntimamente relacionado con los caminos de reconciliación anteriores y que resulta imperioso atender esta apremiante necesidad. Respecto a esto, se puede leer lo siguiente: «Para escuchar el llamamiento a promover relaciones justas con la creación, hemos sido movidos por el clamor de los que sufren las consecuencias de la destrucción medioambiental» (CG 35, d.3,34). Esto surgió debido a la cantidad de postulados que llegaron a la CG 35 y que pedían un mayor compromiso desde las instituciones de la Compañía.

3.2.4. Congregación General 36

Finalmente, la CG 36 realza el tema de la reconciliación de manera tal, que lo coloca en el título de su primer decreto: «Compañeros en una misión de reconciliación y de justicia». La urgencia de trabajar por esta misión ha crecido, así como la necesidad de conversión del mundo tan carente de justicia y paz. La misión se estructura usando el mismo modelo de la CG 35, es decir, el de la triple reconciliación: con Dios, con los otros y con la creación. Ahora apuntando hacia un gran horizonte de destino que consiste en «reconciliar al mundo con Cristo».

La reconciliación se convirtió en la perspectiva central de la misión, es decir, un punto desde el cual se puede entender la misión de manera general. Ya no se entendería únicamente como una tarea a realizar con acciones de pacificación concretas en situaciones o territorios específicos, sino un modo de concebir la acción misionera del jesuita y, por inducción, también de todo cristiano. La justicia que resulta del servicio de la fe, no se puede entender sin la misericordia que constituye el fundamento de la reconciliación pues «justicia y misericordia se han vinculado de hecho en la praxis concreta de los hombres, y así deben respetarse y vincularse, para crecer juntas, al servicio del ser humano»²². Por ello, la reconciliación forma parte del trabajo por la justicia y no se podrá hacer verdadera justicia prescindiendo de la misericordia.

«La carta sobre la reconciliación del P. General Adolfo Nicolás y el magisterio del Papa Francisco han dado a esta visión una mayor profundidad, otorgando a la fe, a la justicia y a la solidaridad con los pobres y excluidos, la categoría de elementos centrales en nuestra misión de reconciliar» (CG 36, d.1,3).

El reconciliador de todo lo que existe es Cristo, mientras que los cristianos estamos llamados a colaborar en la misión de Cristo que ya se está realizando, aunque no sea evidente y perceptible desde las realidades terrenas y desde la mirada eficientista de nuestro tiempo. Más específicamente el documento señala:

²² Xabier Pikaza, “No hay misericordia sin justicia”. En *Teología desde las víctimas*, 122.

«En el centro de la obra de la reconciliación de Dios se encuentra la cruz de Cristo y nuestra participación en ella. Esta misión puede conducir al conflicto y a la muerte [...]. Aunque hablemos de tres formas de reconciliación, en realidad las tres son una única acción de Dios interrelacionada e inseparable» (CG 36, d.1,21).

Por su parte, la llamada a la reconciliación de la humanidad, enlista un amplio catálogo de grupos que padecen los estragos del mundo dividido, enfrentado, violentado y deshumanizado. Así, encontramos a refugiados, migrantes, desplazados internos, pueblos marginados y personas sufrientes por los enfrentamientos a causa del fundamentalismo, la intolerancia y los conflictos étnico-religioso-políticos.

«Hemos escuchado relatos sobre las escandalosas formas de sufrimiento e injusticia que padecen millones de hermanos y hermanas nuestros. Al reflexionar sobre todo ello escuchamos a Cristo que nos convoca de nuevo a realizar un servicio de justicia y paz, sirviendo a los pobres y excluidos, y ayudando a construir la paz» (CG 36, d.1,25).

La reconciliación con la creación se orienta hacia un consumo responsable y a formas de producción amigables con la naturaleza. «Los jesuitas estamos llamados a prestar ayuda en la sanación de un mundo herido promoviendo una nueva forma de producción y de consumo que coloque la creación en el centro» (CG 36, d.1,29). No hay que olvidar que la encíclica *Laudato si'*, publicada por el papa Francisco, había arrojado nuevas luces sobre el llamado a trabajar por una ecología integral como un campo de acción directo en la Iglesia. En este sentido la Compañía de Jesús no podía dejar de lado el tratamiento de una problemática que afectaba duramente el momento presente y que comprometía seriamente a las generaciones futuras.

La nueva mirada apostólica que instala como centro la misión de reconciliar exige una renovación de la vida apostólica. La comprensión de que el sentido último de la misión consiste en la reconciliación del mundo dinamiza el quehacer encarnado, al mismo tiempo que lo dota de un sentido escatológico. El deseo de justicia y de paz impulsan a dar respuesta a un llamado con base en una experiencia profunda del Resucitado que conduce a comunicar esperanza en medio de situaciones injustas o incluso, desgarradoras.

«Todos nuestros ministerios deben buscar construir puentes para promover la paz. Para lograrlo tenemos que alcanzar una comprensión más profunda del misterio del mal en el mundo y del poder transformador de la mirada misericordiosa de Dios que trabaja por hacer de la humanidad una familia reconciliada y en paz» (CG 36, d.1,31).

Todos los pueblos y toda la creación están siendo reconciliados en Dios por Cristo, aquí radica nuestra esperanza y nuestro impulso por extender la misericordia de Dios en aquellos sitios donde la violencia y la injusticia parecen minar el terreno, obstaculizando la acción divina. Es una misión que exige realizarse desde el espíritu, entregando todo lo que

somos y confiando siempre en que la obra es de Dios. En el siguiente apartado trataremos sobre los ámbitos y los niveles en que se puede realizar la tarea de reconciliar, con base en la triada planteada por las *CCGG* 35 y 36.

3.3. Ámbitos misionales para la acción reconciliatoria

Como se ha señalado, el primer decreto de la CG 36 abre una perspectiva nueva de la misión colocándola bajo el término englobante de la reconciliación. Esta decisión ciertamente conlleva sus riesgos debido a que es un término polisémico y no exento de complejidad. No obstante, su carácter escatológico le da una impronta teológica sobre la que se asienta firmemente la misión, además de dotarla de un sentido altamente trascendente. Asimismo, ofrece unas nuevas claves para comprender la misión fe-justicia, ya bastante asimilada con la CJ, pero que se enriquece y concreta bajo el paraguas de la reconciliación el cual reitera el deseo de trabajar por la justicia y por los excluidos y marginados del mundo.

«En el texto de la CG 36, el mandato de establecer relaciones justas o reconciliar viene emplazado en la renovada visión sobre la necesidad de que jesuitas y colaboradores se ubiquen en las fronteras geográficas o sociológicas. La búsqueda de la reconciliación se constituye en el “norte práctico” como respuesta a la presencia de patrones contradictorios en el mundo contemporáneo»²³.

De esta manera se marca una nueva ruta en la manera de comprender la misión y en la CJ, sin perder de vista que es un trabajo en tres niveles, es decir, en el nivel personal, social y el de la fe. Aunque estos niveles se encuentren íntimamente relacionados, las estrategias para establecer modos de reconciliación pueden ser muy distintos. «En el plano personal se traduce en el crecimiento de una armonía interior que vertebra al sujeto. En el social, en una convivencia que pasa por los derechos fundamentales. En el plano de relación con la trascendencia, se verifica en la experiencia de la alianza»²⁴. Esto implica involucrarse en el trabajo desde muy variadas trincheras de la realidad para hacer germinar las semillas de la paz y de la reconciliación mediante el espíritu de Cristo.

Cabe aclarar que, aunque nos hemos referido a la misión como referida a los miembros de la CJ por estarnos basando en los documentos de las *CCGG* que están abocados a los integrantes de la orden, no por ello la misión de reconciliar se limita al cuerpo de la CJ, sino que a partir de estos documentos oficiales y del Ejercicios espirituales se intenta mostrar que esta misión es aplicable para todos aquellos que deseen seguir a Cristo y trabajar por Él. La espiritualidad ignaciana es un regalo de Dios para toda la Iglesia y para el mundo que sigue siendo un medio para hacer presente su amor, su misericordia y su paz.

²³ Pablo Biderbost y Guillermo Boscán. “El ejercicio de la reconciliación. Un intento de diálogo entre la mirada ignaciana y los aportes de las relaciones internacionales”. *Manresa* 91, (2019), 376.

²⁴ Martínez-Gayol Fernández, 184.

No hay que olvidar que la Iglesia es reconciliadora en cuanto que ofrece los medios para ello los medios son: «El escuchar fiel y amorosamente la Palabra de Dios, la oración personal y comunitaria, y los sacramentos, verdaderos signos e instrumentos de reconciliación»²⁵. La Iglesia proclama explícita e implícitamente el mensaje de la reconciliación que se relaciona directamente con la conversión del corazón, con el sacramento de la penitencia y con el anuncio de un Dios Padre que nos hermana a toda la humanidad. Al ser la comunidad de creyentes, agrupa a todos los que creemos en Cristo y une en un cuerpo místico que integra armónicamente cada una de sus partes. Trabajar por esa armonía dentro de la Iglesia también es una parte fundamental de la identidad del cristiano. Sin embargo, el mensaje reconciliatorio va más allá de los límites de la Iglesia y se extiende para convertirse en un signo para todo el mundo.

«Trabajando por la reconciliación, no solamente participamos de la misión de Cristo, sino que ayudamos a visibilizar la credibilidad de la Iglesia y la novedad de su mensaje. Ahí encontramos lo más genuino de nuestro espíritu ignaciano»²⁶. Pues se pone de manifiesto el espíritu compasivo de Dios, su opción amorosa y su deseo de rectificar aquello que lastima nuestra humanidad. Solamente compartiendo la misión de Cristo, la Iglesia podrá ser esa comunidad que sea verdaderamente buena noticia para todos, especialmente los menos favorecidos.

Indudablemente, para colaborar en la misión de Cristo es necesario vivir de manera reconciliada, es decir, la Iglesia para ser reconciliadora, debe ser una Iglesia reconciliada, esto implica que se vaya consolidando como comunidad atenta a la llamada del Señor, siendo discípula suya para convertirse continuamente a Él y desde el espíritu del Resucitado predicar la reconciliación²⁷. Esta labor «como la evangelización se juega en el ser de quienes la realizan, puesto que solo darán testimonio aquellos que sean efectivamente testigos de lo que testimonian»²⁸. Por ello, el cristiano evangelizador necesita cotar con recursos interiores que le posibiliten ser agente de paz y unión, y no de división o de imposición.

«Para la eficacia de estos procesos de discernimiento compartidos, hay cualidades que son imprescindibles: la disponibilidad, la movilidad, la humildad, la libertad, la paciencia y la escucha activa»²⁹. Estas actitudes y capacidades favorecen en gran medida los procesos reconciliatorios al contribuir a una acogida, aceptación y respeto por el prójimo, lo cual ayuda a crear los vínculos básicos para procesos en los que se involucra las creencias y los afectos.

Más aún, la vida de oración no puede estar ausente del agente de reconciliación, una cercanía a Dios que posibilite también una cercanía a las personas de manera cálida y empática será indispensable para poder adentrarse en la intimidad de sus vidas. Por otro lado, la actitud hospitalaria para quienes han sido víctimas de cualquier tipo de violencia, se ha de

²⁵ Juan Pablo II. *Reconciliatio et paenitentia*, 8.

²⁶ Pablo Guerrero. “La misión de reconciliar”. *Manresa* 88, (2016), 66.

²⁷ Cf. *Reconciliatio et Paenitentia*, 9.

²⁸ Guerrero, 56.

²⁹ Biderbost y Boscán, 377.

hacer presente con toda claridad, así como una gran capacidad de diálogo, es decir de escucha atenta y abierta para proponer los mejores caminos hacia la pacificación de las personas.

Desde la espiritualidad ignaciana y los documentos de la CJ, esta misión cobra cada día mayor relevancia. El documento *De Statu Societatis Iesu* publicado en 2023, recuerda a los miembros de la orden que han sido «enviados a colaborar en la reconciliación de todas las cosas con Cristo». El documento subraya que «como compañeros de Jesús al servicio de su misión de reconciliar al mundo secular, pluricultural, en crisis ecológica, social y política, somos llamados a colaborar junto con muchos otros seres humanos, en la única misión del Señor, encomendada a la Iglesia»³⁰. Es un recordatorio de la identidad del jesuita que ha de ser colaborador de Cristo y de diversos compañeros que procuran el mismo fin, para ser un verdadero testimonio que evangelice con la propia vida.

Respecto a esto el Padre General Arturo Sosa escribe: «La vida-misión a la que somos llamados pone al centro a Jesucristo y su misión de reconciliar todas las cosas en él. Desde allí encuentra sentido lo que somos y lo que hacemos [...] según los dones que cada uno ha recibido junto a la gracia para emplearlos para ese fin»³¹. Esta misión está inscrita en la identidad del jesuita, pero también esta afirmación se puede abrir para entender el proceso de todo cristiano que ofrece sus dones para hacerlos fructificar con la gracia de Dios y así contribuir en la misión de Cristo.

Desde este ánimo y convicción como cimiento nos adentraremos a otra condición de posibilidad para trabajar por la reconciliación que radica en uno de los principales aportes de la espiritualidad ignaciana: el discernimiento. Mediante esta práctica nos abrimos a conocer la voluntad de Dios, mediante la inspiración del Espíritu Santo para encauzar las decisiones y acciones siempre hacia la mayor gloria de Dios.

3.3.1. El discernimiento como condición de posibilidad

La espiritualidad ignaciana nos provee de un medio que nos ayuda a dilucidar la voluntad de Dios para nuestras vidas y para las diferentes situaciones vitales: el discernimiento. En los Ejercicios está planteado a manera de discreción de espíritus y presenta una serie de reglas para distinguir la acción del Buen Espíritu y del Mal Espíritu, así como los movimientos y deseos personales que influyen en las decisiones del ejercitante. El discernimiento se puede entender a manera de un método que pretende «buscar y hallar la voluntad divina» (*Ej 1*), para lo cual es necesario considerar la relación que se tiene con Dios, los pensamientos, el movimiento de los afectos y los deseos, así como la inclinación de la voluntad. Se vale de prácticas espirituales como la oración, la meditación, la contemplación, el examen de conciencia, los movimientos interiores de consolación y desolación, entre otras, con el objetivo de conocer y elegir la voluntad de Dios³².

³⁰ Arturo Sosa. *Enviados a colaborar en la reconciliación de todas las cosas en Cristo*. Bilbao: Mensajero, 2023, 50.

³¹ *Ibid.*, 73.

³² Cf. Michael J. Buckley. “Discernimiento”. En *DEII*, 607.

Para colaborar eficazmente en la misión de reconciliar, la habilidad y el hábito del discernimiento es un elemento ineludible, pues como se ha mencionado, no se trata de entregarnos a nosotros mismos, sino de transmitir un espíritu que viene de Dios. «El sujeto ignaciano coopera mediante el discernimiento espiritual con la gracia de la reconciliación de Dios. Porque el sujeto ignaciano ha experimentado la reconciliación como *unión de ánimos* y consolación en su propia vida mediante el discernimiento espiritual»³³. Es decir, después de haber vivido un proceso en donde su afecto y sus deseos quedan vinculados fuertemente a los de Dios y experimentar un llenado de sentido, de amor y de paz, el anhelo que brota espontáneamente es el de querer compartir con otros esa vivencia para que lo puedan experimentar también. Para ello, el camino de la identificación de los movimientos interiores resulta fundamental para discernir y ayudar a otros a hacerlo.

La persona que ha realizado los *Ejercicios* habrá reconstruido su lazo con Dios y con los prójimos, es en la fuerza de ese vínculo que se tendrá la aptitud para el discernimiento y esta misma unión servirá de parámetro para comprender qué tanto nos acercamos o nos alejamos de vivir en el espíritu de reconciliación y de paz. Así como de lo atinado o desatinado que estemos transmitiendo estos valores.

«El sujeto discerniente es reconciliado-reconciliador. [...] La mistagogía de los Ejercicios Espirituales es una pedagogía del discernimiento y cuidado del vínculo con el Creador-Reconciliador, defensor del vínculo (Espíritu Paráclito), fuente de toda sanación de vínculos dañados o rotos»³⁴.

El camino que comenzó con los *Ejercicios*, se ha convertido en una fuente de motivación y también de herramientas espirituales para trabajar por la misión. En sentido antropológico, el discernimiento posibilita a la persona para identificar las huellas de Dios y sus llamadas en medio de un mundo saturado de estímulos que distraen la atención de lo fundamental hacia las banalidades del mundo. Esta práctica, que se ha de transformar en hábito mental y espiritual, es capaz de reconciliar la realidad más cruda de nuestro mundo con el sentido teológico-espiritual más elevado. Sin esta capacidad es muy probable que nos equivoquemos al momento de pretender *reconciliar a los desavenidos*.

Aún más radicalmente, «el discernimiento y la reconciliación son las dos caras de una misma moneda, la del Espíritu de Dios en Jesús liberador y sanador. El discernimiento individual y en común es el modo de ser cristiano, de descubrir y responder a la voluntad de Dios Padre como Jesús»³⁵. Y la voluntad del Padre es que «tengamos vida en abundancia» (Jn 10,10) y eso solo se logrará si tenemos relaciones justas, sanas, fraternas y amorosas. Así también solamente seremos hombres y mujeres realizados en plenitud si dirigimos nuestra

³³ Elías López. “Reconciliados-reconciliadores al discernir. Antropología de la unión de ánimos en los Ejercicios Espirituales”. En *El sujeto. Reflexiones para una antropología ignaciana*, Rufino Meana Peón (dir). 2ª. ed. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae- Universidad Pontificia Comillas, 2019, 513.

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ *Ibíd.*, 514.

vida al dinamismo del Jesús liberador, sanador y reconciliador, para lo cual el discernimiento es una herramienta eficaz para encauzarnos hacia ese fin, además que la vivencia del discernimiento espiritual constituye un signo de que Dios está reconciliando.

El discernimiento posibilita desmontar las trampas de enemigo que pueden estar desenfocando, entorpeciendo o boicoteando las acciones reconciliatorias. Pues al pretender lograr el objetivo de la justicia en las relaciones, se puede estar incurriendo en decisiones injustas o incluso violentas. Por tal motivo, «el restablecimiento de relaciones justas no se entiende de forma esencialista [...] sino que se discierne según *tiempos lugares y personas*, en expresión ignaciana, y se confirma con la consolación en esas circunstancias particulares»³⁶. No existe una receta para «aplicar» la reconciliación en todos los contextos y para todas las situaciones. Se trata de encontrar los caminos adecuados para cada caso, de tal manera que se respete a las personas involucradas, su momento vital o de sanación, sus afectos, creencias, sus decisiones y convicciones sin imponer condición alguna con el afán de restituir una relación que podría llegar a revictimizar a quienes ya eran víctimas. En el discernimiento se ha de tomar en consideración todos los elementos de las partes contrapuestas para esclarecer la viabilidad de un proceso reconciliatorio o la pertinencia de propiciarlo. La voluntad de Dios nunca puede ser pasar sobre los derechos o la dignidad de nadie, así como tampoco la de imponer imperativos morales.

Otra de las bondades que provee el discernimiento consiste en reconocer hasta qué punto y en qué momento se puede llegar a restablecer las relaciones dañadas en el caso más específico de la reconciliación entre las relaciones humanas. Dependerá de la gravedad de las ofensas, del grado de sanación de cada una de las partes (ofendido y ofensor), y de las circunstancias externas que influyen directamente en los actores del conflicto. Para ello, se puede entender el avance de la reconciliación en tres etapas:

«1º. *coexistencia* (moverse por un mismo espacio físico con suficientes garantías de no repetición de la violencia), 2º. *convivencia* (respeto de derechos humanos), y 3º. *comunidad* por medio del perdón también discernido (pedido y recibido por el ofensor y dado como gracia por el ofendido)»³⁷.

Cabe aclarar que cada uno de los tres momentos son en sí ya un triunfo de la reconciliación. Aunque ciertamente, la convivencia supera en perfección a la coexistencia y la comunión supera a la convivencia, de manera muy similar a las *tres maneras de humildad*, que consisten en tres grados de amor. «El amor abaja. El amor identifica. Abajamiento e identificación representan, pues, las caracterizaciones ignacianas de la humildad»³⁸. Para la reconciliación humana es necesario el amor que iguala más allá de las posiciones de víctimas y victimarios, sino mirando con humildad (con verdad) las semejanzas entre las partes. Esto se logrará en la medida que la persona se haya configurado con el amor.

³⁶ *Ibíd.*, 515.

³⁷ *Ibíd.*, 516.

³⁸ Josep Giménez Melià. “Revisando las ‘tres maneras de humildad’”. *Manresa* 96, (2024): 115.

Establecer un nivel de relación en la cual es posible la coexistencia, consiste en ya no tener deseos de venganza, de tal manera que se tolera la existencia de la parte opositora pues ya la ira no es quien gobierna en la relación, sino que por lo menos ha habido un proceso de respeto al derecho de existir o de vivir del otro, aunque sin tener ningún tipo de contacto el uno con el otro. La convivencia va más allá del respeto al derecho de existir, implica la coincidencia en algunos espacios físicos o geográficos y que puede existir una relación entre los actores, aunque no tenga que ser profunda. Finalmente, la comunión consiste en una máxima cristiana, es decir, implica el restablecimiento de una relación antecedida por el perdón y del deseo del bien del otro. Es importante subrayar que no siempre se llegará a este nivel en las relaciones entre ofensor y ofendido, sin embargo, los tres, constituyen ya una buena noticia. El discernimiento según *tiempos, lugares y personas*, ha de componer una clave para saber hasta donde se puede llegar en este sentido, dada la complejidad de las situaciones y de las capacidades internas de cada individuo.

El discernimiento según la espiritualidad de los *Ejercicios* posibilita mirar vías de reconciliación ante sucesos que parecían irreconciliables. La mirada de fe que penetra la profundidad del corazón humano y reconoce la divinidad que lo habita es la que capta y crea los modos para levantar al oprimido y llamar a la conciencia al opresor. Ambas partes se encuentran lastimadas de diferente manera y en diferentes proporciones, sin embargo, ambas requieren de salvación. En este sentido se puede comprender «la misión de consolar del Resucitado es la misión de reconciliar: la misión de consolidar la antropología reconciliadora, es la de poner al sujeto nuevamente en pie tras la violencia que lo derrumbó para que vuelva a caminar sobre “suelo seguro” hacia el ofensor o el ofendido»³⁹. Restablecer su dignidad para que experimente un proceso de sanación que lo convierta en un sujeto nuevo y pueda posteriormente ser un agente de reconciliación con base en la experiencia atravesada.

En todo este proceso, la gracia es el elemento determinante, que ayuda a traspasar las lógicas más extendidas de recompensa-castigo, porque «la propuesta ignaciana no trata de mantenerse en una moral que se rija siempre y nada más que por una jerarquía del mal y del bien. Recordemos que “Dios actúa inmediatamente” [*Ej 15*] en su criatura»⁴⁰. La apertura a la gracia propiciará que se pueda discernir y mirar las partes de manera diferente, pues el entendimiento penetra al corazón humano y a la realidad más cruda, tanto personal como del prójimo. «El conocimiento interno y la gracia articulan la transformación más profunda y la liberación de la libertad del yugo de los desórdenes o de las dominaciones que la esclavizan»⁴¹. La liberación de esos sentimientos, permite actuar con mayor arraigo en el Espíritu de Dios y transparentar su presencia, su gracia y su acción de la mejor manera.

El discernimiento es una pieza insustituible en la reconciliación pues nos coloca en una dimensión espiritual, desde la cual no se decide solo desde el terreno de lo práctico o desde categorías netamente académicas o metodológicas, sino que se incorpora con fuerza el

³⁹Ibíd., 517.

⁴⁰ Eduard López Hortelano. “Teología de la gracia: ejercicio espiritual de liberar la libertad”. *Manresa* 96, (2024): 174.

⁴¹ Ibíd., 175.

ámbito espiritual desde el cual se lee la realidad desde categorías divinas y el hombre pone menos trabas y resistencias a la acción de Dios.

3.3.2. Reconciliación con Dios

El primer paso en el camino hacia la reconciliación consiste en el retorno a Dios. Parte sustancial de lo tratado en el primer capítulo sobre las Sagradas Escrituras y del recorrido de los *Ejercicios* abordado en el segundo capítulo, está encaminada al restablecimiento de la relación con Dios. Si bien en cierto, la iniciativa siempre es de Él, corresponde a las personas disponerse a dejarse reconciliar por su dinamismo de perdón y misericordia.

«La reconciliación con Dios está a la base y al mismo tiempo es el culmen de todo proceso de reconciliación. Si falta la reconciliación con Dios, los otros aspectos de ésta son frágiles y se desmoronan apenas surge una nueva dificultad»⁴². Estar en paz con el Creador y mejor aún, estar unido a Él, provee de una solidez interior que sirve de soporte para los demás tipos de reconciliaciones. Consiste en tener raíces profundas en suelo firme para afrontar con valentía procesos internos que son dolorosos y que a veces se escapan a los medios conocidos para resolver conflictos. Al mismo tiempo, la adherencia al Padre-Creador es ya una meta a alcanzar pues es una máxima de la espiritualidad cristiana: la unión con Dios, y a partir de ella la consecuencia de la abundancia de gracias.

«La verdadera experiencia de reconciliación con Dios trae siempre consigo una experiencia de paz no sólo con Él sino con los demás y con todo lo creado. No obstante, esta experiencia de sentirse reconciliado con Dios no se consigue de una vez por todas. Dada nuestra condición de pecado, nos alejamos de Él una y otra vez y por eso necesitamos estar a la escucha constante de su Palabra»⁴³.

Una de las principales dificultades para llegar a esta paz con Dios radica en la prevalencia de falsas imágenes de Él en las que se anteponen ideas como la de «justiciero», «castigador», «legalista», «solucionador de problemas», «milagrero», etc. y que obstaculizan una relación basada en el amor, la libertad y la madurez responsable, así como la entrega confiada y plena a su voluntad. Solamente nos entregamos a aquel que amamos y en quien hemos puesto nuestra confianza y esperanza pues nos sabemos también amados.

Los *Ejercicios* nos revelan a un Dios que es amor, perdón, acogida, abajamiento, vida y que nos envía en misión. Esta experiencia de Dios puede instaurar una imagen suya basada en un encuentro personal con Él, dejando al margen los atributos antropológicos que se le pudieran endilgar. De esta manera se abre la posibilidad de establecer una relación más auténtica y más íntima con Dios.

⁴² Antonia Sánchez Morocho, “Una misión al servicio de la reconciliación”. *Misiones Extranjeras* 226, (2008): 587.

⁴³ *Ibíd.*, 588.

«La reconciliación implica un cambio de relaciones personales entre seres humanos o entre Dios y el hombre, pero que se abre a la totalidad de la creación, y que reemplaza un estado de enemistad/ ruptura/ alejamiento por uno de paz y comunión. En la raíz de la situación de división está el pecado, en la de la restauración el perdón. De ahí que el lugar natural de la reconciliación sea el proyecto salvífico de Dios»⁴⁴.

Resulta evidente que el proceso de perdón y reconciliación con Dios marca un antes y después en la historia de la salvación, lo cual se observa a pequeña escala en la vida de cada persona que puede salir de su situación de pecado por el amor percibido de Dios y que la conduce a desear estar siempre unida a él, por gratitud y porque en esa nueva relación ha encontrado un nuevo sentido a su vida y experimenta el gozo de ser y vivir para Dios. Esta es la concreción del papel redentor del Hijo. «Cristo nos rescata del pecado y siendo portador del don del perdón, nos pone en comunión con Dios»⁴⁵. Es decir, Cristo posibilita que el hombre se reconcilie con el Padre y comience una nueva vida en la plenitud del espíritu. Por ello, abrirnos a Cristo es aceptar la reconciliación con el Padre-Creador y, por ende, con toda su creación. Por tal motivo, la reconciliación con Dios es el punto donde convergen todas las reconciliaciones posibles, pues Él está presente en todas las personas y en todo el cosmos, así como en hilos que los conectan unos con otros. Restaurar la conexión con la fuente de amor y de reconciliación repercute en el ámbito relacional de todo cuanto existe.

El elemento principal de este dinamismo reconciliatorio es el amor. José Ignacio García nos recuerda: «Hay un principio único en la acción salvífica de Dios que es su amor gratuito que puede ser reconocido en muy distintos aspectos de realidad, pero que solo pueden ser entendidos como presencias del mismo y único amor»⁴⁶. Queda claro que, dada la gratuidad del amor de Dios que se derrama sobre sus criaturas, quien necesita restaurar el lazo es el ser humano. Dios permanece amándonos sin cortar nunca el vínculo, es el hombre quien decide ignorar, dañar o incluso romperlo. Después que haber descubierto que sin el vínculo con Dios no existe posibilidad a la vida verdadera o desde la conciencia de la malignidad de la lejanía con Él, el hombre emprende el regreso a la fuente de vida y de sentido.

El camino de regreso requiere de tres momentos: el conocimiento del propio pecado, la conciencia de la identidad de hijo de Dios y la apertura al perdón y al amor que viene de Él. «La reconciliación ignaciana comienza siempre preparando el terreno de siembra a través del conocimiento profundo de uno mismo y de su vínculo de amor con Dios, conectando la propia vida con su Principio y Fundamento»⁴⁷. Ese conocimiento profundo implica la identificación del pecado que nos conduce al aniquilamiento y por otra parte, la conciencia de la dignidad que gozamos al ser hijos de Dios, hechos a su imagen y semejanza. El

⁴⁴ Martínez-Gayol Fernández, 171.

⁴⁵ *Ibid.*, 179.

⁴⁶ José Ignacio García. “Reconciliación y justicia en la CG 36”. *Manresa* 89, (2007), 50.

⁴⁷ Javier Sánchez Villegas, María Cancelo, Itziar Errandonea, Miryam Aranzadi, Elías López. *Los seis anclajes de la reconciliación. Guía metodológica para la transformación de conflictos*. Santander: Sal Terrae, 2023, 44.

conocimiento del vínculo originario toca la propia identidad, nos da noticia de quiénes somos y a qué estamos llamados, lo cual puede reorientar el propósito de nuestra vida.

La reconciliación con Dios, nunca será una tarea completamente acabada, pues si la comprendemos como la unión con Dios, ésta siempre podrá ser más perfecta. El camino espiritual de la unión es prácticamente inacabable, pues mientras más nos adentramos a él, el espíritu nos va abriendo a nuevas posibilidades desde el amor que no conoce fronteras.

Otra manera de ilustrar la reconciliación con Dios es como «la reconexión con la fuente de vida y de amor». Cuando volvemos a contactar con esa fuente, el ser humano encuentra su verdadera identidad, fuera de las falsas imágenes estructuradas desde la lógica del pecado. A partir de esa fuente infinita de amor, es posible que el hombre pueda perdonar y sanar heridas propias y ajenas.

«En la espiritualidad cristiana esa conexión de amor está referida a Dios como fuente última para per-donar (dar en exceso) o amor infinito y sanar una ruptura del vínculo que ha sido roto por una violencia excesiva. Una muerte excesiva solo se puede sanar conectándonos con una fuente excesiva de amor»⁴⁸

Trabajar por la reconciliación requiere haber experimentado y generar experiencias de ese amor gratuito de Dios, que todo lo salva, lo llena de vida y lo dota de nueva vida. Esto se encuentra presente de manera especial en la Primera Semana de los *Ejercicios* y se extiende a lo largo de la vida corriente. Desde esta vivencia, todo lo que se pueda realizar en la línea de la reconciliación ha de surgir de la conexión con ese amor gratuito de Dios, y ha de procurar la reconexión del prójimo con ese amor. Esta acción se realiza en el ámbito de la conciencia humana y se puede dirigir tanto quienes han sido vulnerados como a los causantes de esa vulneración.

«Se trata de un proceso que no surge del esfuerzo humano por restaurar las fracturas en la relación con uno mismo, con los demás y con Dios, sino de un itinerario en que la acción del Espíritu capacita a víctimas y victimarios para una peregrinación cuyo cauce es la misericordia de Dios y que conduce al encuentro con el Padre»⁴⁹.

Reconciliar al mundo con Dios requiere que el mundo se encuentre con Dios, lo cual exige el encuentro con la propia verdad, es decir, con el mal que se ha hecho, no a manera de culpabilización, sino de asimilación de la misericordia, pues es el amor misericordioso lo que realmente restaura al ser humano. La tarea es colocarse en ese nivel de verdad, es decir, con actitud humilde de reconocer la propia verdad y la verdad incomprensible de Dios ante la cual el hombre se siente indigno y desarmado.

⁴⁸ Servicio Jesuita a Refugiados Colombia. *Herramientas para la reconciliación*. Bogotá: Jesuitas Colombia, 2017, 27.

⁴⁹ Martínez-Gayol Fernández, 183.

La relación se restaura desde la verdad, «la verdad os hará libres» (Jn 8, 32). «La reconciliación o está basada en la verdad o es una farsa que solo puede producir mayores conflictos»⁵⁰. La relación con Dios ha de fraguarse con libertad, desde el deseo, desde la alegría del amor, lejos de una relación de sujeción, confrontamiento o condenación. Cuando el hombre ve en Dios su *Principio y Fundamento*, es decir, su origen, su identidad, la razón de su existencia a manera de causa y finalidad, entonces puede emprender un proceso de rehabilitación en el amor y para el amor. Puede regresar a la casa del Padre a la manera del hijo pródigo quien, sin comprender todavía los alcances de sus actos ni los de la generosidad de su padre, decide volver y se encuentra rebasado por el amor y la bondad.

La rehabilitación tiene dos dimensiones o fases consecutivas según Pedro Trigo «La primera le adviene al sujeto cuando se le ha proclamado el evangelio: Dios quiere establecer con él una alianza incondicional [...] él quiere entrar en la vida de cada uno, entregándose hasta el punto de ser el Dios nuestro»⁵¹. Cabe subrayar que el dinamismo de Dios es de entrega, no de petición de cuentas o de reclamación de derechos, pues, aunque es nuestro Creador no se apropia de nuestra libertad, ni atropella nuestra voluntad de creaturas. Quien se abre a la reconciliación con Dios, aunque atraviere momentos difíciles durante el proceso, siempre estará en la presencia de Dios. No es un camino que se emprende desamparadamente sino bajo la luz y protección divina.

«La segunda dimensión adviene cuando la alegría de tanto bien recibido lleva al deseo, cada vez más hondamente sentido, de corresponder, de entregarse hasta ser uno de Dios como Dios es de uno»⁵². Es a partir de esta unión cuando la persona reconciliada se dispone a la misión, se motiva a derramar el amor que ha recibido y a proclamar aquello que Dios ha hecho por ella. Pues «la reconciliación con Dios es una oportunidad renovada para profundizar en nuestra espiritualidad y comprometernos en el anuncio de la alegría del Evangelio»⁵³.

Así como la misión de reconciliar requiere estar reconciliados, también se puede formular al modo inverso, es decir, estar reconciliados con Dios implica ser reconciliador, es decir, estar unidos a Dios nos conduce a colaborar en su misión de reconciliar. Y esta misión se traduce y sintetiza en mostrar a los desavenidos, ya sean víctimas o victimarios, el inmenso amor de Dios que los espera y que los llama a restaurar la relación de amistad. Resulta necesario crear experiencias de contacto con la fuente de vida y procesos de confrontación con la verdad. Esto permitirá que existan las condiciones necesarias para una reconexión con Dios y puedan adentrarse al conocimiento de Él y de ellos mismo. A partir de esta claridad, de esta mirada de lo profundo, será posible acompañar los pasos con los del Creador.

⁵⁰ Sánchez Morocho, 583.

⁵¹ Pedro Trigo. *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*. Miami: Convivium Press, 2008, 128.

⁵² *Ibíd.*, 129.

⁵³ García, 50.

3.3.3. Reconciliación de la humanidad

La misión de reconciliar a la humanidad conduce a los cristianos al encuentro con las realidades de dolor, a las situaciones donde Dios se esconde. La violencia se puede encontrar en distintos niveles: a nivel personal, a nivel comunitario (un grupo de personas), a nivel social y a nivel internacional (guerras). No obstante, las causas que generan la violencia radican en el corazón humano, el cual es susceptible de conversión.

Los cristianos han de colaborar en la misión de reconciliar todas las cosas con Cristo en cualquiera de los niveles que sea posible, de acuerdo a la ubicación social o el medio desde el cual se sirva. En lo tocante a la CJ, el documento *De Statu Societatis Iesu* expresa: «La Compañía concibe su acción apostólica como “ayudar a las almas”, es decir, atender todas las necesidades del ser humano y de las sociedades, colaborando con otros en la misión de reconciliación del Señor»⁵⁴. La espiritualidad ignaciana impulsa a actuar en favor de los otros a manera de respuesta espiritual y con mayor fuerza en medio de situaciones de injusticia y de dolor causado por la misma injusticia. Ante este tipo de circunstancias se ha de discernir el tipo de ayuda que se puede brindar, tomando en cuenta las necesidades humanas a partir de la realización de una lectura antropológica y teológica-espiritual.

La misión de reconciliar se enmarca en una dimensión que difícilmente se puede quedar en el ámbito de lo legal, lo ético, lo moral o lo psicológico, sino que asienta en el terreno espiritual. Para este tipo de procesos se requiere contactar con la dimensión espiritual de las personas para una mayor efectividad, profundidad y trascendencia de los mismos.

La reconciliación entre dos partes enemistadas requiere una disposición para acoger a la otra parte en mayor o menor medida. Para ello, los involucrados han de contactar interiormente con aquello que los trasciende, para moverse en un nivel de profundidad, más allá de las ideas, las acciones o los sucesos que han causado la enemistad.

«Cuando se da una conexión de reconocimiento a nivel de conciencia entre mi yo más profundo en el centro del ser, mi esencia y lo que me trasciende, lo distinto, lo otro, o el otro por excelencia que sería el enemigo que amenaza mi yo, entonces se abre el espacio de la libertad; entonces se da la experiencia espiritual»⁵⁵.

Esta conexión, primero con lo profundo de uno mismo y posteriormente con la parte confrontada, busca la dignificación de ambas partes y reconducirlas hacia estados de vida más plena. Trabajar para que estas reconexiones sean posibles es una labor radicalmente espiritual pues el enlace ocurre a nivel de espíritu. Además, las acciones se han de realizar impregnados de la voluntad del Espíritu. Al respecto, Elías López señala: «La reconciliación

⁵⁴ Sosa, 52.

⁵⁵ SJR Colombia, 27.

es un trabajo espiritual en el sentido que hace lo que el Espíritu hace: defensa, cabildeo, lobby y *advocacy* del vínculo de víctimas y victimarios»⁵⁶.

Nunca se ha de trabajar en pro de la reconciliación de manera protagónica, impulsiva, y mucho menos de forma impositiva, pues en muchas ocasiones se puede causar más daño sobre el que ya existe, esto es, revictimizar a las víctimas. No desde la soberbia de pensar que ya se conoce el método o la fórmula para solucionar los conflictos o restablecer las relaciones rotas, pues la realidad misma sobrepasa cualquier receta con pretensiones esencialistas.

La reconciliación es una oportunidad que se ofrece libremente y será decisión de las partes afectadas (ambas o una de ellas), llevar a cabo el proceso o no hacerlo. Nuevamente emerge la importancia de discernir según tiempos, lugares y personas, para dilucidar aquello que el Espíritu quiere en cada momento de realidad. Esta misión espiritual se ha realizar desde la humildad, la empatía, el discernimiento y desde una profunda conexión con Dios pues es su Espíritu quien podrá llevar a efecto la reconciliación de las partes.

«Una persona capacitada para la reconciliación es aquella que ha sido desarmada por la humildad, desarmada de la violencia que genera el apego a las cosas, la búsqueda del aplauso y la soberbia autosuficiente, las cuales rompen relaciones y nos separan de la Fuente de Vida»⁵⁷.

En todos los casos, la dinámica reconciliatoria ha de brotar del deseo de por lo menos una de las partes, por lo general de los que han sido víctimas. Este deseo aparece principalmente por las ansias de extinguir un dolor, sanar una herida o por hacer conciencia de no querer vivir en el rencor o en la replicación de esquemas de violencia. «Para que se dé la reconciliación, la persona tiene que buscar y/o aceptar libremente entrar en un proceso que requiere un deseo grande de vivir en armonía consigo mismos y con los demás, sin condicionamientos, o sea, hacerlo con libertad»⁵⁸. Pues el proceso requiere de mucha disponibilidad y de valentía para atravesar las etapas más difíciles.

Dentro de un proceso de reconciliación existen elementos claves que han de tomarse muy en cuenta. En primer lugar, es necesario identificar claramente los actores que intervienen en el conflicto; en segundo término, describir cuál es o ha sido el conflicto que ha generado la avenencia y en tercer lugar, explicitar cuáles han sido las consecuencias de esos hechos así como el estado actual de los actores. La claridad y realismo de las circunstancias es una gran ayuda para ir esclareciendo las verdades que están presentes en las relaciones fragmentadas.

No se pretende en este trabajo desarrollar una metodología para la reconciliación, pero sí manifestar las claves teológico-espirituales que envuelven esta labor y que dotan de

⁵⁶ Elías López, “La espiritualidad de la reconciliación en el JRS”. *Review of Ignatian Spirituality* 42, (2011), 36.

⁵⁷ Sánchez Villegas, et al., 80.

⁵⁸ Sánchez Morocho, 584.

dirección y sentido esta misión de colaboración con Cristo. De igual manera, resulta ineludible mencionar algunos aspectos antropológicos que ayudan a mantener direccionado el sentido espiritual de labor reconciliatoria.

En este sentido, cabe posicionar la atención en el nudo del conflicto, que es uno de los componentes principales a vencer. La violencia, aunque es realizada por seres humanos, es resultado una situación de injusticia sufrida o de una falta de conciencia. Por tal motivo, toda persona puede ser salvada, removida de su posición de víctima o victimaria, desde la mirada misericordiosa de Dios que decide hacer redención del género humano. «La reconciliación entre dos grupos humanos no sucede por medio de la eliminación de los enemigos o de uno de ellos, sino por medio de la muerte de la “enemistad”. No se realiza por la supresión de los actores del conflicto, sino por la desaparición del conflicto»⁵⁹. Esto aplica aún en los casos en donde el conflicto radica en un rasgo de identidad de una de las partes, pues muchas de esas identidades responden a falsas imágenes que nada tienen que ver con la identidad más radical y verdadera, con la autenticidad más profunda y absoluta de nuestro ser, habitada y animada por el Dios de la vida y el amor.

«Cristo por medio de su muerte no solo destruye la causa de su enemistad -la ley-, sino que crea una nueva humanidad, es decir, crea una nueva situación en la cual las causas anteriores de la división no subsisten más como factores de separación»⁶⁰. En este sentido, lo que hay que deshacer es el nudo del conflicto que ocasiona la enemistad, para que los actores se liberen lo mejor posible de los daños y opresiones que generan esas ataduras y comiencen a entender su vida desde una nueva perspectiva con posibilidades de relaciones sanas y fraternas.

La espiritualidad ignaciana y los *Ejercicios* que forman parte de ella, proveen de un camino que conduce a la atención a los movimientos interiores, a la realidad circundante y a la Palabra y voluntad de Dios. Una triple atención que es necesaria dentro de un itinerario reconciliatorio que, como hemos señalado, requiere conciencia, verdad, libertad y conexión espiritual.

«La teoría de transformación de conflictos en sintonía con la dinámica interna de los EE, leídos en clave de reconciliación, se transforman en un camino inigualable de restablecimiento de relaciones justas, un proceso de búsqueda y construcción de justicia, desde los niveles más profundos del ser humano»⁶¹.

Los *Ejercicios* nos reconectan con la fuente de vida desde el Principio y Fundamento, nos ponen frente a nuestra verdad de pecado y violencia, nos colocan en camino de la humildad, del abajamiento, del perdón a los agresores, nos adentran en el misterio del exceso

⁵⁹ Juan Manuel Granados. “La misión del creyente en los procesos de reconciliación social: los aportes de la teología de Pablo”. *Medellín. Teología y pastoral para América Latina* 129, (2007), 79.

⁶⁰ *Ibid.*, 81.

⁶¹ Mauricio Burbano y Anamary Mazorra. “La reconciliación ignaciana desde la Escuela de Ciudadanía del Servicio Jesuita a Refugiados de Ecuador”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?*, 109.

de amor que desborda cualquier acto o estructura de pecado. Desde estas claves de los *Ejercicios*, se pueden contribuir claramente en los procesos de reconciliación. No se trata de darles los *Ejercicios* a los actores de conflicto, sino acercar a ellos estas máximas para que se detone en ellos una experiencia espiritual y trascendente. Esto se favorece debido a que cuando una persona tiene una herida que le causa dolor y sufrimiento, esa herida constituye un terreno fértil para la acción sanadora de Dios. Sin embargo, no por ello resulta una tarea sencilla acompañar estos procesos, que, por dolorosos, hacen surgir grandes resistencias. En palabras de Burbano y Mazorra, la espiritualidad ignaciana aporta en este proceso:

«Ir a la fuente, encontrar la capacidad de dejarse perdonar, para así elegir el camino de Jesús que nos lleva a la tercera vía de humildad, que nos abre la posibilidad de descubrir la fuente de vida, co-perdonando, que nos lleva a la misión de consolar, retejiendo la comunidad en sus vínculos profundos»⁶².

Va quedando claro que la reconciliación para el cristiano es un don y una tarea. Pues, así como es un receptor pasivo de la reconciliación que Él realiza y que va conduciendo a su plenitud, también es un emisor activo que ha de colaborar con Cristo en esta transformación y unificación del corazón de la humanidad y la creación entera. Evidentemente, la tarea se realiza desde el anclaje fundamental al espíritu sanador y salvífico de Cristo, esta es la fuente de toda acción reconciliatoria, pero la multiplicidad de tareas concretas a realizar en pro de esta tarea resulta interminable. Tomaremos a manera de ilustración algunos ejemplos que plantea Elías López:

«La reconciliación transforma los conflictos por medio de: la sanación del trauma posguerra, la recuperación de la memoria, el desmantelamiento de muros mentales y sentimentales, el aprendizaje de la comunicación empática, el comportamiento colaborativo [...], la construcción de nuevas identidades abiertas y mestizas [...], la construcción de un sentido de comunidad, la invitación al perdón, que implica trabajar por los cambios estructurales yendo a las causas de la injusticia y la violencia»⁶³.

La complejidad de la reconciliación es evidente. Los ámbitos humanos y sociales con los que se relaciona son múltiples y diversos. Sin embargo, en el terreno de la espiritualidad existen elementos que se hallan íntimamente relacionados con ella. A continuación, se presentarán tres conceptos sumamente importantes para la reconciliación debido a la fuerza que ejercen durante el proceso, así como por su relevancia a nivel humano y teológico. Esos conceptos son: justicia, perdón y comunidad.

⁶² *Ibid.*, 110.

⁶³ Elías López. “La espiritualidad de la reconciliación en el JRS”, 3.

a. *Perdón*

El significado del perdón, partiendo de su etimología significa tiene una base de generosidad y gratuidad, un dar en exceso. «El término perdón une a “don” el prefijo “per” para indicar un refuerzo del don, es decir, un súper-don»⁶⁴. Quien perdona esta donándose voluntariamente, está entregando una actitud y un deseo hacia el otro que trasciende los acontecimientos del pasado.

También se puede definir como «remisión de una culpa en vista de la fragilidad de quien la comete y por un sobrenatural amor a Dios»⁶⁵. Esto ya trasluce una compasión como resultado de la conciencia del estado del agresor y un vínculo amoroso con Dios. El perdón es un fruto completamente espiritual, que traspasa el ámbito ético o moral, pues el perdón, en muchos casos, es un acto incomprensible, que vence los parámetros con los que se miden las relaciones mercantiles del mundo moderno. El perdón nos introduce al terreno del espíritu, cuyas leyes y principios superan cualquier intento humano de implantar justicia.

«El poder de perdonar en la cultura judía era divino; nosotros cooperamos, co-perdonamos, con la gracia de Dios, con el poder de perdonar, de dar en exceso. Porque solo Dios es la fuente de amor excesivo en una situación de violencia, sólo él puede sanar una herida de violencia excesiva»⁶⁶.

Un rasgo fundamental del perdón es su carácter gratuito, nunca se puede forzar bajo ningún argumento. «El perdón es una decisión personal de quien ha sido vulnerado de renunciar a someter al victimario a actos violentos que le causen un sufrimiento igual o semejante al que él sometió a la víctima»⁶⁷. Nace de la conciencia y el deseo de romper el círculo de la violencia que solo genera más violencia, muerte y sufrimiento. La persona que perdona tiene una búsqueda interior, consciente o inconsciente, de vivir en paz y armonía consigo misma y con su entorno, este deseo la capacita para perdonar, pues ha adquirido la conciencia de que no le hace bien instalarse en una posición de víctima, sino que está llamada a ser mucho más que eso.

La fuerza del perdón tiene la posibilidad de transformar las relaciones, es decir, de reconciliar. No contrapone la justicia, sino que la perfecciona, la eleva a categorías y criterios divinos pues se basan en el rescate del pecador, la conversión, la salvación, la gracia y el amor sobreabundante. «El que perdona ofrece un plus que va más allá del sentido común de la justicia, colocándose en la dimensión de una justicia superior capaz de generar relaciones nuevas y más verdaderas»⁶⁸. He aquí su poder de conversión, esta fue la experiencia de Ignacio y el proceso que se plasma en la Primera Semana de los *Ejercicios*.

⁶⁴ Gianni Ambrosio. “Perdón”. En *DEC*, 784.

⁶⁵ C. Gennaro. “Perdón”. En *DE*, 146.

⁶⁶ Sánchez Villegas, et al., 142.

⁶⁷ SJR Colombia, 33.

⁶⁸ Ambrosio, 784.

«No es la conversión la que produce el perdón, sino el perdón lo que genera la conversión. Un perdón que puede suponer la renuncia al legítimo derecho de estar ofendidos, en vista del restablecimiento de la confianza»⁶⁹. Ciertamente, permanecer en el papel del ofendido o de la víctima puede significar un reclamo o protesta cuando no se ha impartido justicia o cuando los derechos se siguen vulnerando. Sin embargo, después que la justicia ha tenido lugar, o se cuente con herramientas suficientes, es importante que la parte ofendida se desplace de la posición de víctima para que tenga posibilidades de crecimiento y de realización en el sentido de la plenitud a la Dios nos invita.

En muchas ocasiones la justicia no se llega a concretar. No obstante, la persona agraviada puede optar gratuitamente y desde la acogida de la gracia que Dios vierte sobre ella, por perdonar, por liberarse de rencores y odios que pueden estar aprisionando sus pensamientos, sus afectos y su voluntad.

«[El perdón es un] acto de gratuidad en el que libremente y por amor, la persona agraviada decide, por un lado, libera al ofensor del peso de la culpa. [...] y por otro, renunciar a cualquier manifestación de venganza y rencor. Ante la dinámica destructiva que engendra el mal, solo el perdón establece un orden nuevo y ofrece vida»⁷⁰.

Un momento importante en el proceso de la persona que decide perdonar lo conforma la toma de conciencia de que todos somos victimarios en potencia, es decir, todos tenemos la posibilidad de hacer el mal, dependiendo de las circunstancias, de los contextos o de la propia debilidad o distracción, todos somos capaces de incurrir en faltas y agravios contra el prójimo⁷¹. Desde esa conciencia de fragilidad es posible comprender y empatizar con la fragilidad del victimario, sin que esto signifique la justificación de las acciones dañinas por ningún motivo.

Hasta aquí nos hemos enfocado en las personas que han sido víctimas, pero el alcance del perdón llega a los victimarios. «El perdón no solo libera a la víctima del odio, la venganza y las tensiones destructivas. Cuando la víctima da el perdón, en el victimario se producen un conjunto de efectos emocionales y sociales liberadores»⁷². Sentirse perdonado, acogido, integrado y amado es un principio de conversión.

El papel de victimario también puede resultar ser profundamente doloroso y desesperante, lo cual puede llevarlo a permanecer en esa condición por desconocimiento, miedo, culpa, etc., o puede, con la gracia de Dios, desear salir de esa posición desintegradora. La misión de reconciliar tiene un papel medular en el trabajo con los victimarios, quienes necesitan urgentemente de ser integrados por el bien de ellos y de quienes los rodean.

«Pedir perdón denota por sí mismo un reconocimiento humilde del daño cometido. Y el otorgar el perdón revela magnanimidad y anchura del espíritu. [...] el perdón libera el

⁶⁹ Martínez-Gayol Fernández, 173.

⁷⁰ *Ibíd.*, 190.

⁷¹ Cf. Gennaro, 146.

⁷² SJR Colombia, 34.

corazón humano y nos hace semejantes a nuestro Padre misericordioso»⁷³. El perdón es una cualidad de Dios, en el sentido de que Dios es donación amorosa constante, libre y gratuita. Nos perdona sin condiciones, no porque lo merezcamos, sino simplemente por su bondad y misericordia. A este tipo de acto divino estamos llamados los seres humanos. En la vivencia del perdón participamos del amor y la misericordia de Dios, nos unimos a su acción.

Por el lado del victimario, cuando pide perdón, también está contactando con su humanidad, con su fragilidad y limitación. En el reconocimiento de sus faltas y de las consecuencias de las mismas, está siendo consciente de la alteridad, de que hay un «otro» cuya condición le afecta y de que existe un orden que está más allá de sus criterios, deseos, ideas o sentimientos.

El proceso de perdón y reconciliación pasa por cambio en las narrativas tanto de las víctimas como de los victimarios. El peso de las narrativas de los sucesos violentos o de las situaciones de enemistad es crucial. Un cambio en la manera de definir, entender, explicar y orientar un acontecimiento tiene la fuerza para redireccionar el rumbo de la historia. Los relatos del pasado suelen poner los cimientos sobre los cuales se construye el futuro. Además, a nivel personal, una narrativa en línea de fe, esperanza, aprendizaje y unión, puede reposicionar a los actores mediante el cambio de su papel y de los atributos de su identidad⁷⁴.

Finalmente, cabe enfatizar el anuncio del perdón que hace Jesús a sus seguidores de «perdonar hasta setenta veces siete» (Mt 18, 22), es decir, perdonar siempre, las veces que sean necesarias, pues cuando el corazón está convertido al amor, el perdón puede darse de manera natural como resultado de ese amor. Con todo, Jesús desborda las lógicas retributivas al plantear la invitación de amar a los enemigos (Mt 5, 43-48). «El perdón a los enemigos es la cumbre de la moral evangélica, porque al ser el amor más gratuito y desinteresado, es el que más nos identifica con un Dios que es amor. Al proclamarlo y exigirlo de sus seguidores, Jesús supera la ley del talión»⁷⁵. La justicia netamente retributiva queda rebasada por la máxima del perdón y el amor que pregona Jesús. También podemos decir que Jesús «cae en la cuenta de que este perdón es necesario para corresponder al Dios misericordioso y asegurar la convivencia pacífica en la comunidad de sus seguidores»⁷⁶. Responder al mal mediante la realización de otro mal, no es el camino que propone el Señor. La paz se construye mediante el perdón, respondiendo al mal mediante el bien del perdón.

«Misericordia y perdón son el único camino para acabar definitivamente con el cáncer de pecado y de violencia en la sociedad humana. No hay otro camino. La sangre de Cristo limpia nuestro veneno interior que nos exige responder al pecado con otro pecado. En Cristo se rompe el círculo vicioso de una vida para la muerte y se abre la posibilidad de un nuevo comienzo»⁷⁷.

⁷³ Juan María Uriarte. *La reconciliación*. Sal Terrae: Santander, 2013, 43.

⁷⁴ Cf. SJR Colombia, 56-59.

⁷⁵ Uriarte, 60.

⁷⁶ *Ibíd.*, 61.

⁷⁷ *Ibíd.*, 56.

b. Justicia

Los términos «reconciliación» y «justicia» se encuentran estrechamente relacionados de manera directa. A pesar de la complejidad de ambos conceptos, el lazo que los une es de mutua ampliación pues una resignifica a la otra. Para ello, la justicia ha de ser entendida en su significado más amplio y la reconciliación atendiendo a su proceso.

La concepción más difundida sobre la justicia se basa en la perspectiva grecorromana, que se encuentra referida hacia la conformidad y aplicación de la ley. «Es justo quien que se atribuye solo aquello a lo que tiene derecho, sin ceder a egoísmos o engaños»⁷⁸. De donde se depende una primera distinción: «la justicia distributiva da a cada uno lo que le corresponde, la justicia vindicativa obliga a reparar los daños y castiga las injusticias»⁷⁹. Ambas se basan en el cumplimiento de la ley, pues ésta rige el modo de relacionarse y el comportamiento humano en todos sus escenarios.

El informe *Sanar un mundo herido*, del Secretariado para la justicia social y la ecología de la CJ presenta una manera diferente de clasificar la justicia:

«La palabra justicia incluye las tres dimensiones: la conmutativa, que exige que las relaciones recíprocas entre individuos o entre grupos privados se establezcan sobre la base de la igualdad; la retributiva, que exige compensación por las injusticias cometidas; y por último la restaurativa»⁸⁰.

Aquí se incorpora una nueva concepción de justicia que es la restaurativa, es decir, se da un avance que incluye a la ley pero que la supera. Restaurar al ser humano es un modo de entender la justicia desde los valores cristianos que no anula el papel de la ley, sino que lo revaloriza y le da un sentido trascendente y espiritual. La justicia restaurativa nos acerca a la justicia divina que se comprende desde la alianza, la misericordia, más allá de la lógica del derecho y del castigo, pues la justicia divina es salvífica⁸¹.

El modo de entender la justicia desde Jesús se refiere a obedecer primordialmente a la ley de la misericordia, del servicio a los necesitados y levantamiento de quienes han caído.

«Tanto como justicia (*dikaioisyne*), *krisis* significa juicio, en el sentido bíblico de *mishpat*, hacer justicia y ayudar a los necesitados, para lograr así un orden básico de igualdad (de salvación) ente los hombres. Todo el proyecto mesiánico de Jesús se ha dirigido a lograr ese juicio de Dios. [...] El juicio de Dios se expresa en forma de misericordia que los hombres reciben de Dios y practican (ofrecen a los otros)»⁸².

⁷⁸ Gianni Colzanni. “Justicia”. En *DEC*, 556.

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ Secretariado de la Compañía de Jesús para la justicia social y la ecología. “Sanar un mundo herido”. *Promotio Iustitiae* 106, (2011), 37.

⁸¹ Cf. Colzanni, 556.

⁸² Pikaza, 132.

Esto queda evidenciado en el pasaje de la mujer adúltera (Jn 8, 1-11), y en las obras de misericordia (Mt 25, 35-36). La aplicación de la ley, prescindiendo de la misericordia, sería utilizarla para generar culpables y estaría direccionada hacia la condena y la muerte. La ley, para que sea justa, ha de estar al servicio de los seres humanos de tal manera que conduzca hacia la vida verdadera y plena.

La centralidad de la misericordia en la ley se observa desde el AT, en donde Dios opta por dar nuevas oportunidades a su pueblo a pesar de que había caído en infidelidades. «Según la ley, Dios debía haber destruido al pueblo, pero su misericordia es mayor que la ley, y así no sólo perdona, sino que ofrece un principio más alto de vida que se funda en la misericordia»⁸³.

La justicia al pretender poner orden necesita incorporar la compasión, la misericordia y la ayuda al necesitado de esta manera se fundará en un principio más elevado que el mero cumplimiento a un imperativo externo. La justicia activa su potencial misericordioso cuando reconoce a cada persona como tal, aprecia el valor que tiene, respeta su dignidad de hija de Dios y procura que goce de los medios necesarios para su dignificación, sanación y crecimiento en todas sus dimensiones. De esta manera la justicia estará apuntando hacia un orden que genera condiciones de vida. Para ello es importante mirar de modo especial a cada persona, no como un elemento que se pierde dentro de las masas, o como un individuo que puede ser reemplazado fácilmente por otro, sino desde la mirada de Dios que nos considera únicos e irrepetibles. «La medida de la justicia no es una normativa ni el cumplimiento externo, sino el rostro del hermano que cuestiona el modo de vivir y de poseer. De ahí que [...] la reconciliación coincida con el restablecimiento de la justicia entendida desde la analogía del rostro»⁸⁴. Esto creará la sensibilidad necesaria para actuar desde una justicia que busque la recuperación del prójimo, a pesar del mal que haya cometido.

La justicia restaurativa es la más cercana a la justicia de Jesús, sin embargo, no se ha de pensar que este tipo de justicia cancela o excluye la justicia retributiva. Por el contrario, la considera parte del mismo proceso de restauración. Juan María Uriarte escribe: «Si la reconciliación sin justicia es esencialmente incompleta e incluso sospechosa, la justicia sin la reconciliación es inhumana»⁸⁵. Es decir, la reconciliación no significa por ningún motivo impunidad, esto solo generaría más daño a todas las partes, sino que forma parte de los elementos que integran la reconciliación. Si la justicia se ausenta, la reconciliación no estaría completa y generaría dudas sobre su autenticidad.

Cabe aclarar que no siempre se ejerce la justicia, sin embargo, esto no necesariamente impide que las víctimas puedan experimentar un proceso de reconciliación interna, por el deseo y la necesidad de iniciar una nueva vida. Aunque no se puede hablar de una reconciliación completa, por lo menos puede resultar suficientemente sanadora.

⁸³ *Ibíd.*, 125.

⁸⁴ Martínez-Gayol Fernández, 172.

⁸⁵ Uriarte, 40.

La misión de reconciliar, a nivel de acción, puede incidir grandemente en el establecimiento de la justicia restaurativa, la cual «pone más intensidad en el resarcimiento del mal padecido que en el castigo al agresor»⁸⁶. Hacer justicia, en este sentido, significa dirigir hacia los actores de un conflicto las obras de misericordia, trabajar por las condiciones de dignidad de las víctimas, apostar por la conversión de los victimarios, procurar la paz y la sanación de las heridas y los deseos destructivos. Es importante, en la medida que las condiciones lo permitan, no dejar por fuera el trabajo con los victimarios, pues en ello radica una parte sustancial de la reconciliación de todos con Cristo. «La justicia restaurativa en gran medida, la expresión política del amor al enemigo que es buena noticia de Jesús»⁸⁷.

«La reparación no mira sólo a la sustracción del mal causado, sino también a la aportación de una positividad que permita la recreación de lo dañado»⁸⁸. Se trata de crear nuevas realidades de paz con base en la transformación de las relaciones humanas. Cuando se lleva a cabo la justicia hacia cada una de las partes del conflicto, esto ya constituye una parte de la sanción y de la reconciliación, es decir, la justicia es un anuncio de que la realidad y el futuro puede ser mejor para todos.

«El mensaje que le llega a la víctima cuando se hace justicia tras la agresión cometida es: “tú eres importante, tú sufrimiento es importante, lo que pasó no debería haber pasado, no fue justo ni merecido”, y la asimilación serena de este mensaje hace posible el camino hacia la reconciliación»⁸⁹.

Hacer justicia con las víctimas implica mirar sus heridas, reconocer su situación de injusticia, proporcionarles condiciones para que recuperen su seguridad y cultivar en ellos actitudes constructivas respecto a los victimarios (sin forzar) y hacia sí mismos. Respecto a la relación de la víctima con el victimario ha de darse, en la medida de lo posible, una reparación. «La reparación implica tres cosas: que el agresor admite responsabilidad, expresa un deseo de mejorar la relación con el otro y explicita que el daño no se repetirá en el futuro»⁹⁰. Esto ayuda a que las víctimas puedan reducir o eliminar actitudes de rabia, impotencia, indefensión o inferioridad.

Además, «el proceso reconciliador pretende conducir al agresor a ser autocrítico con su propio comportamiento. Procura despertar en él la empatía que le facilite situarse dentro de la piel de las víctimas. Establece medidas para su integración a la comunidad a la que pertenece»⁹¹. En algunos casos puede resultar favorable el encuentro entre las partes del conflicto, con ayuda de mediadores. Esto redundaría en beneficio para todos los implicados directa o indirectamente, además de que constituye un signo de que el ser humano puede

⁸⁶ *Ibíd.*, 31.

⁸⁷ Elías López. “La espiritualidad de la reconciliación en JRS”, 4.

⁸⁸ Martínez-Gayol Fernández, 192.

⁸⁹ María Prieto, Ángela Ordoñez, Pilar Úcar, José García de Castro. *Ruanda se reconcilia. Historias de paz y perdón*. Bilbao: Mensajero, 2019, 25.

⁹⁰ *Ibíd.*, 27.

⁹¹ Uriarte, 32.

llegar a trascender las diferencias, los dolores o los intereses, en busca de un bien común y mayor que es la paz y armonía para todos.

La reconciliación y la implementación de justicia no es un proceso cerrado y exclusivo de las víctimas y victimarios, existen muchos afectados indirectamente pero que tienen un papel crucial en el proceso, tal es el caso de las familias, los amigos, la comunidad, etc. por otra parte, se encuentran los agentes de impartición de justicia retributiva, también están los mediadores y quienes intentan hacer justicia restaurativa y trabajan explícitamente por la reconciliación. Todas estas personas inciden en que la reconciliación pueda darse o se obstaculice.

Desde la perspectiva espiritual y misional, los cristianos hemos de plantarnos desde los principios de justicia que Jesús ha enseñado. Teniendo siempre la misericordia, el perdón y el amor como elementos centrales dentro del mensaje de justicia. «Sobre el posible talión, el Dios de la justicia misericordiosa se revela como principio creador de vida que se abre a todos los hombres, más allá de la ley, ofreciéndoles un principio de vida en libertad»⁹². La adhesión a la justicia de Cristo, es también colaborar en la reconciliación de todas las cosas en Él.

c. Comunidad

Una primera definición del concepto «comunidad», nos arroja pistas claves de un modo de relaciones humanas reconciliadas. Pues no se refiere a un colectivo que coincide en un espacio geográfico determinado, sino que alude al tipo de relaciones que se tejen y sostienen entre los integrantes, así como al nivel de involucramiento o compromiso que se tiene con ese conjunto de personas. Casiano Floristán define comunidad como:

«Grupos formados por pocas personas con relaciones recíprocas entre sí, que tienen normas y valores de conducta comunes, con solidaridad natural, participación activa y acción responsable. Se definen por las relaciones cara a cara, personales, directas, profundas, frecuentes y espontáneas»⁹³.

La comunidad entendida desde el NT se identifica con la «comuni3n» (*koinonía*), que desde las cartas paulinas y joánicas indica la compacta solidaridad que el Señor instaaura entre Él y sus fieles, es una uni3n interior que toma cuerpo en la asamblea reunida en su nombre, que se tiene como referencia a la comunidad de discípulos y las primeras comunidades cristianas que todo lo ponían en común, partían el pan, oraban juntos y tenían como centro a Cristo; y, desde luego, la comunidad se entiende también como la Iglesia, aunque no sin las complejidades que eso conlleva a causa de las dimensiones tan amplias de la misma⁹⁴.

⁹² Pikaza, 126.

⁹³ Casiano Floristán. «Comunidad». En *NDT*, 149.

⁹⁴ Cf. Tullio Citrini. «Comuni3n/Comunidad». En *DEC*, 209.

En el caso de la CJ, tenemos un primer ejemplo de comunidad en el grupo de los primeros compañeros quienes también compartían estudios, bolsa, descansos, oración y la vida. Su unión quedó ratificada en los votos que realizaron en Montmartre, en los que vertían sus deseos particulares un mismo deseo: peregrinar a Jerusalén o ponerse bajo las órdenes del Papa⁹⁵.

Las relaciones en una comunidad han de estar reconciliadas o procurarla siempre, cuando los miembros de una comunidad están desunidos, ésta deja de serlo, pues las relaciones fraternas, la reconciliación y la paz son características constitutivas de una comunidad. Sin embargo, el modelo de comunidad por excelencia se encuentra en la Trinidad misma. «Como la Trinidad es el modelo como Dios es Uno, del mismo modo es pluralista la condición humana, la manera con la cual los seres humanos construyen unidad trinitaria y resuelven sus problemas»⁹⁶. Es modelo de comunión, es decir, de una unión que es más que la suma de las partes, sino genera nueva vida. Desde esta perspectiva la Trinidad es el modelo de relación que constituye la meta de la reconciliación. Evidentemente es un estado de relación que no se puede concretar con toda su plenitud en la vida terrena, pero que delinea una ruta hacia donde encaminar nuestro horizonte de manera esperanzada.

«La reconciliación es un estado y un proceso capaz de integrar las diferencias generando vida. Encuentra su paradigma y destino en las relaciones intratrinitarias: nace de la iniciativa del Padre; se entrega por medio de Cristo, y es un don del Espíritu»⁹⁷. El Padre es la fuente de reconciliación y de paz que se hace presente en una comunidad genuina mediante la donación del amor que genera vida, el Hijo en la recepción del don, del saberse enviado y corresponder en amor. El Espíritu Santo se encuentra en la ejecución del misterio de la reconciliación, quien mantiene en unión a los miembros de una comunidad. Este dinamismo de entrega y recepción amorosa intratrinitaria es posible vivirlo en una comunidad cuando se tiene la conexión espiritual, cuando se actúa desde la luz del Espíritu Santo.

En una familia es posible encontrar elementos claros de una comunidad, unida por el amor filial y fraternal, en donde existe un cuidado por el otro, especialmente por los más pequeños y débiles. «La comunión interhumana se da en la familia y en la amistad. Para expresar la comunión íntima [los griegos] usaban el término *koinonía*. El hombre es un “animal político”, un ser social que necesita la comunión con otros para realizarse, tanto en lo personal como en lo social»⁹⁸. Sin la presencia de un grupo en el que se pueda desarrollar, una persona no podrá ser quien está llamado a ser. Todos necesitamos de la alteridad para existir, para plenificarnos y, evidentemente, para poder superar una situación de injusticia y poder llevar a efecto una reconciliación.

La comunidad concede grandes beneficios en favor de la reconciliación; les da soporte y contención a las víctimas, ayuda altamente a la sanación de las partes y crea un

⁹⁵ Cf. José García de Castro. “Comunidad”. En *DEI I*, 363.

⁹⁶ Enrique Cambón. *La Trinidad, modelo social*. Madrid: Ciudad Nueva, 2000, 72.

⁹⁷ Martínez-Gayol Fernández, 177.

⁹⁸ Casiano Floristán. *La Iglesia comunidad de creyentes*. Salamanca: Sígueme, 1999, 283.

nuevo horizonte de sentido de cara al presente y al futuro. El documento *Vivimos en un mundo roto* describe a la comunidad solidaria como «una estructura para vivir, rezar, pensar y trabajar juntos, la solidaridad es un nombre nuevo de la caridad y la justicia, significa asumir mutuamente la situación del otro, hacerla propia y ser consecuentes»⁹⁹. Esto requiere de una actitud altamente cooperativa en la que los integrantes se comprometan con la comunidad misma. «La reconciliación se decanta como una forma de vida y no solo como un conjunto de tareas concretas a realizar»¹⁰⁰. Requiere de un modo de estar, de vivir, de relacionarse, lo cual genera un ambiente en que todos los miembros se sienten unidos al grupo, se saben acompañados, cobijados y sostenidos.

La sanación de las heridas a causa de los hechos injustos o violentos pueden encontrar un bálsamo en la comunidad. Luciano Sandrin al referirse a la Iglesia como comunidad, incorpora unos elementos que las comunidades aportan a sus miembros:

«La iglesia es una comunidad sanadora, una familia que acoge a los hijos de Dios, sin distinción alguna, especialmente en los momentos más débiles, y los ayuda a volver a encontrar una identidad sana, los orienta a su plena realización y a descubrir su contribución salvífica»¹⁰¹.

El cuidado que en la comunidad se ha de tener por los más débiles trasluce el amor de Dios, su compasión y su deseo de servir a sus creaturas. «Es la comunidad entera de creyentes la que asiste y consuela, convirtiéndose en una comunidad sanadora que concretiza el deseo de Jesús de que todos sean una sola carne, una sola persona, comenzando por los más débiles y vulnerables»¹⁰². La búsqueda de la sanación se puede entender como la búsqueda de la salvación, la recuperación de todas las dimensiones humanas para llevarlas a una integración desde la apertura a la gracia.

Las experiencias traumáticas se sanan con y en comunidad. «En los encuentros significativos se refuerzan los valores, se conecta la persona con su cuerpo y su entorno, se posiciona la memoria sana y se clarifica su misión de cuidado»¹⁰³. Los procesos pueden implicar la reconciliación con el propio cuerpo, con la historia, con el victimario o con una institución. La presencia de personas que se interesen gratuitamente por los débiles o heridos, que busquen su sanación-salvación, marca la pauta de los valores cristianos del amor y del servicio, tan propios de la espiritualidad ignaciana y abren las puertas a la acción sanadora de Dios que consuela y restaura.

⁹⁹ Secretariado de la Compañía de Jesús para la justicia social y la ecología. *Vivimos en un mundo roto*. Roma: Promotio Iustitiae, 1999, 29-30.

¹⁰⁰ Robert J. Schreiter. *Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio*. Santander: Sal Terrae, 1992, 90.

¹⁰¹ Luciano Sandrin, *Comunidad sanadora. De la pastoral de la salud a la salud de la pastoral*. Santander: Sal Terrae, 2021, 71-72.

¹⁰² *Ibid.*, 72.

¹⁰³ Jorge Atilano González Candia. “Hacia un modelo de reconstrucción del tejido social”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?*, 209.

Finalmente, la comunidad tiene el poder para crear nuevos horizontes de sentido, la posibilidad concreta y real de una nueva vida de manera sana, integrada, armónica y pacífica. La reconciliación nos hace contactar con la grandeza espiritual que hemos recibido como don y nos renueva integralmente. Robert J. Schreiter afirma que: «la idea de reconciliación que propone la Escritura supone que este acontecimiento nos introduce en un nuevo estado y nos transforma en nuevas criaturas. La reconciliación no se reduce a una mera restauración. Nos lleva a un lugar donde nunca antes habíamos estado»¹⁰⁴. Cabe recordar que la reconciliación que Cristo realiza mediante su resurrección, renueva a la creación entera. A pequeña y gran escala este acto indica un nuevo comienzo, pero a un nivel superior. No se trata de superar un tropiezo para regresar a la misma situación de antes, sino que conforma una posibilidad de accionar la grandeza espiritual humana y caminar desde ella.

La vivencia de la comunidad constituye una mediación para sanar y reconciliar, pero al mismo es una meta y signo de humanidad reconciliada. Cuando se vive desde los valores de Cristo, teniéndolo a Él como centro, con el deseo de sostener-sanar-reconciliar a otros, se vive ya en el amor-servicio-paz de Dios y esto es un anticipo de su Reino. «El buen convivir es una utopía del reinado de Dios, en la cual las personas logran conectarse con el dinamismo del cuidado existente en la creación para, para vivir el cuidado de los otros»¹⁰⁵.

3.3.4. Reconciliación con la creación

El tercer ámbito de reconciliación radica en la creación según lo señalado en las CCGG 35 y 36. Para lo cual también podemos encontrar algunas claves en la espiritualidad ignaciana. «La dinámica interna de los *Ejercicios* conduce, [...] a una espiritualidad de la humildad, del agradecimiento, de la reconciliación, de la lucidez, de la sobriedad y de la acción»¹⁰⁶. Estos son rasgos espirituales contribuyen en gran medida al cuidado de la «casa común», así como a relaciones de respeto y cuidado a todo cuanto existe.

«Ignacio afirma que Dios, el hombre y el mundo están interrelacionados de una manera providencial y transparente. Dios nuestro Señor está claramente diferenciado del hombre y ambos de “las otras cosas”, y sin embargo ninguno de los dos puede relacionarse prescindiendo del tercero»¹⁰⁷.

La espiritualidad ignaciana no tiene una perspectiva en la que la realidad material sea irrelevante o a la que Dios conceda poca importancia. La encarnación misma ocurre por una decisión trinitaria de redimir al mundo, pues es valioso ante la mirada de Dios. La misión a la que todo apóstol es enviado se realiza en el mundo material con todo lo que conlleva. Por otra parte, los Ejercicios pretenden transformar la mirada del ejercitante para que sea capaz

¹⁰⁴ Schreiter, 91.

¹⁰⁵ González Candia, 205.

¹⁰⁶ Jaime Tatay. “Una lectura ignaciana de la *Laudato Si*”. *Manresa* 87, (2015), 1.

¹⁰⁷ *Vivimos en un mundo roto*, 14.

de encontrar la presencia de Dios en todas las cosas y relacionarse con ellas al modo del Señor. «La invitación a unirse a la bandera de Cristo es una llamada a la simplicidad y a la humildad. A descubrir a Dios en la creación. En la *contemplación para alcanzar amor*, Ignacio pide al ejercitante que considere de qué modo Dios habita y opera en la creación»¹⁰⁸.

Esta reflexión espiritual adquiere mayor protagonismo a partir de la publicación de la Encíclica *Laudato si'* (LS) del Papa Francisco, la cual provee de líneas claras y definidas para trabajar por la reconciliación del hombre con la creación y para incorporarlas en la vida espiritual. «La clave de la reconciliación permea LS y muestra paralelismos con la espiritualidad ignaciana. Una espiritualidad que no rehúye el conflicto que el seguimiento de Cristo inevitablemente implica y que otorga un lugar especial en la misión de “reconciliar desavenidos”¹⁰⁹.

La reconciliación con la creación no consiste en una labor escindida de la reconciliación con Dios y con la humanidad, sino que las tres van estrechamente unidas. Pues la naturaleza es el soporte para la vida humana y es el sitio que Dios nos ha regalado para ser y existir. Por tal motivo «un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios» (LS 8). Ante esto resulta urgente la acción reconciliatoria. «El establecimiento de una nueva relación con la creación debe ser entendido como consecuencia de nuestro compromiso de establecer una relación justa con Dios (compromiso con la fe) y con los otros seres humanos (compromiso con la justicia)»¹¹⁰.

La perspectiva sobre la creación que nos rodea, al modo de la *contemplación para alcanzar amor*, posibilita encontrar a Dios habitando y laborando en ellas, dejan de ser objetos cuyo valor solo radica en su función utilitaria, sino que tienen un valor propio, una dignidad por ser obras del Creador. Los ecosistemas «no los tenemos en cuenta para determinar cuál es su uso racional, sino porque poseen un valor intrínseco independiente de ese uso» (LS 140).

Consecuentemente, no se trata de restaurar la relación con «algo», sino con «alguien», que además de llamarnos a respetarla por su valor intrínseco, nos lleva a tomar consciencia de la dependencia que tiene la humanidad respecto de lo que Dios ha puesto en el mundo, ante lo cual no nos podemos quedar con una actitud pasiva o desinteresada. «La preocupación por el medio ambiente expresa un deseo profundo de respetar el orden natural como lugar de una presencia inmanente pero trascendente; está relacionada con lo que los cristianos llamamos “el Espíritu”»¹¹¹. Desde esa conexión espiritual con las creaturas y con Dios se ha de vivir la misión de cuidar la creación.

«La recuperación de la visión teocéntrica propuesta por LS encuentra un firme fundamento en la antropología teológica ignaciana [...] rehabilitando las raíces trinitarias de nuestra fe,

¹⁰⁸ *Sanar un mundo herido*, 35-36.

¹⁰⁹ Jaime Tatay. “Una lectura ignaciana de la *Laudato si'*”, 5.

¹¹⁰ *Sanar un mundo herido*, 32.

¹¹¹ *Vivimos en un mundo roto*, 18-19.

rebajando nuestra desenfocada pretensión de dominio y ofreciendo una visión más acertada de cuál es nuestra vocación: “se custodios de todo lo creado” (LS 236)¹¹².

En medio de un mundo lastimado, Dios inspira para crecer en actitud de respeto y en dinámica de protección y cuidado. «Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana» (LS 217). Lejos de negar la problemática ambiental existente o de menospreciar su relevancia, estamos llamado a un compromiso personal y social de manera ineludible. Para ello es menester lo que el Papa Francisco llama una «conversión ecológica».

a. *Conversión ecológica*

Los *Ejercicios* favorecen una conversión espiritual honda que resulta en la transformación del modo de relacionarnos. Las espiritualidades por sí mismas moldean la forma de sentir, pensar y el actuar con base a de una mística que dota de sentido trascendente a toda la realidad. A partir de la vivencia de una espiritualidad se puede pensar en conversión ecológica. «Reconocer la integridad de la creación y su existencia en cuanto otorgada por Dios, las interrelaciones entre Dios, los seres humanos y otras criaturas, no es suficiente para contrabalancear el papel que desempeñamos en la destrucción generalizada de la creación»¹¹³. Se requiere una transformación del corazón para que otro mundo sea posible.

Jaime Tatay explica que «la conversión ecológica a la que nos está llamando *LS* implica reconocer la limitada realidad humana como humilde punto de partida, la creación como regalo primordial y el destino universal de los bienes como principio ético irrenunciable»¹¹⁴. Estas perspectivas aluden a una integralidad de las partes en la relación: los seres humanos, la creación y Dios. En donde las dos primeras se dirigen hacia Dios como destino último. La relación entre las partes, aunque se encuentre lastimada o conflictuada reclama un restablecimiento de la armonía entre ellas en favor de la vida.

La transformación del corazón impregnada de sensibilidad hacia la creación un contacto directo con la naturaleza, dejarse impactar por ella, por el encuentro con ese «alguien» que tiene mucho que enseñarnos y comunicarnos, es lo que realizará la conversión. «La ecología integral implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador que vive entre nosotros y en lo que nos rodea, cuya presencia debe ser descubierta» (LS 225). Ante esto, «la primera actitud y principal motivación que posibilita la conversión ecológica es, por tanto, el agradecimiento ante el regalo de la creación, el bien común más universal y básico»¹¹⁵.

¹¹² Jaime Tatay. “Una lectura ignaciana de la *Laudato si*”, 3.

¹¹³ *Sanar un mundo herido*, 33.

¹¹⁴ Jaime Tatay. “Una lectura ignaciana de la *Laudato si*”, 5

¹¹⁵ *Ibid.*, 4.

Queda claro, que la conversión no consiste en tener ideas claras y distintas sobre un tema, es decir, no se limita al ámbito de la reflexión intelectual, así como tampoco se ciñe a las emociones o sentimientos románticos hacia la naturaleza como experiencia meramente estética, sino que involucra la voluntad para actuar. «El discurso de la reconciliación con la creación queda hueco sin un compromiso personal y comunitario por vivir de una forma más sencilla y austera, por una mística de la sobriedad que restañe las heridas causadas»¹¹⁶.

El *Principio y fundamento*, la *Primera Semana* y la meditación de las *Dos banderas* proporcionan elementos fundamentales para la vivencia de la sobriedad, en el presupuesto de usar las cosas tanto cuanto ayuden al fin para el que hemos sido creados, de ordenar la relación de apropiación con las cosas y la opción por la humildad y pobreza propias de la bandera de Cristo y contrariamente a la tendencia de dominio y depredación característica de la bandera del maligno. «Ordenar los afectos desordenados, es imprescindible para afinar el seguimiento de Cristo, para compartir los bienes de la creación con los que menos tienen y para vivir de forma más frugal en este planeta»¹¹⁷.

Permanecer en estas notas espirituales nos lleva a las relaciones desapegadas y respetuosas con las cosas de la creación. «En el fondo renunciar a convertir la realidad en mero objeto de uso y de dominio consiste en oponerse a la mercantilización de todos los ámbitos de la vida y negarse a instrumentalizar las relaciones con las personas y con la naturaleza»¹¹⁸.

Colaborar en la misión reconciliatoria de Cristo exige crecer en esta conciencia planetaria, requiere del discernimiento continuo y de un conocimiento profundo de la realidad del mundo, para no dejarse engañar o actuar en contra del uso racional, moderado y sostenible de los recursos del planeta. Estos son pasos claros de reconciliación a los que todos estamos urgentemente llamados. A manera de síntesis, el documento *Vivimos en un mundo roto* señala:

«El hombre es creado por Dios y llamado a ser redimido, y por ende tiene un lugar privilegiado en el universo. Pero los hombres y las mujeres no han decidido el ambiente en donde Dios los ha creado y colocado, y no pueden evitar la responsabilidad de trabajar en él y de protegerlo. Esto incluye el discernimiento, el uso libremente escogido de las cosas creadas en la faz de la tierra. Ecología puede ser el nombre contemporáneo de nuestra posición hacia “las otras cosas creadas sobre la faz de la tierra”»¹¹⁹.

¹¹⁶ *Ibid.*, 6.

¹¹⁷ *Ibid.*, 9.

¹¹⁸ Jaime Tatay. *Crear en la sostenibilidad. Las religiones ante el reto medioambiental*. Barcelona: Cristianismo i Justícia, 2019, 10.

¹¹⁹ *Vivimos en un mundo roto*, 14.

b. *Comunión universal*

La mirada mística a la que invita la contemplación para alcanzar amor provee de una condición de posibilidad para apreciar el valor intrínseco de cada cosa creada. «Nuestra principal respuesta humana al bien consiste en apreciarlo, esta es una respuesta contemplativa. Sin tal apreciación, cualesquiera apreciaciones éticas que se nos atribuyan parecerán secundarias o incluso opresoras»¹²⁰.

La comunión universal tratada en *LS*, es un llamado a tomar conciencia de los vínculos de interdependencia que guardamos las creaturas en el cosmos, pues nuestro principio y fin es Dios. «Siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde» (*LS* 89). Tomar conciencia de esta comunión y trabajar para que esos lazos invisibles que nos unen se encuentren sanos y fortalecidos sería la labor reconciliatoria de los cristianos.

«La experiencia mística conduce a percibir la interconexión y la armonía de la creación, pero también el carácter provisional y limitado de nuestra existencia. Ambas intuiciones resultan vitales en una cultura globalizada y prometeica marcada por el desprecio de lo frágil, la exaltación de la economía individual, el sobreconsumo compulsivo y la degradación de la naturaleza»¹²¹.

La conciencia de comunión universal es una claridad que ayuda a tener una visión reconciliada del mundo, en la cual, todo lo que hacemos o dejamos de hacer repercute inevitablemente en los otros. Cualquier acción destructiva en contra de la casa común produce un daño a gran escala que vulnera la comunión universal. La relación con la naturaleza, ha de trascender los fines utilitaristas para abrir paso a la alegría de su existencia, la gratitud y el encuentro con Dios en ella y mediante ella.

«Durante un largo proceso histórico, la relación humana con el mundo natural se expresó de forma creciente en clave estética y terapéutica despojándose del lenguaje religioso y omitiendo el carácter ambivalente que la naturaleza había tenido desde la antigüedad: como espacio de purificación espiritual y encuentro con la trascendencia»¹²².

No podemos pasar por alto que muchos de los problemas ambientales causan a su vez, relaciones humanas injustas. La apropiación de tierras y recursos, la explotación y contaminación de grandes extensiones naturales, sin considerar las afectaciones que esto produce también a la sociedad, es un terrible cáncer que está destruyendo el planeta y a la población humana. «El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la

¹²⁰ *Sanar un mundo herido*, 34.

¹²¹ Jaime Tatay. “Experiencia religiosa y *Laudato si*”, *Corintios XIII* 159, (2016): 58.

¹²² Jaime Tatay. *Crear en la sostenibilidad*, 16.

humanidad y responsabilidad de todos» (LS 95). Corresponde a los seres humanos cuidarlo y administrarlo consciente y racionalmente.

«La espiritualidad ignaciana nos invita a la humildad, al agradecimiento, a la reconciliación, a la lucidez, a la sobriedad y a la acción; nos invita a una espiritualidad integral acorde a la llamada de la ecología integral»¹²³. El camino de los *Ejercicios* sigue siendo un medio ideal para direccionarnos a nosotros mismos y ayudar a otros a adoptar la mirada de Cristo que es capaz de apreciar la belleza de la creación del Padre, de vivir en la conversión ecológica y comprometerse con el cuidado del mundo.

Es propio de quien está reconciliado con Dios y colabora en la misión de Cristo el vivir con esperanza. Una mente consciente y un corazón esperanzado son una buena combinación para la misión de reconciliar. «Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten el gozo de la esperanza. Sabiendo que todo será asumido en la fiesta celestial» (LS 244). Más allá de todos los esfuerzos humanos que podamos realizar desde el mayor amor, generosidad, esmero y gratuidad, se trata únicamente de colaborar, pues la labor reconciliatoria y salvífica es de Cristo en quien hemos puesto nuestra esperanza. *Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios.*

«La reconciliación, contemplada desde la perspectiva teológica, es un don y una tarea que es preciso acoger y actuar cada día. Pero la magnitud que anuncia no podrá realizarse en todas sus dimensiones, ni alcanzar a toda la humanidad, a la historia y al mundo creado, en el devenir de nuestro tiempo terreno. Sólo en el *eschaton*, cuando emerjan el cielo y la tierra nueva anunciadas, se hará realidad nuestra esperanza»¹²⁴.

* * *

La espiritualidad ignaciana desde la tradición de los *Ejercicios* y el discernimiento hasta los documentos de las *CCGG* más recientes provee de un soporte espiritual para la vivencia de la colaboración con Cristo en la misión de reconciliar. Los anteriores se pueden considerar como textos de referencia y fuentes vivas para encauzar el sentido misional de los cristianos que quieren dar una respuesta generosa y centrada en la fe ante la realidad fragmentada del mundo que pide ser restaurada.

El trabajo reconciliatorio referido a Dios, a la humanidad y la creación, se puede entender de manera separa para mejor análisis e intervención, pero son tres ámbitos de realidad que se encuentran íntimamente relacionados y que colaborar en la sanación de los

¹²³ Jaime Tatay. “Una lectura ignaciana de la *Laudato si*”, 12.

¹²⁴ Martínez-Gayol Fernández, 195.

vínculos en cualquiera de estos ámbitos repercute favorablemente en los otros. Así, la reconciliación con Dios pasa por la reconciliación con uno mismo al contactar con la fuente de amor más auténtica y profunda que posibilita una vida nueva en el Espíritu y en la gracia. Sanar los vínculos de la humanidad es un proceso duradero que requiere del deseo y la voluntad de las partes involucradas, es el camino para que Dios se pueda manifestar mediante las relaciones. En este proceso de reconciliar ha de considerarse la importancia del perdón, la justicia y la comunidad para que puedan generarse condiciones de fraternidad y paz. El respeto y cuidado de la creación son imperativos para que la justicia pueda tener lugar en el mundo. Precisa de apreciar el valor propio de cada cosa creada y el aporte que ofrece dentro del cosmos.

En todos los casos, para la misión de reconciliar todas las cosas con Cristo, resulta indispensable el discernimiento como práctica personal y colectiva. Dilucidar la voluntad de Dios para cada momento, lugar y persona, requiere mirar a fondo el corazón humano y el corazón de Jesús, pues en ellos encontraremos valiosas claves para encauzar el trabajo reconciliatorio.

La reconciliación resulta ser inherente al compromiso cristiano, pues el compromiso de fe que nos lanza a la misión genera vínculos y nos coloca en un modo de ser relación. El compromiso es lazo, es unión, es raíz profunda y acción creativa desde el Espíritu, es ya un acto reconciliatorio, que, al mismo tiempo, nos compromete a reconciliar. Quien sigue a Cristo comprometidamente desde todas las dimensiones de su persona, no podrá hacer otra cosa que colaborar con él en su misión de reconciliar, de traer la paz, mediante la justicia, el perdón y el amor.

El compromiso cristiano, lejos de ser una carga o un imperativo a cumplir, es ese don y tarea, que nos colma de vida verdadera en Cristo y a partir de esa gracia recibida ser presencias reconciliadoras. Restaurando el vínculo con Dios, seremos sanados para establecer vínculos reconciliados en la plenitud del amor. La misión de reconciliar se da mediante un ser y un hacer, pero lo fundamental es aquello que somos, que irradiamos con nuestra persona, lo que hay en nuestro corazón desde donde proceden nuestras acciones. Pues «la boca habla de lo que rebosa el corazón» (Lc 6,35).

CONCLUSIONES

El plan de salvación de Dios se puede entender desde la categoría de la reconciliación, la cual ha tenido una evolución clara tal como se puede deducir desde los libros del Pentateuco y los profetas hasta mirar la vida y obra de Jesús en los Evangelios y su sentido cristológico en las cartas paulinas. El cambio epistemológico es radical, se pasa de una concepción ritual y sacrificial cuya nota principal es la penitencia, a ser una recreación de todo cuanto existe por el espíritu de Cristo. La reconciliación, amplía su sentido remedial para convertirse en buena noticia para la humanidad y la creación entera. Todo es transfigurado en su identidad, en su dignidad y en el sentido de su existencia, pues Cristo abre la posibilidad de que todo se incorpore a la vida en el Espíritu, de que los seres humanos participemos de la plenitud que radica en Cristo.

Los *Ejercicios espirituales*, como parte de la tradición cristiana, siguen siendo un camino certero para que el hombre se incorpore al espíritu de Cristo, mediante la conversión personal y el discernimiento de la voluntad de Dios. Esto significa que quien hace el proceso experimente una vivencia de reconciliación consigo mismo, con Dios, con el prójimo y con la creación entera, debido a que sus afectos son reordenados, lo que repercute positivamente en su mundo relacional. Desde el *Principio y fundamento* se plantea un modo de ser relación en función de nuestro ser creaturas y desde la libertad y el desapego. El tránsito por las cuatro semanas conduce a una reconciliación con uno mismo y con Dios, purificando el corazón del pecado y las imágenes falsas de Dios. Se prosigue con la identificación con el Señor y su misión lo cual trasluce los modos de reconciliar de cara a la misión y al mismo tiempo nos reconcilia con el Señor. El proceso reconciliatorio toma mayor fuerza al hacernos partícipes de su Pasión y muerte en cruz, así como de su gloriosa resurrección. Resulta esencial atravesar el abajamiento, la entrega absoluta, el vaciamiento, para ser llenados por la gracia y a fuerza vivificadora de la resurrección. A partir de este movimiento pascual se experimentará una conversión que habrá de reconciliar nuestra mirada hacia todas las cosas creadas contemplando la presencia y la labor de Dios en ellas. Se puede concluir que los

Ejercicios contribuyen a la reconciliación fundamentalmente mediante la purificación, la identificación con Cristo y su proyecto, la integración interior o configuración con Él y la participación de su pascua, lo cual nos capacita para mirar todas las cosas en Cristo. Dado todo este camino de conversión se espera que quien sale de los *Ejercicios* lo haga con una actitud reconciliada y reconciliadora que lo ponga en estado misional.

La misión de reconciliar, antes que una tarea, es un estado espiritual, el cual se puede derivar en acciones concretas. Un estado espiritual que nos conduce a prolongar la acción de Cristo en la Tierra, de modo que nos convierta en *alter Christus*. Esto se encuentra a la base y como horizonte de la identidad cristiana, pues desde esta vivencia humana y espiritual, los cristianos somos enviados a la misión de reconciliar desavenidos, tal como lo ejemplificaron los primeros compañeros de la CJ y como se reaviva en las CCGG. La apremiante necesidad de reconciliar a las personas con Dios, con el prójimo y con la creación clama la restitución de vínculos fraternos basados en el perdón voluntario, la justicia restaurativa (sin exclusión de la retributiva), el respeto mutuo, la apertura a lo diferente y la conformación de comunidades. El radio de actuación se amplía al considerar la relevancia de la reconciliación con la creación que se conecta con las otras dimensiones de la reconciliación y que reclama una visión profunda del cosmos de manera que se valore cada cosa por el hecho de existir, con dignidad propia. Los *Ejercicios* aportan la posibilidad de relacionarse con ella de manera sobria, responsable, desde una actitud de respeto agradecido y con el compromiso de preservarla. A manera de síntesis veamos las siguientes palabras de Javier Melloni:

«La reconciliación originaria es de orden teologal y tiene repercusiones antropológicas y cósmicas. Es primeramente de orden teologal, porque la realidad completa emana de Dios, el cual el cristiano comprende como una relación permanente y substancial entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: la comunión y a la vez la distinción de las tres personas, en que cada una de ellas es sí misma y lo es en la medida que se da y se recibe de las demás»¹²⁵.

Esta idea integral ayuda a regresar la mirada al origen, a lo verdaderamente fundamental que es Dios Trinidad, es decir, el modo de ser de Dios que es comunión. Pues el modelo del ser humano radica en esa comunidad en la que se da un intercambio ininterrumpido de amor, el cual se entrega y se recibe. Este dinamismo no se cierra, sino que se abre a la creación y nos hace partícipes de esa emanación de amor. En esta lógica se inserta la reconciliación, que tiene por horizonte de llegada la comunión entre los humanos y, evidentemente, de los humanos con Dios Trinidad. La consumación de la reconciliación la realiza Cristo quien retorna toda creación hacia la el corazón del Padre, a vivir en comunión con Él. El Espíritu Santo es quien nos renueva y habilita para abrírnos a esta acción de Cristo y seamos signos de amor y reconciliación en este mundo y gocemos plenamente de la comunión en el Padre en la vida futura.

¹²⁵ Melloni, “La reconciliación a partir de los Ejercicios ignacianos”, 417.

Al sondear campos de conocimiento tan amplios como son la reconciliación, los *Ejercicios espirituales* y la espiritualidad ignaciana, resulta inevitable que se abran múltiples vías de investigación, reflexión y análisis respecto a estos focos de interés. A continuación, citaremos algunas posibles rutas para abordar la unión de estos focos, con la intención de motivar a seguir generando líneas de pensamiento cada vez más claras y completas respecto a esta temática.

- a. *Profundizar teológicamente en los modos de colaborar en la misión reconciliatoria de Cristo.* Si bien es cierto que partiendo de las CCGG se tiene una amplia idea de cómo trabajar en pro de la reconciliación, también es cierto, que es posible seguir deshebrando los contextos y caminos en lo que se pueden restaurar las relaciones en cada uno de los tres grandes escenarios. La teología espiritual puede dar nuevas respuestas en la línea de la restauración de las relaciones desde la interioridad humana, las maneras como nos relacionamos con Dios, el acompañamiento a procesos de perdón, la importancia de una espiritualidad del encuentro y el afianzamiento del seguimiento a Jesús compartiendo su misión. Estos, entre muchos otros caminos, pueden seguirse desarrollando con el afán de dirigirnos en la misma dirección de restaurar las relaciones en el mundo.
- b. *Ahondar en la Trinidad como modelo antropológico.* Aunque es amplia la bibliografía sobre el dogma trinitario, aún se pueden encontrar significativas respuestas en considerar a la Trinidad como modelo antropológico. En ella se pueden identificar claves en nuestra manera de ser relación y de construir nuestra identidad individual y comunitaria. De tal manera que la teología dogmática y la espiritualidad caminen de la mano y se iluminen mutuamente en miras de procurar la reconciliación del hombre. Pues ésta no puede entenderse únicamente como una práctica ética o pastoral, sino como un ministerio en donde intervienen las Tres Personas y el hombre participa adhiriéndose al dinamismo trinitario.
- c. *Abundar en la perspectiva teológico-espiritual para la reconciliación con la creación.* Nos encontramos en un momento histórico crucial para la preservación de las condiciones de vida sana y sostenible en el planeta, por lo cual resulta urgente no bajar la guardia en la producción intelectual respecto a este tema con la intención de seguir despertando conciencia desde diferentes disciplinas. En este tema convergen naturalmente la teología moral y la teología espiritual que pueden seguir dando aportes para que la Tierra y sus recursos sean respetados y exista un compromiso real para su cuidado. Diversas tradiciones de culturas ancestrales tienen mucho que decir respecto a esta concepción de la casa común y el papel del hombre como cuidador y parte de este cosmos perfectamente diseñado por el Creador.

- d. *Crear nuevos rituales de reconciliación y promover los existentes.* El valor de los sacramentos relativos a la reconciliación es innegable, por lo cual es preciso dar a conocer la riqueza de la Confesión y de la Eucaristía, así como su sentido reconciliatorio, de perdón y de crecimiento espiritual. Es importante ser conscientes de su fuerza reconciliadora y su capacidad de adaptarse según los requerimientos del contexto. No obstante, parece cada vez más imperioso crear caminos nuevos a manera de ritual para lograr llegar al afecto de las personas. Ciertamente, esta es una tarea más claramente vinculada a la teología pastoral y ésta puede ser una sólida plataforma para el diseño de experiencias que logren contactar los corazones humanos con Dios y conectar los corazones de las otras personas recíprocamente, de tal manera que se deje una huella significativa en la afectividad y el entendimiento de quienes vivan esos procesos.
- e. *Perfilar el concepto de reconciliación ignaciana.* El presente trabajo busca aportar en esta línea mediante la conexión entre la reconciliación y los *Ejercicios*, junto con la *Fórmula del Instituto* y las CCGG. Sin embargo, es posible seguir vinculando la reconciliación con otras fuentes ignacianas como la *Autobiografía*, el *Diario espiritual*, las *Constituciones* y las cartas de Ignacio. Existe otra vertiente de importancia capital que consiste en el diálogo con otras disciplinas. Debido a la interdisciplinariedad y la transversalidad de la reconciliación, la teología y la espiritualidad ignaciana necesitan seguir tendiendo puentes y aportando sus perspectivas a los otros campos del saber para el enriquecimiento mutuo. Pues ante la realidad política, social y eclesial en que nos encontramos resulta de imperiosa necesidad proponer procesos internos de reconciliación en el nivel personal y en el nivel colectivo o comunitario.

* * *

A manera de cierre inclusivo, traeremos los siguientes versículos de la carta a los Corintios que fundamenta y al mismo tiempo envía a colaborar en la misión de reconciliar.

«Porque el que está en Cristo es una nueva creación, pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios que nos reconcilio consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. En efecto, Dios estaba reconciliando al mundo consigo por medio de Cristo, no tomando en cuenta las transgresiones humanas al tiempo que nos confiaba la palabra de la reconciliación. Somos pues embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!» (2Cor 5,17-20).

Todo queda renovado con Cristo y en Cristo. La reconciliación es la Buena Noticia del Dios misericordioso, que sigue creyendo, amando y salvando a sus creaturas. Transitar un camino que nos lleve a entender y contemplar esta acción reconciliatoria que Cristo realiza constituye un anticipo del «estado paradisíaco» o de la plenificación en Dios, pues cuando se vive inmerso en esta gracia se experimenta un gozo amoroso que impulsa a derramarlo sobre los semejantes. Por ello, la constatación de una vida espiritual radica en el modo de relacionarse de la persona, su modo de proceder, de dirigirse a los necesitados, de tratarse a sí mismo y de emanar los valores y criterios de Cristo.

La misión de reconciliar brota naturalmente y con fuerza de un corazón rebosante de vida, cuando se halla conectado a la fuente de toda vida verdadera. Solo de esta manera podremos traslucir la presencia de Cristo en este mundo herido, desde una integración radical con el Reconciliador y una fidelidad a esa integración. Únicamente desde este estado espiritual podremos transformar la relaciones de este mundo, ser fecundos en nuestra misión, pues solo reconciliados podremos reconciliar.

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES PRIMARIAS

Arzubialde, Santiago y García de Castro, José. *El autógrafo de los Ejercicios espirituales. Ignacio de Loyola*. Bilbao: Mensajero, 2022.

Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús (2 diciembre 1974-7 marzo 1975). Madrid: Razón y Fe, 1975.

Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús (2 de set. al 25 de oct. de 1983). Bilbao: Mensajero, 1984.

Congregación General 34 de la Compañía de Jesús (5 enero – 22 marzo 1995). Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1995.

Congregación General 35 de la Compañía de Jesús. Roma. Del 7 de enero al 6 de marzo de 2008. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2008.

Congregación General 36 de la Compañía de Jesús. Documentos. Bilbao: Provincia de España, 2017.

Epistolae mixtae ex variis Europae locis ab anno 1537 ad 1556 scriptae: nunc primum a patribus Societatis Jesu in lucem editae (5 vols.). Matriti: MHSI, 1898.

Ignacio de Loyola. *Ejercicios Espirituales*. Santiago Arzubialde (ed.). Santander: Sal Terrae, 2023.

_____. *Obras*. Manuel Ruiz Jurado (ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2021.

Lop Sebastià, Miguel, (ed.). *Los directorios de Ejercicios. 1540-1599*. Bilbao-Santander: Mensajero- Sal Terrae, 2000.

2. FUENTES SECUNDARIAS

2.1. Libros

Araujo Santos, Adelson. «Mas él, examinándolo bien...» (Au 27). *El examen de conciencia en la espiritualidad ignaciana*. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2016.

Arzubialde, Santiago. *Ejercicios espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*. 2ª. ed. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009.

_____. *Humanidad de Cristo, lógica del amor y Trinidad. El misterio pascual*. Santander: Sal Terrae, 2014.

Balthasar, Hans Urs von. *Textos de Ejercicios Espirituales*. ed. Jacques Servais. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2009.

Cambón, Enrique. *La Trinidad, modelo social*. Madrid: Ciudad Nueva, 2000.

Conferencia internacional de reconciliación ignaciana. *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?* Bogotá-Madrid: Pontificia Universidad Javeriana-Universidad Pontificia Comillas, 2022.

Flórez García, Gonzalo. *La reconciliación con Dios. Estudio teológico-pastoral sobre el sacramento de la penitencia*. Madrid: Editorial Católica, 1971.

Floristán, Casiano. *La Iglesia comunidad de creyentes*. Salamanca: Sígueme, 1999.

Fessard, Gaston. *La dialéctica de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola*. Bilbao- Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2010.

Fiorito, Miguel Ángel. *Buscar y hallar la voluntad de Dios. Comentario práctico de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola*. Buenos Aires: Paulinas, 2000.

Gamarra, Saturnino. *Teología espiritual*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1994.

García de Castro Valdés, José. *El Dios emergente. Sobre la «consolación sin causa» [EE 330]*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2001.

_____. (dir.). *Escritos esenciales de jesuitas del siglo XX*. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2023.

Granados Rojas, Juan Manuel. *La reconciliación en la Carta a los Efesios y en la Carta a los Colosenses*. Roma: Pontificio Instituto Biblico, 2008.

_____. *La teología de la reconciliación en las cartas de san Pablo*. Estella: Verbo Divino, 2016.

Guibert, José de. *La espiritualidad de la Compañía de Jesús*. Santander: Sal Terrae, 1955.

Kolvenbach, Peter-Hans. *Decir...al "Indecible". Estudio sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1999.

Lozano Lozano, Alfonso. *Romanos 5: la vida de los justificados por la fe y su fundamento, la reconciliación por nuestro Señor Jesucristo*. Estella: Verbo Divino, 2012.

Martínez-Gayol Fernández, Nurya. *Reconciliación transdisciplinar. Migrantes forzados subsaharianos en condiciones de vulnerabilidad*. Valencia: Tirant Humanidades, 2022.

Meana Peón, Rufino (dir.). *El sujeto. Reflexiones para una antropología ignaciana*. 2ª. ed., Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae- Universidad Pontificia Comillas, 2019.

Melloni, Javier. *La mistagogía de los Ejercicios*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2019.

Nicolau, Miguel. *La reconciliación con Dios y con la Iglesia: en la Biblia y en la historia*. Madrid: Studium, 1977.

O'Malley, John W. *Los primeros jesuitas*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 1993.

Prieto, María, Ángela Ordoñez, Pilar Úcar, José García de Castro. *Ruanda se reconcilia. Historias de paz y perdón*. Bilbao: Mensajero, 2019.

Rambla, Josep. *Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (5)*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2016.

Rahner, Karl. *Escritos de Teología*. Tomo VII. Madrid: Taurus, 1969.

_____. *Meditaciones sobre los ejercicios de san Ignacio*. Barcelona: Herder, 1971.

Salvat, Ignasi. *Servir en misión universal*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2001.

Salvoldi, Valentín. *Dios es más grande que tu corazón. La fiesta de la reconciliación*. Madrid: Paulinas, 2000.

- Sánchez Villegas, Javier, María Cancelo, Itziar Errandonea, Miryam Aranzadi, Elías López. *Los seis anclajes de la reconciliación. Guía metodológica para la transformación de conflictos*. Santander: Sal Terrae, 2023.
- Sandrin, Luciano, *Comunidad sanadora. De la pastoral de la salud a la salud de la pastoral*. Santander: Sal Terrae, 2021.
- Schreiter, Robert J. *Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio*. Santander: Sal Terrae, 1992.
- Secretariado de la Compañía de Jesús para la justicia social y la ecología. *Sanar un mundo herido*. Roma: Promotio Iustitiae, 2011.
- Secretariado de la Compañía de Jesús para la justicia social y la ecología. *Vivimos en un mundo roto*. Roma: Promotio Iustitiae, 1999.
- Servicio Jesuita a Refugiados Colombia. *Herramientas para la reconciliación*. Bogotá: Jesuitas Colombia, 2017.
- Sosa, Arturo. *Enviados a colaborar en la reconciliación de todas las cosas en Cristo*. Bilbao: Mensajero, 2023.
- Tamayo, Juan José (dir.). *Teología desde las víctimas*. Valencia: Tirant Humanidades, 2017.
- Tatay, Jaime. *Creer en la sostenibilidad. Las religiones ante el reto medioambiental*. Barcelona: Critianisme i Justicia, 2019.
- Teilhard de Chardin, Pierre. *El medio divino*. Trotta: Madrid, 2008.
- Trigo, Pedro. *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*. Miami: Convivium Press, 2008.
- Tripier, Pierre. *La penitencia un sacramento para la reconciliación*. Madrid: Marova, 1979.
- Uriarte, Juan María. *La reconciliación*. Sal Terrae: Santander, 2013.
- Uríbarri Bilbao, Gabino (ed.). *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*. Santander: Sal Terrae, 2017.
- _____. *Dogmática ignaciana. «Buscar y hallar la voluntad divina» [Ej 1]*. 2ª. ed. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018.

2.2. Artículos

- Aleman, Jesús María. “El servicio de la reconciliación”. *Sal Terrae* 90, (2002): 783-794.
- Ambrosio, Gianni. “Perdón”. En *Diccionario enciclopédico del cristianismo*, Lázaro García (dir.), 784-787. Madrid: San Pablo, 2009.
- Arranz, Íñigo. “Pacificar y reconciliar desavenidos en la primitiva Compañía”. *Manresa* 77, (2005): 139-152.
- Arzubialde, Santiago. “Teología de los misterios de la vida de Cristo y contemplación ignaciana”. *Manresa* 82, (2010): 341-354.
- Biderbost, Pablo y Guillermo Boscán. “El ejercicio de la reconciliación. Un intento de diálogo entre la mirada ignaciana y los aportes de las relaciones internacionales”. *Manresa* 91, (2019): 375-382.
- Bouttier, M. “Reconciliar”. En *Vocabulario bíblico*. Jean Jacques von Allmer (dir.), 280-282. Madrid: Marova, 1973.
- Buckley, Michael J. “Discernimiento”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 607-611. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Burbano, Mauricio y Anamary Mazorra. “La reconciliación ignaciana desde la Escuela de Ciudadanía del Servicio Jesuita a Refugiados de Ecuador”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?*, 107-116. Bogotá-Madrid: Pontificia Universidad Javeriana-Universidad Pontificia Comillas, 2022.
- Català, Toni. “Jesús padeciendo en la humanidad cristológica fundamental”. En “*Considerar como la Trinidad se esconde*” Tercera semana. 2-11. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2001
- Chauvet, Louis-Marie. “¿Por qué una reconciliación sacramental?”. 61-69. En *Penitencia y reconciliación, hoy*. Madrid: Morova, 1975.
- Citrini, Tullio. “Comunión/Comunidad”. En *Diccionario enciclopédico del cristianismo*. Lázaro García (dir.), 209-210. Madrid: San Pablo, 2009.
- Colzanni, Gianni. “Justicia”. En *Diccionario enciclopédico del cristianismo*. Lázaro García (dir.), 556-557. Madrid: San Pablo, 2009.
- Corella, Jesús. “Fórmula del Instituto”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 891-901, Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.

- Coupeau, José Carlos. “Reconciliación”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 1534-1538. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Domínguez Morano, Carlos. “Los Ejercicios Espirituales, experiencia de reconciliación”. *Manresa* 77, (2005): 109-123.
- Émonet, Pierre. “Primera Semana”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 1477-1480. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Fernández de Henestrosa, José Ma. *Cartas desde el Altiplano interior*. Barcelona: EIDES, 2005, (octubre 1993). En *Escritos esenciales de jesuitas del siglo XX*. Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.), 1190. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2023.
- Floristán, Casiano. “Comunidad”. En *Nuevo Diccionario de Teología*. Juan José Tamayo (dir.), 148-155. Madrid: Trotta, 2005.
- _____. “Penitencia”. En *Nuevo Diccionario de Teología*. Juan José Tamayo (dir.), 731-740. Madrid: Trotta, 2005.
- García, José Ignacio. “Reconciliación y justicia en la CG 36”. *Manresa* 89, (2017): 41-51.
- García de Castro, José. “Comunidad”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 362-369. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- García Domínguez, Luis Ma. “La reconciliación consigo mismo en la Primera Semana de los Ejercicios”. *Manresa* 79, (2007): 37-51.
- García Durán, Mauricio. “Herramientas para la reconciliación en los procesos de acompañamiento del Servicio Jesuita a Refugiados en Colombia”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?*, 477-491. Bogotá-Madrid: Pontificia Universidad Javeriana-Universidad Pontificia Comillas, 2022.
- García Estébanez, Albino. “Ejercicios Espirituales: método”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 690-697. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- _____. “Tercera Semana”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 1701-1703. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.

- García Hirschfeld, Carlos. “Oblación”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 1337-1339. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- García Mateo, Rogelio. “Imitación de Cristo”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 994-1000. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Gennaro, C. «Perdón». En *Diccionario de espiritualidad*. (3 vols.). Ermanno Ancilli, 146. Barcelona: Herder, 1987
- Giménez Melià, Josep. “Revisando las ‘tres maneras de humildad’”. *Manresa* 96, (2024): 109-120.
- González Buelta, Benjamín. “Transfigurar nuestro dolor en el dolor de Dios”. *Manresa* 83, (2011): 351-362.
- González Candia, Jorge Atilano. “Hacia un modelo de reconstrucción del tejido social”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?*, 203-217. Bogotá-Madrid: Pontificia Universidad Javeriana-Universidad Pontificia Comillas, 2022.
- Granados, Juan Manuel. “La misión del creyente en los procesos de reconciliación social: los aportes de la teología de Pablo”. En *Medellín. Teología y pastoral para América Latina* 129, (2007), 77-90.
- Guerrero, Pablo. “La misión de reconciliar”. *Manresa* 88, (2016): 55-66.
- Haag, Herbert. “Reconciliación”. En *Diccionario de la Biblia*. H. Haag, A. Born y S. Ausejo (dirs.), 1647-1655. Barcelona: Herder, 1978.
- _____. “Remisión de los pecados”. En *Diccionario de la Biblia*. H. Haag, A. Born y S. Ausejo (dirs.), 1677-1683. Barcelona: Herder, 1978.
- Jalics, Franz. *La fase contemplativa de los Ejercicios*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2018, 19-20. En *Escritos esenciales de jesuitas del siglo XX*. Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.), 1243-1244. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2023.
- Kaiser, Odilo. “Reconciliación”. En *Vocabulario práctico de la Biblia*. Anton Grabner-Haider (dir.), 1331-1337. Barcelona: Herder, 1975.
- Lamartheé, Pablo. “Los tres grados de la vida espiritual”. *Estudios eclesiásticos* 91, (2016): 29-58.
- López Azpitarte, Eduardo. “El pecado: experiencia de finitud y agradecimiento”. *Manresa* 79, (2007): 21-35.

- López Hortelano, Eduard. “Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Análisis del texto como proceso helicoidal y especular”. *Estudios Eclesiásticos* 93, (2018): 131-163.
- _____. “Ser estoico y hacerse indiferente. El *Principio y Fundamento* de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. Observaciones vinculantes y disgregantes”. *Teología y vida* 64, (2023): 171-193.
- _____. “Teología de la gracia: ejercicio espiritual de liberar la libertad”. *Manresa* 96, (2024): 169-179.
- López Pérez, Elías. “La espiritualidad de la reconciliación en el JRS”. *Review of Ignatian Spirituality* 42, (2011): 29-41.
- _____. “Reconciliados-reconciliadores al discernir. Antropología de la unión de ánimos en los Ejercicios Espirituales”. En *El sujeto. Reflexiones para una antropología ignaciana*, Rufino Meana Peón (dir). 2ª. ed., 513-533. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae- Universidad Pontificia Comillas, 2019.
- Melloni, Javier. “La reconciliación a partir de los Ejercicios ignacianos”. En *De la crisis y el enfrentamiento a la sanación y el perdón: ¿Cómo es posible la reconciliación?* 417-436. Bogotá-Madrid: Pontificia Universidad Javeriana-Universidad Pontificia Comillas, 2022.
- Mora Rosado, Sebastián. “Nueva mirada al mundo desde las víctimas”. En *Teología desde las víctimas*, 197-217. Valencia: Tirant Humanidades, 2017.
- Moraldi, Luigi. “Reconciliación”. En *Nuevo Diccionario de Teología bíblica*. P. Rossano, G. Ravasi y A. Girlanda (dirs.), 1589-1596. Madrid: Paulinas, 1990.
- Pallin, Raphaela. “Abnegación”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 65-75. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Pikaza, Xabier. “No hay misericordia sin justicia”. En *Teología desde las víctimas*, 121-144. Valencia: Tirant Humanidades, 2017.
- Prieto Urzúa, María y García de Castro Valdés, José. “Psicología del perdón y Ejercicios Espirituales”. *Manresa* 88, (2016): 317-328.
- Rodríguez Panizo, Pedro. “«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y server a Dios nuestro Señor» [Ej 23]. El Principio y Fundamento”. En *Dogmática ignaciana. «Buscar y hallar la voluntad divina» [Ej 1]*. Gabino Uríbarri Bilbao (ed.). 2ª. ed., 303-327. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero-Sal Terrae-Universidad Pontificia Comillas, 2018.

- Royón, Elías. “Principio y Fundamento”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 1490-1497. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Salvat, Ignasi. “Misión”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 1239-1246. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Sánchez Morocho, Antonia. “Una misión al servicio de la reconciliación”. *Misiones extranjeras* 226, (2008): 582-593.
- Tamez, Elsa. “Justificación y justicia”. En *Nuevo Diccionario de Teología*. Juan José Tamayo (dir.), 508-517. Madrid: Trotta, 2005.
- Tatay, Jaime. “Experiencia religiosa y *Laudato si*” *Corintios XIII* 159, (2016): 48-64.
- _____. “Una lectura ignaciana de la *Laudato si*”. *Manresa* 87, (2015): 1-12.
- Tejera, Manuel. “Cuarta Semana”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 511-515. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Thió, Santi. “Ignacio: de la humildad a la pacificación”. *Manresa* 77, (2005): 125-137.
- Valero, Urbano. “Nadal”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana II*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 1315-1320. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Veale, Joseph. “Arrepentimiento de la Iglesia”. *Manifold gifts*. Oxford: Way Books, 229. En *Escritos esenciales de jesuitas del siglo XX*. Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.). 743-744. Bilbao-Santander-Madrid: Mensajero- Sal Terrae- Universidad Pontificia Comillas, 2023.
- Zarazaga, Gonzalo. “Hacia una antropología trinitaria”. En *Antropología Trinitaria para nuestros Pueblos*. 51-74. Bogotá: CELAM, 2014.
- Zas Friz, Rossano. “Espiritualidad Ignaciana”. En *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana I*, dirigido por Grupo de Espiritualidad Ignaciana, 811-819. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.

3. DICCIONARIOS

- Allmen, Jean Jacques von (dir.). *Vocabulario bíblico*. Madrid: Marova, 1973.
- Ancilli, Ermanno. *Diccionario de espiritualidad*. (3 vols.) Barcelona: Herder, 1987.

- Grabner-Haider, Anton. *Vocabulario práctico de la Biblia*. Barcelona: Herder, 1975.
- Grupo de Espiritualidad Ignaciana (dir.) *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*. (2 vols.). Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2007.
- Haag, H., Born, A., Ausejo, S. (dirs.). *Diccionario de la Biblia*. Barcelona: Herder, 1978.
- Kogler, F., Egger-Wensel, R. y Ernst, M. (dirs.). *Diccionario de la Biblia*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 2012.
- Léon-Dufour, Xavier. *Diccionario del Nuevo Testamento*. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2002.
- _____. *Vocabulario de teología bíblica*. 2.^a ed. 2.^a reimp. Barcelona: Herder, 2012.
- Rossano, P., Ravasi, G. y Girlanda, A. (dirs.). *Nuevo Diccionario de Teología bíblica*. Madrid: Paulinas, 1990.
- Tamayo, Juan José (dir.). *Nuevo Diccionario de Teología*. Madrid: Trotta, 2005.

4. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- Juan Pablo II. *Reconciliatio et paenitentia. Exhortación apostólica sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia hoy*. Madrid: EDIBESA, 2002.
- Francisco. *Laudato si'*. *Carta Encíclica sobre el cuidado de la casa común*. Madrid: Paulinas, 2016.